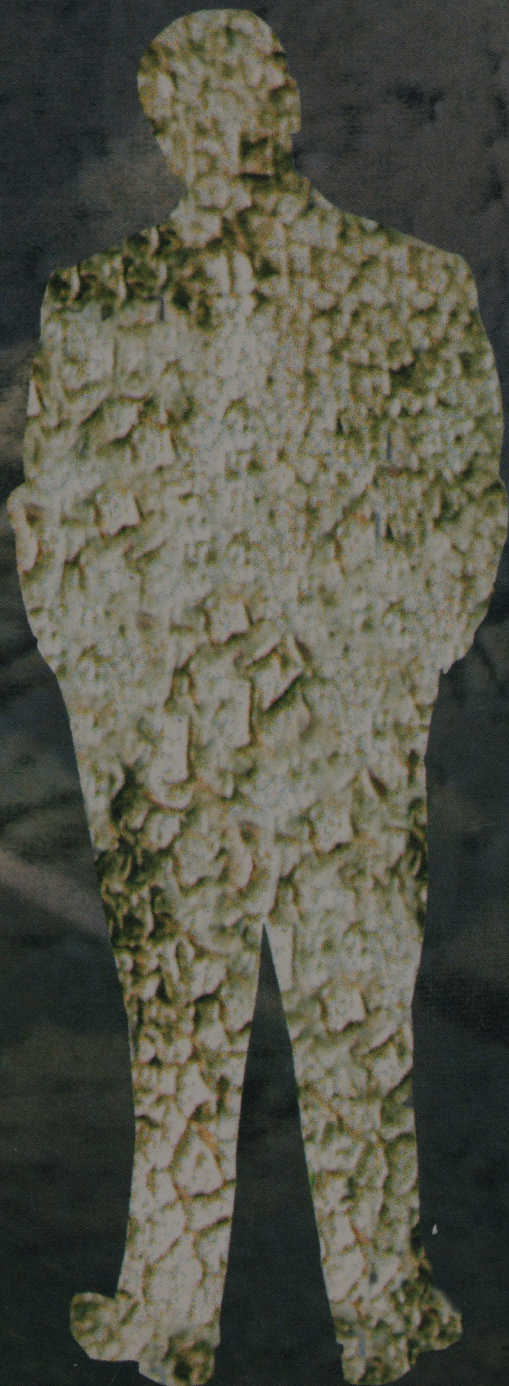
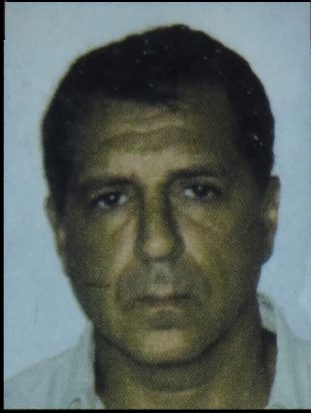


HOMBRE VACIO

Rafael Marias



arca



Rafael Marías nació en Montevideo, Uruguay, en 1954. Residió algunos años en Buenos Aires, Nueva York y Barcelona. En Montevideo cursó estudios de Letras y terminó la carrera de Medicina. Publicó en el 2001 "El hermano de Pablo", una novela ambientada en la época de la dictadura militar, que fue bien recibida por la crítica y tuvo amplia difusión. "El hombre vacío", su segunda novela, por medio de su personaje, un escritor que al intentar escribir una novela se transforma en su propio personaje, analiza con dura ironía, profundidad y sólido estilo los anhelos y frustraciones de toda una generación. Esta novela recibió mención honorífica en el Concurso Literario Municipal del año 2002.

**EL HOMBRE
VACIO**
RAFAEL MARÍAS

© arca.
Montevideo, 2002

Queda prohibida cualquier forma de reproducción, transmisión o archivo en sistemas recuperables, sea para uso privado o público, grabaciones o cualquier otro, total o parcial, del presente ejemplar, con o sin finalidad de lucro, sin la autorización expresa del editor.

Se terminó de imprimir en el mes de noviembre 2002
Montevideo-Uruguay

Depósito Legal: 323.502
ISBN: 9974-40-815-6

HOMBRE VACIO

RAFAEL MARÍAS

arca

Capítulo I

He salido de un sueño que no recuerdo con destellos de una firme disposición. Aletargado aún me desperezco, agito la cabeza para despabilarme, saco las piernas fuera de la cama y me siento en el borde. Me pongo en pie y voy hacia la ventana. Levanto de un solo tirón de la correa la persiana, y veo que la mañana primaveral es idéntica a la precedente: nublada, gris, con una fina lluvia inquietando la superficie circular de la fuente que rodea la base de los supuestos brazos alzados de un conspicuo ex-presidente. Estoy en un décimo piso en un lugar donde alcanzo a ver sin interferencias el distante centro de la ciudad, parte de la bahía, el Cerro inamovible que descansa más allá de una azulada franja de agua; más cerca domino calles, avenidas, y una multitud de casas chatas con ropas tendidas en las azoteas que uniformiza el paisaje. Desde mi apartamento no presencio la salida del sol pero sí una rica variedad de crepúsculos que al pensarlos se igualan y desdibujan en una gama de colores e impresiones difusas. Miro mi reloj de pulsera y son las diez. No suelo dormir hasta tan tarde, pero anoche llegué de madrugada de lo de Irene. Había acudido a su casa, como tantas veces, impulsado más que nada por la costumbre, conciente y abrumado por empecinadas evidencias, y como siempre hablamos de las mismas cosas, ella recitó su rosario de quejas en mi contra, y, al llegar la transitoria reconciliación, le hice el amor de una forma en la que traté de disimular mi torpeza para diferenciarla de veces anteriores con ella y otras mujeres, con un previsible goce y un final que me encontró encubriendo con caricias y posturas amorosas el puro sentimiento animal de haber concluído y no tener más nada que hacer allí. La diferencia, en esta ocasión, fue que tuve que escuchar, antes de marcharme, un esperado y ya pronosticado ultimátum (precipitado por mi anuncio de que no me quedaría a dormir): o formalizábamos nuestras relaciones, antes o después de irnos a vivir juntos o romperíamos definitivamente. Al parecer yo supe ser el ganador de un concurso cuyo premio consistía en tener el hijo que Irene no había conseguido por su mala fortuna

con los hombres "Ninguno me merecía. Todos unos aprovechados, malas personas, vividores". Le había faltado decir "como vos", y se lo había impedido su sentido de la justicia, dado que ella sabía, aunque no acertara a definirlo claramente, que yo no era como los demás. Y en verdad en esto no se equivocaba: nunca me interesó aprovecharme de ella, y en todo caso si la usé fue por la necesidad rudimentaria de sentir la presencia de una mente y un cuerpo femeninos, pero en ningún momento traté de engañarla prometiendo lo que no iba a cumplir. A la encrucijada en que me colocó le respondí exactamente como en otras oportunidades, en las que sin ser tan drástica y directa había amenazado con dejarme, sacándola de sus casillas al darle la razón con sus propios argumentos, afirmando que al no querer casarme, ni tener hijos, ni tampoco estar en mis planes convivir con ella, lo mejor sería dar por terminada nuestra relación amigablemente para no obstaculizar sus legítimas aspiraciones. Mi sinceridad era tan absoluta y categórica, que honradamente me emocionaba, pero a ella la descolocaba. Me disgustaba hacerla sufrir, aunque no tanto por ella, sino por mi imposibilidad de ayudarla. Hubiera dado lo que no tenía para satisfacerla en otra cosa cualquiera, para forjarle un sueño en el que se adormeciera agradecida hasta el suspiro final, mas su ideal de felicidad tenía el grave defecto de enfocarse obstinadamente en mí, de abarcarme obligándome a recurrir a conductas que debí abandonar hace tiempo, porque requerían confundirme en una pose, en una apariencia vaciadas de la substancia que las volvía reales. Al dejar su edificio, me dije que si por casualidad esa vez resultaba ser la definitiva no extrañaría a Irene. Esta seguridad me pilló sin una pizca de arrogancia, por el contrario, no dejaba de conmoverme la dolorosa desilusión que ella estaría experimentando, y me sentía verdaderamente apesadumbrado, como tantas otras veces, luego de presenciar mi incapacidad para corresponder a unos sentimientos entregados con tanta generosidad en un mundo donde campeaba la indiferencia, un mundo del que yo participaba pese a tantas estériles tentativas por proveerme de la preciada materia con que se nutren los afectos. De poder elegir hubiera preferido que mi pena tuviera otros motivos, que fuera ocasionada por una pérdida puntual, una pasión no correspondida, un escollo infranqueable, un resentimiento hijo del orgullo o una ambición desmedida. Pero no, nada de eso, aquello que me desgarraba con afilados vidrios el alma, era mi vieja y archiconocida tristeza, una tristeza oceánica, devastadora, cuya causa no era ni remotamen-

te mi relación con Irene, que casualmente formaba parte de ella como una mera consecuencia o manifestación.

Me repito, como si tratara de convencer a otro, que preciso imperiosamente el dilatado principio de mi segunda novela. A medida que vaya escribiéndola desaparecerán mis lazos con el mundo y hasta conmigo mismo, y al menos por un tiempo apaciguaré el desasosiego que me acompaña desde mi adolescencia y con el transcurso de los años me ha obligado a cambiar de país, de residencia, de personas tantas veces. Pienso en Ángel, mi protagonista, lo evoco con mística devoción y voy tranquilizándome. Un Ángel real, amigo de la infancia, médico, reencontrado luego de tantos años, que me visita una o dos veces por semana y he ido novelando en mi pensamiento. ¡No hubiera podido ser otro el elegido! Pese a que su profesión y su tediosa especialidad (reumatología) no despertaban mi curiosidad, su inconformidad, un vergonzoso episodio en su pasado que no está al tanto que yo conozco, un presente signado por una ex-esposa delirante y persecutoria con la que tiene un niño que hoy cuenta nueve años, y sobre todo su amor por una muchacha, al que está aferrado con uñas y dientes (como un náufrago a su tabla de salvación), fueron prendas que no pude despremiar. Era una apetecible presa mi amigo, alguien superado por dilemas y frustraciones, al borde del quebranto emocional, dando manotazos de ahogado en un universo incongruente, cuyo maltratado orgullo aún se resistía a la desesperanza, y, que, sin saberlo o sin poderlo admitir, a pesar de todo, persistía en la recuperación de una gracia que él juzgaba arrebatada.

Mi memoria recorre instantáneamente la brecha de los años y me sitúa en la ocasión que lo vi por primera vez en el balneario Las Toscas, donde nuestras familias tenían casas contiguas, construidas casi al mismo tiempo para veranear de enero a marzo. Un lugar apacible, agreste, junto a los médanos poblados de densas y prolíficas acacias, muy diferente a lo que es ahora: un balneario saturado de chalets, con una rambla costanera donde en el verano desfilan interminables caravanas de coches, con la franja de dunas achatadas y peladas, salpicadas aquí y allá por los restos de lo que antes fue un intrincado laberinto verde. Un niño rubicundo de diez años, de ojos celestes, cabellos rubios cortados al rape, con una sonrisa permanente en la cara, que me saludó la primera vez que nos cruzamos y me invitó a jugar a la pelota. Veranos eternos, entrañables, navegando en un tiempo lento, iluminados por un sol ardiente que nos veía desde

principios de cada año un poco más crecidos y algo menos seguros que la vida que nos aguardaba era la que adivinábamos en secreto en nuestras fantasías. Una mente abierta, pese a los insoslayables contaminantes, a una realidad diferente a la del mundo establecido, a una existencia transitoria, huidiza, íntimamente asumida y nuestra, hecha de infinitas situaciones repetidas, de breves goces y vagos sufrimientos, flotando en una materia acuosa, inconcreta, compuesta de deshilvanados recuerdos y fáciles olvidos.

La familia de Ángel estaba constituida por tres hermanos: Carlos, Isabel, y él, que era el más chico, un padre médico pediatra y una madre ama de casa, ambos de costumbres austeras, devotos católicos, con tendencia al fanatismo en la mujer y a la tolerancia en el hombre. Cada domingo de tarde, alrededor de las seis y treinta, se subían los cinco al auto para llegar temprano a la misa de las siete, y era muy común que el cura párroco de Las Toscas almorzara o cenara en su casa varias veces por semana. El doctor tenía el aspecto de un hombre controlado, de sencillos modales. De mediana estatura, se destacaban en él sus hermosos ojos celestes, heredados por Ángel, sus movimientos enérgicos, la parquedad de sus expresiones. Había sentido comentarios de mis padres de que era muy valorado en su profesión y tenía una nutrida clientela particular. Durante su licencia anual que abarcaba todo enero, se le podía ver desde temprano atendiendo con dedicación el jardín que comprendía árboles diversos (cipreses, magnolias, pinos, una rasposa higuera, dos elegantes palmeras), canteros con flores, un semicírculo de césped rodeando el frente y los costados de la casa, protegido por un cerco de lantanas de pequeños frutos venenosos. Entre las diez y las once tomaba la sombrilla, toallas y esterillas y se dirigía con sus hijos a la playa donde se quedaban hasta la hora del almuerzo. Los restantes meses de verano, menos los domingos, viajaba todos los días a Montevideo y volvía al anochecer agotado pero con ánimos todavía para regar el césped. Por eso en febrero y parte de marzo, a las seis en punto de la mañana, algún vecino madrugador, si lo había, podía escuchar el ronronear del motor de su Opel azul -que calentaba escrupulosamente durante unos cinco minutos-, y la marcha pausada con que se alejaba por una callejuela levantando una nube de polvo.

En cuanto a la madre de mi amigo, se trataba de una mujer maciza, unos diez centímetros más alta que su marido, de características bastantes peculiares. Austera como el doctor, lo superaba en

reserva, y sus salidas fuera de los alrededores de su casa eran extremadamente limitadas. Compartía con su esposo la afición a las plantas, aunque parecía tenerle fobia a la playa, a la cual sólo bajaba en casos de fuerza mayor. Lucía de continuo batas holgadas de colores apagados -nunca la vi en traje de baño-, y pasaba la mayor parte de su tiempo entre el jardín, la cocina y su dormitorio donde cada tarde se encerraba a leer libros religiosos que alternaba con novelas policíacas y crucigramas. Todos nos sentíamos algo atemorizados ante aquella mujer de contextura opulenta, en extremo precavida, de ojos castaños punzantes, de suaves modales que a menudo eran empañados con imprevistas furias que se mudaban en mandatos, agudos y terminantes, generalmente dirigidos a sus hijos o a la joven empleada con cama que traían de la capital (aunque jamás a su cónyuge al que idolatraba).

-Mi madre era un caso serio...-dice Ángel con una amarga sonrisa. Tiene la voz ronca y rápida, susurrante, tanto que a veces me cuesta dilucidar lo que dice y debo esforzarme-. Vos no sabés el escándalo que armó el día que proclamé mi intención de no ir más a la Iglesia. ¿Qué edad tenía...?, ¿quince...?, ¿dieciseis...? Fue en vacaciones, un verano después del accidente de Damián. Vos ya no estabas; tu padre había fallecido hacía un par de años y habían vendido la casa del balneario, ¿también vendieron la de Montevideo? -me ve afirmar con la cabeza y prosigue-. Es increíble cómo perdimos contacto siendo tan amigos. Las cosas de la vida... Bueno, como te decía... Todos se pusieron en contra mía, claro que no podían obligarme; mi padre, como esperaba, se lo tomó con bastante calma, aunque mamá me hizo el vacío durante meses y por largo tiempo no me lo perdonó ni dejó de recordármelo cada vez que podía. Ahora me hace gracia, pero en esa época yo era muy joven y era duro ser tratado por mi propia madre como un condenado al que no tenía otro remedio que seguir considerando su hijo. No te quiero exagerar pero debe haber sido el peor disgusto que recibió en su vida; nada podía amargar tanto a su obstinada, maniática manera de ser, estricta a la manera de su padre, un imponente y antidiluviano coronel, que un hijo suyo renegara del Señor. Si sería así que durante mi exilio, en las pocas cartas que me escribió, no hubo ni una sola muestra que su resentimiento hubiese disminuído, por el contrario, éstas eran deliberadamente cortas y terminaban religiosamente recordándome que ya que me había apartado del Divino Corazón de Jesús, lo único que podía

hacer ella era rezar al Todopoderoso para que tuviera piedad de mi alma. ¿No resulta tétrico...? Recién en sus últimos años, y muy probablemente a causa de la chochera de la edad, se fue atenuando su manía religiosa y pudo acercarse a mí sin reconvenciones, de pronto perdonándome mis alocados desvíos con el fin de compensar a destiempo su ridícula intolerancia.

-Sí, a veces la vejez, o la chochera como vos decís, se acompaña de una buena dosis de sabiduría. ¿Y que fue de la vida de Carlos?- pregunto.

-Es contador. Se casó con una mujer parecida a mamá y tiene nada más ni nada menos que nueve hijos- sonríe Ángel, sin disimular el sarcasmo.

-¿Y tu hermana Isabel?

-Isabel se casó con alguien parecido a papá, un médico. Tienen un hijo. Con ella me veo más a menudo, me quiere y siempre ha sido buena conmigo, pero somos muy distintos y no tengo tema con ella. A Carlos prefiero mantenerlo a distancia, hubo algunos enfrentamientos y cada uno hace su vida. Lamentablemente nunca hubo mucha comunicación entre nosotros; en mi casa faltaba franqueza y eso distorsionó el relacionamiento y nos fue alejando. Más adelante, como te dije, hubo problemas con Carlos, por reproches injustos que me dirigió... Todo fruto de ese sustrato malsano, encubierto detrás de la fachada de un hogar respetable y feliz, que no dejó que superáramos las asperezas naturales que existen en cualquier familia.

Este diálogo tuvo lugar la primera vez que vino a verme a mi departamento -hacía poco más de dos meses-, y actualmente todas las semanas me visitaba, y en algunas, dependiendo si estaba cerca por razones de trabajo, en más de una ocasión. Fue pura causalidad que luego de treinta años durante los cuales le perdí el rastro, tres meses atrás me lo encontrara en un restaurante del Centro. Recién nos estábamos acomodando en una de las mesas con Irene, cuando un sonido detrás de mí hizo que girara la cabeza y vi a un hombre totalmente canoso, de redondos ojos celestes, vestido con camisa y pantalones blancos que se dirigía con tono profesional a un aparato que cabía en su mano y arrastraba entre una boca pequeña, de labios finos, a una oreja casi oculta por los cabellos. A su frente, dándome la espalda, se recortaba una delgada figura de mujer con una blusa

blanca, pelo recogido en la nuca, que rotaba su cuello con elegante disimulo para estudiar su entorno. Yo lo reconocí de inmediato por sus ojos y la clase de sonrisa -algo melancólica-, pero él sólo me miró de pasada, sin atisbo de interés y siguió hablando por su teléfono. Cuando concluyó la conversación y hubo guardado el aparato en el bolsillo superior de su camisa, me paré y fui a su encuentro llamándolo por su nombre. Aún así no me identificó y al presentarme lo vi palidecer y su cara pasó del asombro a la incredulidad. Durante los segundos que tardó la reacción que lo traería a las fórmulas de cortesía que propondría instantes más tarde, vi desvanecerse su forma adulta y volví a encontrarme con el niño rubio y amable que en el balneario me invitó a jugar a la pelota. El encuentro nos tomó por sorpresa a ambos y nos afectó, supongo que más a mí porque me hallaba en un pésimo estado de ánimo... A casi tres años de mi regreso del extranjero debido a los asuntos financieros que resultaron de la muerte de mi madre, flotaba a la deriva, harto de la rutina que llevaba, sin poder escribir una línea de mi proyectada novela. Luego de abrazarnos y palmearnos nuestras espaldas y hombros Ángel se repuso y sonrió. "Querido Ricardo. No lo puedo creer...", dijo, y agregó piadosamente: "Si no has cambiado nada". "Vos tampoco, te reconocí enseguida", repliqué, y mi mentira fue considerablemente menor porque en comparación él estaba por lejos mejor conservado. A continuación nos presentó a la muchacha llamada Cecilia. Al menos era veinte años más joven que él -tanto que al principio creí que era su hija-, muy bella, de rasgos finos, piel lechosa, cautelosos y chispeantes ojos negros, cabellos del mismo color, cara angulosa, boca ancha, expresiva, con tentadores labios carnosos. "Sensualidad, misterio y vulnerabilidad es lo que transmite", alcancé a pensar cuando le estreché una mano suave, que me devolvió un toque blando y fugaz dejándome la impresión de haber apretado un sedoso y resbaladizo animalito. "Vengan a nuestra mesa", me apresuré a convidarlos, y ellos, que habían llegado unos minutos antes que nosotros, aceptaron mi invitación.

Como era de esperar el almuerzo transcurrió con los dos acaparando la conversación, resumiendo nuestros periplos vitales, en tanto Cecilia se esforzaba -poniendo en tensión cada uno de sus bellísimos rasgos-, en interesarse y contestar con economía, aunque con esmerada urbanidad, las preguntas que gentilmente le lanzaba Irene, sentada frente a ella, en los escasos huecos que dejaba nuestra charla.

Al decirle a Ángel que con mi hermana habíamos vendido el campo de mi madre y gracias a ese dinero pensaba quedarme en Montevideo y dedicarme a escribir, suspiró profundamente y me dijo que era muy afortunado, que cumplía la ambición de cualquiera viviendo de rentas y haciendo lo que me venía en gana. Enseguida sonrió para relativizar aquella afirmación, y ante una pregunta de mi parte me enteró, sin abundar en detalles, de la muerte de su madre acaecida hacia cuatro años (yo no lo supe, sí la de su padre, por lo menos veinte años antes, por una carta de mi hermana), que sus hermanos estaban bien, de su casamiento y posterior divorcio - "metí la pata, no funcionó, viejo"-, y noté que se le ablandaba la voz al contarme de Javier, su hijo de nueve años. Me complació que conservara el antiguo don de transmitir cierta ternura, la sencillez que admiré en él cuando éramos niños. Un carácter abierto, que hacía fácil la intimidad - totalmente diferente al resto de sus familiares-, que lo dejaba expuesto, inerme, con los sentimientos a flor de piel. "Me enteré por los diarios de la muerte de tu madre... Quise localizar a tu hermana pero no estaba en la guía... ¿Sabés que leí tu libro? Me gustó mucho, de verdad. Nunca dudé que ibas a lograr algo en la vida...", me dijo sonrojándose, e hizo un silencio en el que no costaba advertir el faltante "no como yo". Antes de despedirnos intercambiamos direcciones y teléfonos y le hice prometer que me visitaría.

Fue en los días que siguieron a ese encuentro que determiné que él sería la figura clave de mi próxima novela. Me convencí de que no sería difícil consustanciarme con mi reencontrado amigo, erigirme a mi manera en el fiel reflejo de sus deseos. Sin embargo faltaba algo más para darle interés a la obra, y se me ocurrió que al mismo tiempo como escritor podía ser yo mismo uno de mis personajes, algo no del todo novedoso, tampoco muy frecuente, que podía ampliar mis posibilidades técnicas. En nuestros futuros encuentros, Ángel me daría los elementos para imaginar una historia en la que me involucraría desde el principio y en donde no se sabría ciertamente los límites entre la realidad y la ficción. Naturalmente habría algún crimen para sazónarla, un destino dramático que conmoviera. Como el autor mismo se recrearía, la idea consistiría en que abandonara tempranamente su plan de escribir el libro para pasar a ser el actor principal de una historia trágica. Me dije que la ocurrencia era buena y todo era cuestión de sentarme delante de la computadora y empezar a teclear. A mi favor tenía una gran ventaja con respecto a

otros escritores que abordaron temáticas parecidas (¿fue Borges el que dijo que las tramas eran limitadas pero las variaciones sobre las mismas infinitas?): mi protagonista era real, una persona de carne y hueso y sus experiencias estaban al alcance de mi mano. Pero los días pasaron entre dudas y cavilaciones y mi voluntad era reacia a encarar con decisión la tarea. Más allá de las dificultades que afrontaría al querer llevar al papel una novela cuyo desarrollo y desenlace todavía eran un misterio para mí, me cohibía un temor ansioso, inexplicable cada vez que me disponía a empezarla. Al fin, sobreponiéndome a ese miedo impreciso que hacía que encontrara cualquier pretexto para dilatar el comienzo, ayer por la noche me impuse como un ineludible deber que hoy sería el día señalado. Era eso o aceptar mi derrota y la imposibilidad de salir del lugar hondo y tedioso en el que se hallaba detenida mi vida (me lo imaginaba como un pozo hondo y estrecho, de paredes verticales de tierra blanda que se desmoronaban al tratar de escalarlas, donde mi única actividad consistía en repetir el mismo empeño infructuoso, con energías decrecientes al paso que aumentaba la conciencia de la inutilidad de mi esfuerzo) ¿Puede haber algo más desesperante que estar condenado a un impuesto sinsentido y sin embargo continuar, convenciéndose de que es posible sacar algo en claro pese a todas las evidencias, sólo para matar el tiempo, sólo para que sentidos, órganos y músculos no se detengan? Nada más que la inocente costumbre de la supervivencia a toda costa y la espera irracional por mejores tiempos me separaban de un desgraciado final.

Abandono mi cuarto y con alivio verifico que reconozco sin dificultad mi rostro en el espejo del baño. Ésta se ha convertido últimamente en una ardua prueba que debo salvar cada mañana antes de adentrarme en lo cotidiano, ya que a menudo descubro con estupor que mis facciones se me presentan al inicio deformadas, borrosas, como si pasaran a una velocidad inaudita por mil caras antes de configurar la que mi vacilante memoria dice que me pertenece. Incluso ha habido días, no tan lejanos, que al despertarme he tenido que hacer un denodado esfuerzo para recordar el cuándo y el dónde, el día de la semana y el sitio en que acababa de reaparecer. Tranquilizado, agradeciendo a mi memoria nombres, fechas y lugares, me afeito y me visto con la ropa del día anterior. Pienso en llamar a Irene pero desisto. Entro en el living, me siento en el sofá y enciendo la televisión. No levanto la persiana para no ver la primavera arruinada

por el mal tiempo. Paso velozmente, con desgano por todos los canales del cable: unas enérgicas y esculturales rubias hacen gimnasia aeróbica en una playa paradisíaca dirigidas por un apuesto y musculoso instructor, un cocinero afeminado da la receta de un plato a base de pescado mientras bate garbosamente unos huevos en un pote, un joven Harrison Ford pilotea una nave interestelar con un extraterrestre peludo a su lado, hombres de pantalón corto juegan un partido de fútbol que no distingo del de ayer o el de la semana pasada, y en un quinto canal, ¿los mismos jugadores?, disputan un fragoroso encuentro de rugby, y en un sexto alguien se empecina en pegarle con un bate a una pequeña pelota que le lanza con la mano un mastodonte de abdomen prominente. Finalmente, en un noticiero, el Presidente asegura que el año venidero terminará la recesión y se iniciará la sostenida y vigorosa recuperación que el país reclama. Me pongo en pie y camino a lo largo de la sala. Sobre la mesa redonda, junto a la ventana, está mi billetera tapando un florero; diversos objetos desparramados esperan desalentados ser llevados a su sitio; de afuera llegan amortiguados por la doble ventana los sonidos del tránsito. De pronto, la resolución que trabajosamente elaboré la noche anterior flaquea y vuelvo a tirarme en el sillón asqueado por una inconmensurable sensación ya conocida... Por enésima vez me observo quejándome que mi vida no es otra cosa que este tremendo vacío que me ahoga en las mañanas y con el transcurso de las horas parece disiparse aunque en verdad permanece agazapado tras el indigno simulacro que voy improvisando según pasan las horas. Y por enésima vez en estos últimos tiempos admito que no tengo otra salida e invoco el huidizo objetivo de escribir la novela. Si lo hiciera, durante el tiempo que tarde en terminarla, me sería dado el regocijo de pensarme y abandonarme siendo Ángel. Ungiéndome con las experiencias de mi amigo, haciéndolas mías, obtendría mi imprescindible cuota de olvido. Podría entonces vanagloriarme de mis novísimas habilidades como médico y me concentraría durante horas en atender en consultorios de mutualistas pacientes con afecciones reumáticas en sus enmohecidas articulaciones. Con una calmosidad que por sí sola mitigaría ansiedades y sufrimientos, repetiría huecas oraciones prometiendo curación, escribiría un pase a otro especialista con letra ininteligible, prescribiría medicamentos, mandaría exámenes clínicos, haría una dolorosa infiltración procurando un rápido alivio. Pretendería interesarme en las caras compungidas de mis enfermos, insistentes en la explicación de

sus síntomas, y me admiraría mi maestría para cambiar preocupaciones hipocondríacas en sonrisas de devoción y agradecimiento, como si tuviera el don de aligerar dolores echándolos sobre mis espaldas. Comprendería de pronto que estoy harto, que aquel ambiente es insano y me ahoga, y esperaría, con irritación e impaciencia crecientes, atender al asociado que cierra la lista para ir a recoger a mi hijo a la escuela y en el camino hacia sus clases de inglés espiar sus facciones infantiles procurando rescatar el único momento de dicha de otro día gris.

Yo Ángel, yo doctor que ejerzo casi por reflejo mi profesión, con una precaria armazón de frases y ademanes dirigidos a pacientes indiferenciables, miradas y medias sonrisas indeclinablemente iguales que se desmoronan apenas no consiguen el efecto deseado, apenas ellos me exigen algo más allá de lo previsible, para dar paso al fastidio y la ira. Yo, padre amoroso, yo condenado a ser ex-marido, yo atrapado en una relación con una incierta muchacha que vino hacia mí para salvarme de la desesperación, yo, al fin, destinado a la aniquilación y a la podredumbre, trabajando para el instante supremo de mi muerte, aferrado a ese milagro de una piel joven que desentierra fervores olvidados.

Apago la televisión con el control remoto y cierro los ojos. No bien lo hago, como si alguien hubiera atendido mis súplicas, la visión de una noche despejada, de sutil medialuna y estrellas, con viento y olas, brota en mi propia memoria. Un muelle de vigas negruzcas avanza en el río, envuelto en fragor marítimo. Una figura humana a la luz jadeante de un farol, con una caña de pescar en las manos, se recorta fantasmalmente sobre la plataforma de rocas que remata un muelle, con la inmovilidad de una pintura. Subo la escalerilla verdosa por las algas, calzado con mis alpargatas, y me acerco a paso resuelto al joven que ya distingo con nitidez en la plataforma. Cuando estoy a escasos metros Damián me siente, se da vuelta, y al descubrir que soy yo sonrío despreocupadamente y me saluda mostrando una imprecisa sorpresa. "Hola", me dice, "Ricardo, ¿qué estás haciendo por acá?, ¿quieres ver al mejor pescador de Las Toscas en acción?". Yo le contesto que no vine a verlo pescar sino a hablar con él. La aspereza de mi voz hace que las facciones del joven muestren ahora algo de perplejidad, y la luz del farol, cuyo cristal salpican las olas, las endurece y delata una inteligencia que empieza a sospechar. "Vengo a decirte que sos un hijo de puta", le digo secamente, y en la noche

inmensa mi voz domina el murmullo del oleaje y actúo con la celeridad de un rayo, sin darle tiempo a reaccionar. Sin vacilar, con una imperturbable resolución, lo empujo con todas mis fuerzas y lo hago rodar por la superficie de rocas resbaladizas al agua agitada por las olas.

Salto del sofá excitado, cierro mis puños en señal de triunfo a la manera de los deportistas, y, con una gozosa exaltación, tapándome la cabeza con brazos y manos para impedir que se evapore la escena, camino en círculos dando grandes zancadas, diciéndome que no se me escapará, que no permitiré que lo haga. Es que valoro en toda su dimensión lo sucedido; no se me pasa por alto la relevancia, el alcance de haber dado con el único, anhelado principio que estaba allí en mi mente, adormecido, virginal y puro, esperando pacientemente ser rescatado con el fin de cumplir el objetivo para el que fue creado. Caigo en la cuenta, maravillado, que al matar a Damián, el primo de Ángel, he preparado treinta años atrás el inicio de mi obra.

Capítulo II

Creo que en estas últimas veinticuatro horas se han producido cambios importantes. Si bien ayer no pude escribir nada, fue una provechosa demora no una cobarde retirada, pues me dediqué el resto del día a pensar en las posibilidades de mi descubrimiento. Cuando me cansaba de estar acostado deambulaba por el apartamento, o salía del edificio para sentarme ante una taza de café en el bar de la esquina, en una mesa alejada de los parroquianos que bebían y conversaban de pie junto al mostrador. O sea que al incumplimiento del plazo que me impuse no lo consideré flojedad y menos tiempo perdido. Para empezar hoy veo con más transparencia el camino a seguir, lo que me ha fortalecido el ánimo. Desde que me desperté he permitido que mis ideas fluyeran libremente, y en ese estado he tratado de ir depurándolas hasta que quedasen sólo las certidumbres conseguidas (tesoros con los que pienso afrontar los momentos claves que presiento llegarán). Estoy decidido a que todo gire alrededor de Ángel, el protagonista. En principio está fuera de discusión si estoy o no en la buena senda, tengo como prueba irrefutable de lo primero el cosquilleo alegre que siento en las entrañas. En mi mente he logrado ya un principio de bosquejo del posible argumento.... Antes me he convencido que la modestia de mi amigo el médico no irá en desmedro del atractivo de la historia ni será un impedimento para su éxito; por el contrario me pareció que las desventuras de una persona común suscitarían una mayor identificación en la gente. Durante mi ducha sigo el hilo de mis pensamientos y trato de prever los problemas que se irán planteando. Primeramente uno no puede decir que mató a alguien y dejar en suspenso al lector durante muchas páginas a riesgo que este deje el libro o lea las últimas páginas para enterarse. ¿Quién es la víctima, el tal Damián...? ¿Cuál es la causa por la que un joven de quince años mata a otro de diecisiete? Lo primordial, pienso, es configurar el espacio y precisar el tiempo. Tomaré como punto de partida el verano en que no fui al balneario porque mi padre agonizaba de un cáncer de pulmón (cuarenta y seis años, casi los

mismos que tengo a la fecha, arrasado por una terrible enfermedad en la plenitud de su vida). En lo referente a Damián aclararé que era el hijo único de la tía de Ángel (hermana de su padre), o sea su primo hermano, y ese era el primer año que venía, por haber vivido con su familia en Buenos Aires desde pequeño. Yo, que lo conocí un año después, puedo afirmar que era alto, flaco y pecoso, y nos llevaba dos años a Ángel y a mí que teníamos la misma edad con diferencia de un mes. Su timbre de voz era un tanto aflautado y se la daba de guapo y de don Juan, aprovechando nuestra ingenuidad e ignorancia en cuestiones sexuales y de la vida en general. Ángel, en tales tiempos, era un adolescente sensible, generoso, relativamente conflictivo (era el único de la familia que se animaba de tanto en tanto a contradecir o desobedecer a sus padres), con una pésima relación con Carlos, su hermano mayor, que no se adaptaba a la estrechez de una educación de estricto corte católico, posiblemente por ser el más pequeño de los tres hermanos y beneficiarse de un cierto descuido en las reglas con que a menudo se privilegia a los benjamines.

Me pregunto cómo empezaría todo... No me resulta difícil concebirlo, por más que me faltan detalles. Por un lado tengo el verano, con un calor picante apoderándose de todas las cosas, y por otro dos adolescentes, uno inocente y desinformado, otro desinhibido y astuto. Encerrados en algún dormitorio, ¿un baño?, o más probablemente ocultos en los médanos, entre las acacias, Damián le propondrá algo sorprendente para Ángel: "Vamos a desnudarnos, mirá, es un juego. Yo te toco y vos me tocás, así... Si no te gusta me decís y lo dejamos; es divertido y te hace sentir algo nuevo; también es una forma de practicar para cuando tengas novia". Después los encuentros a escondidas se volverían más explícitos y ardientes. Para mi amigo representarían el despertar de un deseo acuciante que encontró un objeto inesperado y pudo más que la voz de su conciencia diciéndole que era un gravísimo pecado el que estaba cometiendo. Como dije lo ubico todo a fines de ese verano en que yo no estuve en el balneario, cuando mi padre falleció luego de unos meses de agonía. No se daban las circunstancias ideales para que notara algo raro en Ángel cuando con su familia estuvo apoyando a la mía durante el velatorio y el entierro. Pero en las vacaciones siguientes era ostensible que en mi ausencia habían ocurrido cambios sustanciales. Era como si hubieran sustituido a mi amigo por alguien completamente distinto. Su carácter cordial y solidario se había vuelto parco, hosco y taciturno.

Lucía distraído, agitado, la cara tensa y desencajada; prefería pasarla solo cuando antes estaba todo el día con nuestra barra (compuesta por Claudio, Elisa, su primer amor -que para ese entonces ya no estaba en el país-, Magdalena y su hermano Rogelio). El descubrimiento del erotismo por una vía (la menos pensada), enemiga no sólo de la moral católica sino de toda "normalidad", y aún de sus mismas románticas expectativas, para él a no dudar la peor de las vías, despertaron en un alma educada para vagos afanes de pureza y rectitud, un sinnúmero de sentimientos encontrados que lo tomaron huraño y reconcentrado. Yo me percaté inmediatamente, con gran fastidio, que su relación con Damián, que veraneaba con su tía por segundo año consecutivo (sus padres a la vuelta de Buenos Aires habían adquirido un almacén en Montevideo que requería una dedicación total, por lo que rara vez, algún domingo, venían de visita al balneario), había desplazado nuestra antigua amistad. Al verlos en la playa, en el cine del Centro, en los bailes del Country o en los que organizábamos en casa de Claudio, que era la más amplia, me apercibía que entre ellos flotaba una complicidad excluyente, un mundo privado al margen del nuestro, sus amigos. Además podía captar, con el paso de las semanas, una visible posición de inferioridad de Ángel, ya que paulatinamente parecía él el que quería acercarse a Damián y que éste se dignaba a regalarle su atención de una manera desdeñosa, como de favor. Nunca me había caído en gracia el tal Damián, me molestaba su arrogancia, su descarada falsedad cuando adulaba a los padres de Ángel, cuando se ofrecía para hacerles mandados, cuando se lucía con sus pretenciosas opiniones adultas propagando continuamente lo servicial, lo voluntarioso, lo inteligente y responsable que era, las excelentes habilidades y dotes que tenía y se descontaba llegaría a tener, pero desde entonces comencé a detestarlo con toda mi alma ya que recelaba que esa extraña relación estaba perjudicando a mi amigo. Un día (yo estaba aguardando la oportunidad), luego del almuerzo, los vi cruzar hacia los médanos en dirección a la playa y los seguí presintiendo lo que llegaría a ver. Con el corazón en la boca, latiendo tan fuerte como si fuese a salirse del pecho, caminé tras ellos y observé cómo se internaban por un camino entre las acacias. Cuando llegué al lugar me desconcerté porque habían desaparecido. Escuché un movimiento de ramas, unas voces sordas, y descubrí que estaba a pocos pasos de la entrada de una especie de cueva entre el follaje que enseguida reconocí -aunque no era, por lo estrecho, el

acceso más usado- porque con mis amigos íbamos allí a fumar a escondidas de nuestros padres y alguna noche a contarnos cuentos de terror alrededor de una fogata. Cuando me acerqué a esa abertura disimulada entre las frondosas ramas de acacias, pude oír los jadeos y al asomarme con sumo cuidado, con el alma en vilo, procurando no hacer ruido cuando apartaba el follaje, en un espacio donde los rayos del sol descendían filtrándose desde lo que sería el techo de la cueva, los vi desnudos, acezando, encimados y entreverados en la arena. Me quedé estupefacto un buen rato mirando cómo se movían acompasadamente, absortos en el placer que sentían. Damián estaba encima, pero en unos minutos pasó a estar debajo de Ángel. No podía ver sus expresiones pero muchas veces me las representaría abstraídas, hieráticas, rotas a intervalos con los ímpetus codiciosos de sus bocas entreabiertas, con la fuerza de los músculos que cerraban y abrían sus párpados, mientras avanzaban y retrocedían, oliéndose, probando cada uno con su lengua, mordisqueando con sus dientes la piel transpirada del otro.

Cierro la ducha, me froto detenidamente con la toalla, la descarto y en el dormitorio repito el secado con otras dos. Desde hace semanas prolongo inusualmente el tiempo de esta operación, como si para evitar un riesgo desconocido necesitara constatar sin sombra de duda que mi cuerpo está absolutamente seco. Lo he pensado y no entiendo por qué me preocupa tanto la idea de permanecer húmedo antes de vestirme. De igual manera dilato innecesariamente el secado de la vajilla que refriego hasta el agotamiento con varios repasadores, o coloco la ropa -que estaba tendida y ya seca- encima del radiador hasta dejarla poco menos que apergaminada. Un psicólogo de pronto me lo podría explicar, pero yo sé en mi interior que, como mis dificultades para reencontrarme algunas mañanas en el espejo o para fijar horas y lugares, son señales inequívocas de que el tiempo se me está agotando. Me digo que lo que antes era sólo un sentimiento de desasosiego puede estar materializándose en un principio de alienación. Rebelándome contra estas pulsiones, arrojo la toalla contra la puerta del dormitorio como si fuera un peligroso enemigo. "Debo confiar en mi discernimiento, en las certidumbres conquistadas... Mi renacimiento no puede producirse sino a través de actos de afianzamiento que se irán multiplicando en el tiempo", pienso como si repitiera ideas aprendidas hace tiempo que recién ahora me fueran útiles. Mientras me visto me detengo a analizar lo que

experimenté en el instante que encontré a Ángel y a Damián copulando en esa excursión que hice a un pasado que, insólitamente, en este mezquino presente en el que estoy envarado, comienza a tener una real influencia y significación. ¿Excitación?, sí, ¿rabia?, sin duda, aunque más bien un sentimiento resultante de la confusa mezcla entre las dos. Mi excitación era por contagio, y mi rabia no era la de los celos confirmados de un amante despechado (por la simple razón que jamás concebí un deseo de ese tipo por Ángel), sino una rabia justa y santa contra el miserable que estaba arruinando la vida de mi mejor amigo. Así lo veía entonces y, con las diferencias lógicas de una mayor comprensión, en parte así lo sigo viendo. Porque no era Damián un ángel liberador cuyo cometido consistía en trastocar los valores de una familia católica de clase media, ni siquiera un astuto depredador, sino un maldito libidinoso, un hijo de puta de pocas luces que se había aprovechado de la situación sin importarle el daño que pudiera ocasionar.

Aquella noche tuve temperatura muy alta y mi madre fue a buscar al padre de Ángel para que me atendiera. En las horas de esa madrugada, desvelado, un odio perfecto hacia Damián fue creciendo y tomando forma hasta volverse algo definido en el espacio de mi dormitorio, tan palpable y concreto como mi cuerpo sudoroso sacudido por bruscos escalofríos. Aquel odio me aturdí y me deleitaba; lo sentía tan fuerte y mío, tan admirable, que me preocupaba la idea que se esfumara y me comportaba como una madre frente a su criatura recién nacida, a la que vigila con preocupación en su cuna espiando su respiración, palpando sus latidos, esperando su despertar para verla moverse animosa y robusta. Lo acepté como algo precioso y frágil, con vida propia, llevado en el vientre por otro, Ángel (por más que él no lo supiera), como un objeto del que me había apropiado pues sólo yo podía usarlo y sacarle provecho. Por eso dejé pasar solamente un día y lo maté; simplemente se dio así la situación y lo hice con toda intención, premeditada y alevosamente. Más allá de mis fallidos ensayos posteriores para asimilarlo y entenderlo, aquel fue un acto tan puro, de tanta claridad y meridiana belleza que aún hoy me sigue encandilando. Ni siquiera necesité planearlo rigurosamente; sabía que Damián acostumbraba ir de pesca algunas noches después de la cena, y al otro día, recuperado de la fiebre, sin verificarlo pero con una íntima seguridad de que lo hallaría, como si alguna vengativa divinidad guiara mis pasos, poco antes de las once caminé por la orilla de la

playa el kilómetro y medio que me separaba del muelle como un poseso. Ya sabía cuando lo divisé en lo alto de las rocas, solo, con el farol que iluminaba la mitad de su figura, que no estaba yendo a discutir con él sino a matarlo. Lúcida y sencillamente di rienda suelta a ese odio imperativo y maravilloso que se había apoderado de mí y durante años, hasta que el olvido y la resignación me persuadieron, lo seguí matando una y otra vez en el muelle de rocas, esa noche de luna partida, con viento, oleaje, y algunas estrellas como señeros testigos, alegando diferentes razones, pero en realidad tratando sin suerte de revivir ese odio que se esfumó apenas consumé el asesinato.

Por temor a que la luz de la mañana rompa el hechizo, dejo bajas las persianas y corridas las cortinas de todos los cuartos. Me siento ante la computadora sin prenderla especulando que si lograra llevar mi proyecto al papel y se convirtiera en un libro, a esta altura el lector ya estaría predispuesto a creer que el autor es un psicópata asesino. En ese caso no sería aconsejable confirmarlo o negarlo; lo que ayudaría a mantener su atención instándolo a seguir adelante con la lectura. Por lo pronto, sin haber escrito una línea, el mágico proceso, tan consolador, en que la trama urdida y los personajes pujan por desarrollarse buscando su sino, se ha iniciado y es indetenible. Cada vez me figuro más nítido el sol de aquel verano, el cielo sin nubes, los dos cuerpos girando en la tibia arena, el aire caliente, sensual del balneario. El reconocimiento de una pasión desconocida para mí, pero que podía adivinar gracias a mi inusual hallazgo, se entretejía con un dolor lacerante porque Damián, elevándose sobre su imbecilidad se había apropiado de un sueño que yo no fui capaz de concebir, apartando a mi amigo del mundo armónico y estable al que pertenecíamos. ¿A eso se podría reducir todo entonces?: excitación promovida a través del erotismo ajeno, odio, venganza, impotencia personal, y un crimen cometido en el nombre de Ángel... No un ataque de celos o envidia, insisto, sino una auténtica resolución de cerrar la brecha producida por la seducción de Damián y ciertamente la posibilidad ignorada, aunque implícitamente buscada, de asociarme con mi amigo en un nivel que me elevara a una verdadera comprensión de mí mismo. Hoy por hoy no quedan dudas que al matar a Damián actué por Ángel, pero a esa edad no era posible que lo entendiera debidamente. Agazapado en la entrada de la cueva forjada entre las acacias, me apoderé del placer, pero también del odio que Ángel debía sentir porque no había sido preparado para una experiencia así. Era imperativo

que yo, su amigo, no permitiera que aquel primo imbécil y presuntuoso continuara perjudicándolo.

Me levanto de la silla y decido calentarme café antes de empezar a escribir. Voy a la cocina, saco una botella de la heladera y arrojo el líquido ya preparado en una sucia cacerola. Prendo la cocina a gas y lo caliente lo suficiente, luego lo paso de la cacerola a una tacita, le pongo azúcar, lo revuelvo y me lo tomo en dos largos sorbos. De vuelta al living deduzco por los malos destellos en las hendiduras de la persiana que traspasan en determinados puntos la cortina, la aparición del sol luego de una semana de mal tiempo. Vuelvo a sentarme frente a la pantalla oscura y convoco al cadáver de Damián encontrado por un pescador a las cuarenta y ocho horas, prácticamente oculto en un islote de rocas a diez kilómetros del muelle: sus ropas hechas jirones, la espuma que sale de su boca y de su nariz, su piel macerada por el agua, los golpes contra las rocas y la muerte. Así había quedado Damián luego de su prolongada excursión por las profundidades marinas. Me interesé especialmente en su palidez, en sus ojos opacos, acuosos, fríos como los de un pez tras los párpados semiabiertos, en su rostro de una expresión indefinible que tradujo como un resto de lujuria, en esa desconcertante calidad submarina que le daba su privilegiada condición de ahogado. Ángel se desmayó cuando vio el cadáver en la Prefectura y no quiso asistir al servicio ni al entierro. Comprendí su conmoción, aunque yo, que pasé por todas las etapas luego del descubrimiento del cadáver, no recuerdo haber sentido nada más que un poco de curiosidad al encarar aquel rostro espectral de rasgos difuminados. En el velatorio, delante del cajón abierto y los padres llorosos y anonadados por la pena, hice un supremo esfuerzo por acordarme de lo experimentado en las horas cruciales, aunque no conseguí unir las imágenes a ningún sentimiento, tal como si no me pertenecieran. Me pareció deplorable que frente a mi víctima ya no quedaran huellas de las emociones que me llevaron a eliminarla. Él, causa inocente de mi odio, él que aportó a mi vida y la de Ángel algo que ninguno de los dos olvidaría jamás, no pudo obtener de mí más que una desabrida y melancólica reflexión respecto a la muerte en general, pobremente sazonada por algún pensamiento trivial vinculado con la atroz levedad de la existencia. Medité en aquel momento que mi comportamiento no sólo no era correcto sino ni siquiera humano, pero, ¿qué podía hacer para remediarlo...?

En los días sucesivos me dediqué con ahínco a infundirle áni-

mos a mi amigo que andaba arrastrándose como un sonámbulo, completamente indiferente y apático, pero mis esfuerzos no prosperaron. Me costó bastante conformarme y abandonar mi determinación, pero terminé convenciéndome que aún en el caso que Ángel reaccionara nada volvería a ser como antes. De hecho fue el último verano que pasé en el balneario y cuesta creer que no volviera a verlo hasta nuestro casual encuentro en el restaurante. Pero así sucedió, mi madre quiso vender el chalet de veraneo junto con nuestra casa en la capital para evitar recuerdos penosos de mi padre, y eso terminó por cortar los flecos que restaban de lo que había sido una buena amistad. Cada uno tomó rumbos diferentes y ninguno hizo nada para ponerse en contacto. ¿Había alguna duda que Damián, aún muerto, nos seguía separando? Años después, en vísperas del golpe militar, días antes de dejar el país, mi hermana me informó de su encuentro fortuito con Ángel en un acto político callejero al que ella asistía como oyente casual. Me dijo que tuvieron una conversación corta y poco fluida porque cumplía tareas de militante y estaba muy atareado. "Lo encontré realmente cambiado, tenía el rostro encendido, la mirada brillante, me habló con cariño, te mandó un abrazo, pero no me preguntó dónde vivíamos ni me pidió el teléfono."

Me incorporo nuevamente de la silla y comienzo a dar vueltas entre el corto corredor que lleva a los dormitorios y al baño, y el living. Descubro que el argumento me interesa y, como me pasó en mi primera novela, me ataca el súbito terror de que la inspiración desaparezca antes que pueda estructurarla en páginas y capítulos. Tengo un último pensamiento para Irene, para mi cerrada negativa a toda forma de convivencia con ella, para su heroica creencia, todavía en pie, de que por algún medio logrará hacer de mí un buen esposo, un buen padre, en fin, la persona que dice necesitar. Enciendo la computadora, ubico el programa y tecleo al fin el inicio de mi novela sin saber con certeza adonde me llevará.

Capítulo III

Estamos sentados en dos sillones del living de mi departamento. Hay entre nosotros una mesita con dos vasos a medio vaciar y una botella de cerveza en el medio. En un rincón una estufa a supergás recién encendida expande ondas de calor en el aire frío de la habitación. Es noche cerrada afuera, la luz de la lámpara de pie a mi lado se filtra a través de una pantalla verde clara, y al chocar contra los objetos y nuestros rostros va revelando ángulos y redondeces, y es como si despertara una esencia dormida, como si recordara figuras similares, imitara apariencias o insinuara al intelecto la hipótesis antigua de que todas las cosas están regidas por formas inmutables. Atraído por aquel juego de relieves, de sugestivas luces y sombras, capto sólo la última parte del extenso discurso de Ángel sobre su época de militancia política.

- Me volví un creyente en aquella época- dice como excusándose-. Perdí mi fe en Dios pero la resucité para depositarla en el Partido. La cuestión era seguir creyendo aunque esta vez con el aval científico del materialismo histórico. Al presente soy una clase de hereje al que no le importa que la providencia o la historia lo condene o absuelva.

-Si eso te hace sentir mejor... Al fin de cuentas, ¿no es lo que importa? - pregunto, convidándolo a seguir

-Esa es la cuestión, Ricardo. No estoy convencido. Incluso muchas veces me he preguntado si la de antes no era mejor vida. Pero entonces me doy cuenta que soy como el que se fractura una pierna y luego de cierto tiempo, aunque el hueso esté soldado, no se anima a caminar sin muletas- dice Ángel sin mirarme, como si monologara, usando una comparación médica que me hace sonreír.

-O sea que dudás si antes no eras o vivías mejor...

-Era distinto. Ni mejor ni peor... En esos tiempos mis actos tenían un sentido prefijado, hablaba con pasión y aplomo inobjetable sobre temas que a la postre dejaron de interesarme. Si habré cambia-

do que me asombra haber sido el que fui, que me cuesta hacerme a la idea que expuse mi vida por un ideal... - Mi amigo hace con las manos un ademán de impotencia, calla y queda reflexionando

"Lo cierto es que siente nostalgia, que daría cualquier cosa por recuperar aquella antigua credulidad, por volver a ser el encendido revolucionario desprovisto de dudas, con sus agonías existenciales ahogadas en el torbellino de la acción revolucionaria. Le gustaría blandir de nuevo el acerado fanatismo de aquellos mitos, y quién sabe si no extraña en el fondo al Dios omnipotente y castigador al que alguna vez sirvió. Al fin y al cabo es más satisfactorio tener fe en Dios o en una causa, que en una razón que destruye una tras otra sus creaciones por desconfiar que alguna clase de fe las anima. De últimas cualquier recurso serviría para escapar de la desolación donde su vida resbala agitada por espasmos de lucidez que lo enfrentan al deseo y la muerte, caras de una misma moneda. Sin embargo ha descubierto que el regreso es imposible, y que aquello que no lo deja volver de igual forma le impide seguir adelante manteniéndolo como hasta hace poco en un limbo de hastío hoy sacudido por el amor y el temor a un nuevo desengaño. ¿Tiene que ver lo que lo mantiene prisionero en esta amenazada y titubeante condición con lo que vislumbró en el balneario con Damián, con lo que adivinó en la raíz misma del placer? ¿Fue eso lo que lo hizo sentirse para siempre él mismo, diferente y definitivamente atrapado? Me pregunto si su pasión por Cecilia, esta nueva creencia que se inventó, podrá salvarlo. Esa muchacha representa el gran desafío, ella lo puede rescatar o ser la prueba concluyente de la derrota de toda fe."

-Sí, ya sé, el mundo ha cambiado... Dejemos esa historia dolorosa y trillada -digo fiel a mi plan de encaminarlo hacia donde me interesa-. Hay algo de lo que me gustaría hablar específicamente. Y disculpame si revivo un hecho tan lejano, pero a mí me quedó grabado en la memoria... A vos te afectó mucho la muerte de Damián, tu primo. Ustedes eran muy cercanos. A decir verdad nunca entendí por qué tenía tanta influencia sobre vos, porque no era un tipo agradable... Cambiaste como del día a la noche cuando lo conociste, nunca volviste a ser el mismo. Su muerte debe haber sido un duro impacto...

-Claro que lo fue... Cómo no me va a afectar la muerte de alguien tan cercano -Ángel tose, se pone pálido, mira el techo, le tiembla el pulso y vuelca unas gotas de cerveza sobre el vidrio que cubre la mesita. Esto motiva un quiebre de unos segundos en mi

mente que debe realizar un esfuerzo para contener el impulso de tomar el mantel para lavarlo en la piletta y después ponerlo a secar en el radiador hasta estar totalmente seguro que no conserve el más mínimo vestigio de humedad.- No me preguntes por qué durante algún tiempo sentí remordimientos... Pensaba en él, en su accidente, como si yo de alguna forma lo hubiese originado. Fue muy doloroso... De todas maneras el rumbo que tomó mi vida después no tuvo ninguna relación con la muerte de mi primo.

"Puede ser que los conflictos vinieran de antes, pero lo de Damián fue el detonante, lo que precipitó y dio singularidad a su rebeldía. En realidad deseaba su muerte; por eso los remordimientos. ¡Si supiera que en verdad lo mató a través de mí!"

-Yo no encajaba en mi casa- sigue diciendo Ángel-, rechazaba los prejuicios con los que me educaron. En pocos años me hice primero ateo, después comunista, me convertí en la oveja negra de la familia... Las cosas sucedieron así y nada más. Yo era alguien difícil en tiempos difíciles, y luego con la dictadura todo se complicó: tuve que irme del país, me convertí en un desarraigado, y de vuelta del exilio lo seguí siendo por diferentes razones. Quiero decir que mi visión del mundo había cambiado y eso de por sí fue un motivo de mayor aislamiento ya que no me acomodaba a lo que se esperaba de mí. Tanto para los izquierdistas como los derechistas era un paria... Y como mi padre ya había muerto, mis hermanos estaban casados, no me quedaba otra alternativa que irme a vivir con mi madre, persona que, de poder elegir, me hubiera inclinado por mantenerla a una prudente distancia. Mi única alternativa era ponerme estudiar y terminar una carrera que cursé en parte en Venezuela. Después, como sabés, cometí la idiotez de casarme con la mujer equivocada.

-Sí, suele suceder... Supongo que es normal casarse con la mujer equivocada cuando uno está débil, apaleado- digo maquinalmente.

-La experiencia siempre llega tarde... Claro que no es cuestión de quejarse a nuestra edad. La vida nos sorprende... Por ejemplo yo me encontraba deprimido, desanimado, hasta que conocí a Cecilia y todo cambió. - dice Ángel como un converso.

-¿Cómo me dijiste que se llamaba la primera novia que tuviste? - interrumpo, fiel a un estricto plan -. La que nombraste al pasar la vez anterior. La que me dijiste que los militares la tuvieron presa

cinco años.

-Ah sí, María... - Ángel cambia de actitud, se afloja, sonríe divertido-. Antes de contártelo te digo que si se te pasó por la cabeza la idea de basarte en mi insulsa vida como argumento de tu próxima novela la gente se va aburrir muchísimo.

-No te preocupes, voy a cambiar los nombres y a hacerte un personaje trágico- digo seriamente.

-Si es así estamos de acuerdo- responde manteniendo el tono jocoso.

-Aclarado el asunto - digo sonriendo-. ¿Que me ibas a decir de María?

-De María... -Ángel queda pensativo-. Fue mi primera relación con una mujer... Imaginate, diecisiete años los dos. Yo estaba muerto con ella, si me pongo cursi y digo que la amaba, que no había acto o pensamiento en el que no estuviera comprendida me acercaría a la verdad. Por lo tanto cuando quedó embarazada no vacilé y tuve el coraje de ir a decírselo a mi padre, y la inocencia de creer que él podía llegar a simpatizar con nuestra causa, que nos ayudaría. Todavía conservo la imagen de mi viejo acomodándose los lentes, como hacía cuando no quería que adivinaran sus pensamientos. Y contra todo pronóstico fue tan comprensivo, tan inesperadamente inteligente que me embaucó... En vez de mostrar desagrado o cólera actuó con increíble frialdad y sapiencia: me palmeó, me sonrió afablemente, hasta me elogió por ser tan valiente, tan ético. A mi pedido de ayuda respondió con un ademán tranquilizador instándome a tener confianza, a darle un poco de tiempo, dado que encontrar una ocupación para un par de chicos sin preparación, que no sabían hacer nada en concreto, no era tan fácil, pero claro, él tenía algunos amigos influyentes y se vería... Lógicamente tendríamos que alquilar algo, habría gastos... En fin, nada que no se pudiera solucionar.

-Un estratega tu padre- digo encogiéndome en el sillón.

-Sí, estuvo brillante... Dejé pasar un mes, dos, rehuyéndome lo más que podía, respondiéndome que se estaba ocupando del tema y era preciso esperar cuando le preguntaba si había noticias, hasta que escuchó de mi boca que María se había hecho un aborto. Cuando se lo dije se esmeró cuidadosamente en ocultar el inmenso alivio que sentía y se limitó a rezongar teatralmente, negando enérgicamente con su cabeza, regañando a una María ausente por un acto reñido

con la moral. Luego me miró con aprobación y colocando compasivamente la palma de su mano en mi hombro declaró: "Vos hiciste lo correcto. No es tu culpa que ella no haya tenido paciencia. Estoy muy orgulloso de tu comportamiento. Eso sí, la próxima vez tenés que pensar más en las consecuencias de tus actos".

-¿Y a todo esto, tu mamá qué decía?

-Por supuesto que no fue enterada. Desde el principio papá me lo pidió encarecidamente argumentando que era algo que él manejaría a su debido tiempo -sigue Ángel con un gesto despectivo-. Tendría miedo que no lo pudiera soportar, que se volviera loca o se suicidara, no sé, cualquier suposición catastrófica hubiera estado justificada tratándose de ella.

- ¿Y por qué se separaron después del aborto?

- Supongo que me sentí traicionado... Yo era tan puro que ya me veía casado, con un hijo, trabajando en una oficina pública o en un banco. Y te juro que con el empuje que tenía hubiera salido adelante si alguien me hubiera dado una mano. Pero nadie quiso, y ella, que se suponía estaba de mi lado, se apresuró a hacerse un aborto sin consultarme... Sentí que todos me habían defraudado.

-Tengo que decirte algo, Ángel -anuncia María pálida, ojerosa, atribulada. Están sentados uno frente al otro en un bar-. Mamá me llevó ayer, bueno, yo se lo pedí... La cuestión es que aborté... -. Se lanza a llorar desconsoladamente tapándose la cara con las manos. Ángel está ceñudo e inmóvil, y permanece así cuando ella levanta la cabeza para mirarlo. No le concede una mirada, un gesto de comprensión, ni de su boca sale un sonido para consolarla. Ella se seca las lágrimas con una manga, suena sus narices con un pañuelo que saca de un bolsillo de su pantalón de pana gris, y lo observa angustiada, culpable... -. Entendí que no podía esperar más, yo sé que te lo tendría que haber dicho pero tenía miedo que me lo prohibieras... ¿Me lo podrás perdonar, Ángel?

"La estoy viendo llorosa, una cara con algunas pecas a los lados de la pequeña nariz, ojos claros que buscan consuelo, benevolencia, ayuda. Es más pequeña que mi amigo, tiene el pelo corto, está encogida dentro de un montgomery azul. Lo mira con angustiosa insistencia, ya adivinándolo, ya sabiéndolo perdido."

-A mí se me cayó el cielo encima -prosigue mi amigo-. Unos días atrás buscábamos nombres para la futura criatura, mirábamos

en las vidrieras cunas, ropas, juguetes, hacíamos planes, y a la primera de cambio... No digo que yo no era el equivocado, entendeme, porque era una locura, ¿no?, si no teníamos donde caernos muertos... Pero el asunto es que a partir de ahí algo se quebró, y mirá que me esforcé de verdad, no quería ser ni parecer inflexible, y recién cuando me cercioré que aquel sentimiento no era pasajero, que perduraría cualquiera fuera la actitud de María, cualquiera fueran sus palabras y sus intenciones, me dije que lo único que podía hacer era dejarla. Como te dije se rompió algo, no se lo pude perdonar... Lo grotesco fue que a despecho de estos sentimientos, que, más allá de las causas o que pudieran ser compartidos o no, eran sinceros, me convencí de que tanto ella como mi viejo estaban en lo cierto y yo era el equivocado, el gil, el ridículo sentimental.

"Me está diciendo que se le rompió el corazón. Porque es eso y no otra cosa lo que le provocó la decisión de la muchacha. Amaba a María como se ama la primera vez que hay sexo de por medio: con pasión, con el radical romanticismo del todo o nada. Me pregunto cómo encajaría en esto su no tan lejana relación con Damián. ¿Lo embargaría una melancolía teñida de culpabilidad al pensar en él...? Quisiera saber si cuando la miraba o hacían el amor alguna vez no se le presentaría la flaca figura de su primo como una amenaza cuyo castigo latente significaba ni más ni menos que el fin de aquella soñada relación con María. Tal vez justamente por eso que ella fue tan importante y no le importó dejarla embarazada. María lo confirmó en su hombría puesta en entredicho, en el papel que la sociedad le reserva a los machos de la especie. ¿Cómo reaccionaría si le dijera que fue a instancias mías que pudo lograrlo, que gracias al brusco empujón con que un servidor terminó con la vida de su primo hoy puede considerarse un activo integrante del sexo masculino? No puedo afirmar categóricamente que no lo hubiera conseguido igual, pero hay mucho más que una duda razonable de por medio."

¿Y Cecilia, la chica del restaurante? -pregunto- ¿Cómo la conociste?

-Eso fue como un milagro. Me vino a ver a la policlínica por un dolor en el hombro y hubo un verdadero flechazo. Nos conocemos hace unos meses apenas, pero desde el principio algo profundo nos ha unido. Nos hemos propuesto vivir juntos, pero ella primero quiere resolver algunos problemas familiares, en particular un asunto con su hermano que la preocupa. Te juro que no dejo de pensar en ella,

parezco un adolescente, nunca creí que me volvería a enamorar de alguien -Ángel guarda silencio unos segundos y luego hace un movimiento con la mano como si ahuyentara una idea dañina-: No me olvido que hay una apreciable diferencia de edad, pero estoy convencido que con ella no habrá obstáculos insalvables. Qué te puedo decir... Es inteligente, independiente, hermosa, su padre es rico pero ella trabaja en una agencia publicitaria y gana para mantenerse...

-Ah, pero si casi se me pasa... - digo en tono de disculpa interrumpiendo su inflamada apología -. Nos olvidábamos de Elisa, porque antes de María estuvo Elisa en el balneario. Por más que eras un niño fue tu primer amor. Cómo pude olvidarme, recuerdo que eran inseparables...

- Qué buena memoria, Ricardo. Es la segunda vez que empiezo a hablar de Cecilia y me parás. Es indudable que como escritor sos extremadamente metódico -dice, y lanza una suave carcajada-. Como dijiste fue mi primer amor. Fuimos los primeros de la barra en conocernos. Después vinieron Claudio, Magdalena, su hermano Rogelio, el último fuiste vos.

"He ahí el primer amor, ¿será cierto que el primero es el que perdura, el que determina el resto, aunque haya sido platónico? Ángel idealizaba a aquella linda flaquita, le escribía unas largas poesías azucaradas que una vez me mostró ruborizado, con miedo a una mala crítica de mi parte. ¿Fue esa decepción la que inició su rebelión, su distanciamiento del resto de la familia, la que lo diferenció? Cuando estaba ella delante no decía palabrotas, era un perfecto caballero. ¿Se masturbaba pensando en Elisa o ni eso se permitía? Cuando hablábamos de sexo con Claudio permanecía callado o se reía por compromiso, se sentía violento, perturbado. ¿Su castradora y omnipotente mami era la causante de ese romántico lirismo que expresaba en sus versos melancólicos? ¿Era su madre la que en el fondo yacía en esa propensión hacia amores inalcanzables? (Es muy posible; he observado con harta frecuencia que muchas fantasiosas exageraciones en asuntos amorosos son consecuencia directa de la desmesurada importancia otorgada al sexo por una moral que lo condena sistemáticamente). No me olvido cuando presencié la cachetada que le dió porque encontró una foto de una mujer desnuda dentro de una revista de comics; lo peor es que la foto ni siquiera era suya, se la había dejado olvidada Claudio, pero él era tan inocente, tan sanote, tan buen tipo que no dijo nada, se fue a su cuarto a llorar de bronca."

-Éramos tan buenos amigos... -añora Ángel-. Teníamos esa amistad que sólo se puede tener a esa edad. Vos eras el más querido por unanimidad. Continuamente tratabas de complacer a los demás, de evitar peleas innecesarias. No eras muy demostrativo aunque tenías una sensibilidad particular, el don de usar a la perfección el lenguaje para describir lo que veías o imaginabas. Todavía me acuerdo de las historias de terror que nos contabas cuando de noche hacíamos fogatas en la playa. Nos moríamos de miedo. Hasta Claudio que era el más bravucón se ponía nervioso. Lo increíble es que te los inventabas en el momento.

-Contame de Elisa, Ángel - digo volviéndolo al tema- ¿Intentaste algo alguna vez? Creo que me contaste que sí.

-Llegué a darle un beso rápido en la boca mientras jugábamos en un bote en el agua. Fue todo un éxito, al otro día desapareció, se fue a Punta del Este, ¿te acordás que ni siquiera se despidió? -Ángel apura la cerveza, asiente para sí -. Fue de lo más ridículo aunque en ese momento me hirió terriblemente.

"Con los recuerdos que me restan no es difícil recrear la historia entera. Conoció a Elisa a los nueve años, es su vecina casa por medio en el balneario, hija de un notorio político del partido del gobierno. Es delgada, rubia, pecosa y usa trenzas. Todos las mañanas la ve en la playa, conversan, se bañan, pasean por la orilla juntos. Elisa es muy comedida con él, le gusta como lo trata. ¿Querés jugar a la raqueta Ángel?, ¿te gustaría hacer un castillo en la orilla?, ¿vamos a buscar los calderines a ver si podemos atrapar mojarritas entre las rocas? Las trenzas le bailan ligeramente con sus graciosos movimientos, el sol se confunde con sus cabellos, su sonrisa le dice que le gusta estar con él. De tarde dan largos paseos en bicicleta, exploran los confines del balneario, a veces van a Atlántida -el balneario vecino más importante- y se toman un refresco o un helado. Cuando se les unen los demás chicos y se forma la barra, ella no varía su trato y eso es un gran alivio para Ángel que llegó a pensar que con la incorporación a un grupo la podía perder. Claudio y yo lo animamos, lo aguijoneamos diciéndole que no pierda el tiempo, que es su obligación atacar, le hacemos practicar con el pico de una botella para que aprenda a dar besos sin pasar vergüenza. Llega un momento en que casi no puede separarse de Elisa. Se imagina, en su mente infantil, de novio y después casado, con un empleo importante que le conseguirá su influyente suegro. Al fin se decide a seguir nuestros consejos, es

ahora o nunca, no tolera más la espera, están creciendo, ya no son niños, Elisa podría interesarse por otro, uno más atrevido, con más audacia que él. El verano finaliza y faltan dos semanas para el comienzo de las clases. No soporta la idea de pasar otra vez tantos meses sin verla, por lo menos si se hacen novios tendrá una excusa para llamarla o encontrarse con ella en Montevideo. Por eso aquel día fatídico baja a la playa determinado a decirle o a hacer algo. Es mediodía, el mar está sereno, la arena poblada de gente y Elisa, recostada en su bote inflable a pocos metros de la orilla, se deja acunar por los perezosos, apenas perceptibles movimientos de las olas. Ángel se zambulle y la alcanza. A su alrededor resplandece la superficie del agua, hay un incendio de reflejos que brillan y rielan, y ella es una ninfa, una rubia sirena que lo invita, que lo tienta, que espera que él tome la iniciativa. Se le ocurre en ese momento proponerle un juego: él tiene que conquistar el bote y ella impedirlo. Elisa asiente, se sonríen, comienzan a jugar jubilosamente. Arrodillada ella forcejea, lo rechaza cada vez que está a punto de conseguir su objetivo. Ángel siente como nunca antes el olor de la muchacha, tan cercana y apetecible, trata de prolongar todos los contactos, pero ella sigue jugando, ignorando sus intenciones, se deshace y lo empuja, lo asombra con la fuerza de sus delgados brazos. Con el límpido cielo de testigo Ángel deja de forcejear, le da a entender que se rinde y se queda quieto apoyado en el borde del bote. Cuando nota que Elisa baja la guardia, bruscamente la toma del cuello, empuja la cabeza de la muchacha hacia él y la besa. Es un beso tan repentino, tan inesperado que ella se asusta muchísimo, le tiemblan los labios, incrédula se los toca, se pone colorada, se libera de la mano de Ángel que se resiste a soltarla y espantada se arroja al agua y nada despavorida hacia la orilla. "¿En qué me habré equivocado?", se pregunta Ángel acongojado. Desde el bote mira cómo Elisa alcanza la orilla y, sin pasar por la sombrilla donde están sus padres, corre hasta desaparecer por el camino entre los médanos. Él se queda confuso y en los instantes que siguen comienza a torturarse con infinitas conjeturas. ¿Cómo pudo equivocarse así? ¿En realidad había sido tan brutal como para provocar una reacción semejante? ¿No había sido exagerado el comportamiento de Elisa? ¿Dónde había quedado aquella complicidad, la ternura que los unía? ¿Tanto rechazo le había ocasionado un inofensivo beso? ¿No tendría que estar feliz de que él se hubiera atrevido, que le hubiera demostrado lo que sentía? Esa tarde Ángel prefiere no ir a

verla; está avergonzado, herido en su amor propio, le parece mentira que en unos instantes todo lo maravilloso que se suponía había entre ellos pudiera desaparecer. Al otro día Elisa no baja a la playa y él ya no lo soporta y decide ir a hablarle para aclarar las cosas, pero la distinguida señora del político lo recibe de malos modos y no lo invita a entrar. Sin duda ya está al tanto de lo ocurrido en la playa, porque sin más comentarios le dice que Elisa no está y lo planta con un portazo. ¿Qué podrá hacer para verla? Es esencial que hablen de lo sucedido, que le explique lo que siente. Pero las horas pasan y ella no da señales de vida, lo mismo que si se la hubiera tragado la tierra. Ninguno de sus amigos está al tanto de nada y él tiene que resignarse a esperar y hacer conjeturas. Recién al otro día en la tarde se entera que Elisa se marchó a Punta del Este con unos tíos por el resto de las vacaciones, y luego Magdalena le viene a contar que averiguó por Mariana, la hermanita menor de Elisa, que ésta, llorando, le había contado a su mamá del beso y la dama indignada se lo transmitió al importante político, y los dos estaban muy molestos con él. "¿Qué le hiciste salvaje?, tenías que declarártele no violarla", le dice Claudio dándole un manotazo en la espalda, y entonces él se pone a llorar como una criatura. Ay Ángel ... ¡Qué bobalicón! A los pocos meses al padre de Elisa lo nombran cónsul en España, la casa del balneario es vendida y no la vuelve a ver. Las siguientes serán sus primeras vacaciones sin ella y asimismo las primeras que su primo Damián pasará con la familia de Ángel."

-Pero me la volví a encontrar años más tarde- rememora Ángel-. Ya no estaba en casa, vivía escondiéndome; fue antes de pedir asilo político. Caminaba por una calle del Centro y Elisa se encontraba en un restaurante en una mesa vecina a la ventana. La reconocí enseguida y entré rompiendo la regla de evitar lugares concurridos. Le costó identificarme con mis patillas largas y mi bigote. Se quedó muda de asombro. Se había vuelto una verdadera belleza. Atropelladamente me dijo que estaba citada con su madre y no muy convencida, incómoda, por una cuestión de elemental cortesía, me invitó a sentarme. De seguro no sabía de mi sediciosa condición sino no lo hubiera hecho. Me contó que estaba de visita en Montevideo y se volvía a España la semana entrante. Más distendida me mostró una foto de su esposo, un hombre en short de baño con el torso desnudo, de cabello corto y oscuro, que tenía en sus brazos a una criatura de meses -su hijita Rosario-, y otra con el fondo de una casa de dos

plantas donde residía en Madrid, en la que estaba flanqueada por sus suegros-. Ángel se detiene y agrega con una mueca de fastidio-: Por supuesto que no hablamos de lo sucedido en el balneario, como si diéramos por sobrentendido que sería inoportuno, ridículo y no valía la pena ni siquiera como algo gracioso.

"Yo quiero y soy capaz de darle un final mejor a este evento anodino. Si Ángel supiera que es tan fácil... Tengo a Elisa que me está mostrando también a mí, desaprensivamente la foto de su esposo e hijo, y la de ella y sus suegros, y me señala la casa fenomenal de dos plantas que tienen en las afueras de Madrid. La miro y compruebo que se ha vuelto una beldad y está complacida con mi atención, como lo estaba cuando vagábamos juntos por el balneario. Sigue hablándome de su vida actual, me expresa lo feliz que es, lo sorprendentemente bien que se ha adaptado, lo divina que es la beba, lo igualita al papá que es, y ahí la interrumpo y le pregunto a bocajarro por qué tuvo que huir así aquella vez en la playa, por qué se lo tuvo que contar a sus padres, ¿acaso no le importó lo que él sentía?, ¿que no se vieran más? Ella me queda mirando con la boca abierta, el gusano del miedo le roba el color a su rostro. Hace un ademán de levantarse que no concreta; mira hacia los costados sin saber si reirse o llorar, tiene pavor, quiere huir de mí y de mi intempestiva pregunta de la misma manera que huyó aquella mañana luego de mi torpe beso. Me sabe tan insípida y superficial en ese instante, me indigno tanto recordándome como un tosco adolescente despreciado, que hago algo insólito de lo que no me arrepentiré nunca. Me inclino a través de la mesa y, como lo hice en la playa pero con una fuerza que la sofoca y hace que se le frunza la cara como un papel, la vuelvo a besar con rabia, mucho más prolongadamente que aquella vez. Ella, después que la suelto, se queda tan atónita que no atina a nada y permanece en su sitio aterrorizada. Entonces antes que grite, me insulte o escape, me levanto de la silla y me dirijo tranquilamente hacia la puerta del restaurante, dejando atrás a Elisa como a cualquier recuerdo irrelevante."

Capítulo IV

Me he pasado el día en la calle. A la una retiré plata del banco y dediqué parte de la tarde a pagar cuentas y caminar por algunos lugares de la Ciudad Vieja. Este barrio, tan deteriorado en la actualidad, que brinda el contraste de bancos y oficinas, con lugares históricos y la pobreza de las zonas aledañas al puerto, me transporta a los cálidos escenarios de mi infancia (viví en la calle Misiones hasta los dieciséis años). La histórica Plaza Matriz presencié como de niño correteaba perseguido por una niñera recién venida de Vigo que conoció a su marido en uno de aquellos gratos paseos dominicales. Junto a mis amigos, a la salida del colegio, alborotábamos el solemne silencio de la Catedral, nos trepábamos a los bancos, jugábamos a las escondidas entre los confesionarios, éramos echados a gritos por un anciano cura. Más tarde cuando leí algo de nuestra historia colonial, me fascinaba pensar que los desvalidos colonos de la época de la fundación de Montevideo, tan lejos de la metrópoli, lloraban a sus reyes y celebraban a sus sucesores en la Iglesia Matriz, con todo el fasto que podían permitirse, y que la Plaza también servía de escenario a espectáculos de toros, domas, ferias circenses y troupes de cómicos. Me figuraba qué dura y maravillosa había sido la vida para aquella gente que cimentó lo que en el presente somos como cultura y país. Y me resultó fácil entender que la herencia española que nos legaron, con su austera rigidez, su rústica alegría, sus abismales e insalvables diferencias entre lo santo y lo réprobo, la llevamos en la sangre los uruguayos y los hispanoamericanos en general. Luego escuché y leí también a gente erudita que opinaba que aquella herencia se había constituido en una pesada carga por la que tuvimos que pagar un precio muy alto, ya que no fue fortuito que nuestra Revolución de Independencia, en vez de crear nuevas y pujantes sociedades, inaugurase países de un caudillesco absolutismo sin monarcas, de un feudalismo teñido de ideas liberales que nos atomizó y estancó. Pero como para mí la historia a esas edades era (y en la actualidad lo sigue siendo) tan sólo una incomparable fuente de vivencias a las que

no asignaba dirección alguna, y como no perseguía ningún fin que me obligara a interpretarla en uno u otro sentido, ni pretendía extraer consecuencias de eventos fortuitos, me conformaba con imaginarme viviendo en aquella época y me daba igual ser un joven colono aventurero, "fijodalgo" en una tierra inhóspita, que el dueño de un rancho de adobe llamado pulpería, un paupérrimo soldado de guarnición, un visionario fraile franciscano, un arriesgado volatinero o un pregonero de medio luto que anunciaba con voz poderosa la ascensión al trono de un nuevo monarca español. Siempre me han interesado los hombres desempeñando con convencimiento sus papeles, más que los papeles mismos.

Más allá de las cinco paso a saludar a Julio, un compatriota que conocí en Nueva York y se encuentra de paso para ver a su familia. Conversamos y me cuenta entre otras cosas del momento de prosperidad que atraviesa Estados Unidos y que cada vez que viene al Uruguay se deprime y quiere regresar lo antes posible. "Tengo miedo de acostumbrarme a la mediocridad. Es un cambio tan brutal a todo nivel venir de allá y toparnos con nuestra realidad. Aquí la gente vive desalentada, cualquiera con iniciativa y ganas de progresar no lo puede resistir, tiene que irse o resignarse a vegetar", me dice y a continuación trata de convencerme para que me vuelva con él a Nueva York. "No entiendo que alguien como vos desperdicie el tiempo en esta aldea de gente triste y envidiosa." Estuve a punto de confesarle que hace unos meses lo hubiera acompañado con gusto, pero que ahora Montevideo era el único lugar donde quería estar, en cambio me limito a decirle con toda intención, dándole cierta vibración admonitiva a mi tono de voz (como para castigar la banalidad del que desprecia sus raíces, aunque en verdad es para ahorrarme una trabajosa disquisición), que aunque le parezca mentira ya estoy acostumbrado, que en definitiva es mi patria y me tiran la gente y sus costumbres. Como es natural obtengo de su parte una sonrisa despectiva, una tolerante elevación de cejas en la que puedo rastrear algo de lástima.

Cuando llego a mi apartamento anochece y me siento cansado. Me tumbo en la cama vestido y quedo inmediatamente dormido. Me despierta el teléfono que suena dos veces hasta que oigo desde el dormitorio mi grabación en el contestador. Irene deja un mensaje: "Llamame. Te prometo que no voy a hablar de las cosas que te molestan". En mi reloj de pulsera son casi las diez de la noche. "Irene",

pienso desperezándome, “una mujer persistente sin duda”. Por su propio bien no tendría que haber llamado. Su problema, del que no tiene la culpa, es que su despiadado reloj biológico la incita a encontrar urgentemente al padre de sus hijos. Una mujer fiel y honrada, debo reconocer, con el mérito invalorable de no buscar una victoria por la fuerza de los hechos. “Me las podía haber ingeniado para quedar embarazada como hacen tantas”, no se ha cansado de enrostrarme en múltiples oportunidades, dado que una de sus características, bastante graciosa por cierto, es su inclinación a proclamar con ingenuo orgullo sus méritos a los cuatro vientos. Porque, de qué sirve una virtud si no se la proclama, podrá pensar alguien, si por lo menos no nos ofrece alguna ventaja frente a los grandes sacrificios que estamos dispuestos a realizar. Lamentablemente si se piensa de este modo se está perdido, ya que lo que recomienda el sentido común es la prudencia en esta materia, más teniendo en cuenta el básico empeño de los hombres por mantener el mito del desinterés en las relaciones interpersonales. Por eso lo que hace confiable y previsible a Irene, la vuelve chocante y menos interesante, porque además esa exposición sin dobleces de las bondades de su alma, esperando con encendida indignación y todo derecho ser recompensada, ella la convierte en una virtud cardinal escandalizando la moral ordinaria y quitando el condimento que encarece a quien se vale de sutilezas y cierta astucia para obtener sus metas.

- Pensé que tarde o temprano tendríamos proyectos- dice Irene casi gritándome-. Es cierto que en ningún momento me los propusiste, pero me los diste a entender al principio cuando nos veíamos todos los días, cuando te dabas con mi familia y parecías cómodo y satisfecho. ¿Estabas fingiendo?, ¿qué fue lo que pasó?, ¿acaso hice algo que te disgustara?, ¿soy tan poca cosa para vos? Cualquier relación debe proponerse objetivos para subsistir, pero en vez de eso vos me fuiste abandonando, me llevaste poco a poco a un terreno en el que terminé rebajando mis pretensiones como una desahuciada; hasta estuve dispuesta a sacrificar la maternidad pensando que era eso lo que te asustaba y ni así me ofreciste la limosna de una vida en común... A veces me gustaría abrirte la cabeza para saber de qué estás hecho, lo que llevás adentro. ¿Acaso tenés sentimientos? Y si a pesar de todo los tenés, de verdad que me encantaría saber cuáles son. Ya que nunca me quisiste, preferiría por lo menos que me hubieras maltratado, traicionado, no sé... Nada más que para tener la pequeña

recompensa de decirle a los demás lo violento, lo despótico, la clase de basura que sos, pero ni siquiera ese placer me dejás. Mientras tanto durante doce horas al día la rústica Irene labura y labura, y cuando llega a su apartamento está sola, esperando que al señor se le ocurra, si no es que tiene algo más importante que hacer, venir a verme. Esto no es vida, claro que no. Tengo treinta y ocho años y no estoy para perder el tiempo. Quisiera saber qué es lo que me aterra tanto en la idea de no volver a verte, qué es lo que me hace prolongar esta tortura. Porque estoy segura que nunca me quisiste y dudo que seas capaz de querer a alguien. Sólo venís, me hacés el amor, miramos la televisión, cuando te lo pido salimos al cine o a comer afuera, con suerte te quedás a dormir dos o tres noches seguidas, y cuando empiezo a esperanzarme con la idea de que vas a ofrecermme una forma de convivencia, un proyecto común, desaparecés de la faz de la tierra, te llamo y nunca estás, no contestás mis mensajes, y de pronto el día menos pensado reaparecés una noche con un timbrazo como si nos hubiéramos visto cinco minutos antes. Claro, me dirás, esos es perfectamente normal, lo hacen todos, ¿no? ¿Y sabés lo que pienso?, y lo digo muy en serio, Ricardo, que te haría estupendamente entrar en terapia, pedir la opinión de un profesional que pueda ayudarte. Pero claro, el intelectual es autosuficiente, lo tiene todo clarísimo, no necesita ayuda.

Irene es una mujer de apellido italiano, rubia, alta, atlética, bonita de cara y de cierta corpulencia, que me presentó Mario, un amigo, hace cerca de dos años. Trabaja como fisioterapeuta; está especializada en la rehabilitación de niños con alteraciones psicomotrices y es reconocida su capacidad en el ambiente médico. Es la mayor de dos hermanas, su madre enviudó seis años atrás de un siciliano de su mismo pueblo, dueño de varias zapaterías, que al morir la dejó en una buena situación. En los inicios de nuestras relaciones frecuenté a mi nueva parentela y cada domingo concurrí con Irene a la casa materna junto a su hermana menor, su esposo y sus dos hijos varones de ocho y diez años. Una familia unida, con arraigados valores, que me acogieron como uno más y me tentaron con su afabilidad contagiosa a satisfacer sus expectativas de que mi compromiso con Irene fuese duradero. La madre, una mujer magnánima, extremadamente obesa, efusiva hasta las lágrimas, me adoraba creyéndome el yerno ideal y no se cansaba de alabarme, resaltando lo bueno, lo correcto, lo condescendiente que yo le parecía. Procuré por todos los medios duran-

te un buen lapso acomodarme a sus gustos, ser tan cumplido, tan corriente como ellos querían que fuera, pero fallé; en ningún momento me pude integrar como hubiese querido, tanto por mi viejo vicio de crear un individuo a la medida de los demás que después repelía (en este caso un hombre maduro, con seria disposición a formar un hogar luego de una vida vagabunda, bohemia y solitaria), como por las presiones de Irene, presiones por demás naturales de alguien envidiablemente honesta, estructurada y confiable. Porque ni ella ni su familia, que cumplían ampliamente los requisitos para hacer feliz a cualquier tipo común y silvestre, eran el problema, sino yo. Estoy convencido que hasta mi culta y aristocrática madre de haberlos conocido hubiera estado encantada con ellos pese a juzgarlos inferiores del punto de vista intelectual. Siempre le preocupó que con la vida trashumante que llevaba terminara llegando a viejo sin perro que me ladrara, sin nadie que me cuidara cuando llegaran los achaques y mi hora. A mí, sin embargo, nunca me desveló esa idea. La enfermedad y la muerte llegarán de una forma u otra y no serán más benévolas si me encuentran sólo o en compañía. Lo que temo, sí, es morir como he vivido, sin llegar a cristalizar lo que he entrevisto en esporádicos instantes de lucidez.

Me desperezo de espaldas en la cama, presenciando cómo mi memoria se aleja de Irene y vuelve a ser ocupada por lo que considera principal y urgente para mi salvación: la historia de mi amigo el médico. Si voy a ser Ángel, medito, una de las claves para acceder a él se encuentra, por lo conocido, en los veranos pasados en el balneario. Por eso quisiera extraer de todos ellos, un día situado fuera del tiempo que los resuma y represente, con lugar para que ocurran todas las cosas primordiales, que sea el referente al que naturalmente volveré para darle consistencia al curso de los hechos. Arbitrariamente me imagino que dicho día será uno despejado y el sol andará por la mitad del cielo, y mi yo-Ángel puede estar almorzando en el porche con sus padres y sus hermanos, o retozando con sus amigos en los barrancos de los alrededores, o paseando en bicicleta con Elisa de la que está enamorado. En ese día ideal de incierta duración, de deseos agazapados en la superficie de los cuerpos, de impúdico abandono, escucho a mi madre hablar con la mirada perdida de la sabiduría del Señor, acompaño a papá a la playa, tengo un altercado con mi hermano Carlos, beso a Elisa en el agua y la hago huir, mi primo Damián me seduce y luego muere, y comienzo a reconocirme en

oposición al resto de la familia, para constituirme en un rebelde que finalmente reniega de Dios y se condena a compensar su divina ausencia durante el resto de su atribulada vida. Bajo el calor abrasador me veo girar desnudo sobre la arena temblando de placer y preveo una nueva armonía, presente como algo palpable, una armonía transparente e invencible como los impulsos que la crearon, una nada y un todo invariable, un remanso al que la muerte no llega, una zona que derrota al tiempo y se confunde con nuestra desnuda lujuria, ambigua y deseable, desmesurada y eterna ante mis ojos.

De igual manera soy Ángel en su consultorio de la mutualista. El pantalón y la camisa blanca están hechos a mi medida. Hay una camilla en un costado cubierta con un papel celeste. Estoy sentado delante de una mesa cuadrada con una silla vacía enfrente; en la pared, a mi izquierda, a la altura de mi hombro, cuelga un teléfono en su soporte, y más arriba el negatoscopio está encendido y unas radiografías enseñan el esqueleto de un hombro, luminosamente blanco sobre el fondo negro de la placa. Pero la silla de pronto no está vacía, porque ahora un paciente, una mujer joven está ocupándola. Es Cecilia, una muchacha de piel lechosa, ojos oscuros que centellean, cabellos retintos aplastados a los lados de la cabeza, sujetos a una peineta en la nuca alargada y esbelta, que se despliegan hasta un poco más allá del cuello de una camisa beige. Yo me limito a anotar su nombre en la historia clínica, a acodarme sobre la mesa entrelazando mis dedos a una corta distancia de la boca, a observar detenidamente el estupor que se ausenta de su semblante con el correr de las palabras y va dejando lugar a una retadora audacia.

-Comenzó hace varios días, doctor... Una mañana al levantarme sentí una molestia que se intensificó en el curso de las horas. Ahora casi no puedo mover el hombro sin dolor, ayer pasé la noche en vela... - dice ella, y yo finjo interesarme, escribo y cuando la vuelvo a mirar la muchacha se ha incorporado de golpe, coloca un tapado negro y una cartera sobre la camilla, y comienza a desabotonarse la camisa. Sin dejar de retarme con la mirada se la quita y con precisos movimientos de sus dedos se desprende el sostén para exhibir unos senos redondeados, de aréolas morenas, que rodean unos pequeños pezones rosados. Me detengo en ellos, compruebo su tamaño ideal, su contraste con la evidencia de las costillas, los veo florecerse vanidosos y arrogantes en el aire aséptico del consultorio, provocándome, mostrándome su indiscutible autoridad, irradiando una atracción anti-

gua, oscura que humedece mis ojos, seca mi lengua, apresura mi respiración y me convierte en un ser dominado, esclavo de un instinto que me despoja de mi absurdo rol impersonal, desafectivizado de médico respetable, mitigador de sufrimientos, fiel defensor de la medida ante los arrebatos de las pasiones. Aunque ya no importa, no se me pasa por alto que al desvestirse la muchacha eleva fácilmente su hombro enfermo. Pero a ella sí parece importarle porque se lo mira y enrojece, o nada más se arrepiente de su osadía y repentinamente pierde todo el aire de reto, tiembla y se viste precipitadamente.- Usted perdonará doctor, creo que me siento mejor, gracias, gracias y discúlpeme... -dice balbuceando, perpleja, tomando el tapado y la cartera de encima de la camilla.

-No, espere, espere, no se vaya- le ruego en voz alta cuando ella se da media vuelta y camina hacia la puerta. Entonces me pongo en pie, avanzo y llego a sujetarla de un brazo antes que gire la perilla de la puerta-. Mire... No se avergüence, nos pasa a todos. A veces tenemos necesidad de hacer algo insólito, escandaloso... Siéntese, por favor, sentate Cecilia.

Sé aunque no sé cómo, que hace años que aguardo algo así, que no es casualidad que ella viniera justo ese día para montar aquella farsa, que no puede ser sino esa muchacha la salida que espero. Entiendo mi decisión de detenerla, de no dejar que se escape lo que considero un milagro. Pienso que los motivos que me llevaron a actuar así ya no importan, y sí tienen relevancia mis sentimientos y mi valor para seguir ese palpito.

Rígido sobre mi cama me desligo de la escena del consultorio conciente que este inicio novelesco que Ángel me relató a medias y yo culminé y puse detalles ya es parte de mi pasado. Me concentro en otros detalles de su vida, en otras cosas que me contó y de improviso lo recuerdo perdiendo la calma, con la cara congestionada por la ira, enfureciéndose al hablarme de su ex-mujer.

-Ella se casó de nuevo, con un ingeniero. Tiene dos hijos más pero nunca a dejado de perseguirme, de atacarme sin razón alguna. Cuando estoy con Javier, mi hijo, los días de visita, llama por teléfono con cualquier excusa y de buenas a primeras comienza a joderme. Todo es muy raro, tortuoso y exasperante, porque en general me acusa de cosas que nunca ocurrieron, en las que involucra casi siempre a mi familia, y de ahí pasa a los insultos más groseros. De mi

beata madre ha llegado a decir, sin importarle que hubiera muerto pocas semanas antes, que era una repugnante lesbiana; a mi pulcro e intachable hermano mayor con el que nunca congenié, lo ha acusado de ser un ladrón reconocido; y a mi hermana, una inmaculada mujer de su casa, de haber sido vista ejerciendo la prostitución en una oscura esquina de Bulevar. Lo peor es que lo dice con una terrorífica certidumbre, realizada por un odio tan feroz, que no puedo tomarla a broma. ¿Comprendés...? No puedo pasarlo por alto. Sus locuras son graves y tienen la virtud de crear un clima de pesadilla en el que a veces yo caigo también cuando me pongo a discutir y a insultar a la par de ella. Es que es tan difícil sustraerse. Ella logra herirme y desconcertarme... Hay que vivirlo para entender... De vez en cuando entremezcla, junto a sus fabulaciones, cosas reales que sucedieron por lo menos hace diez años, como la vez que le di una cachetada en medio de uno de sus ataques de histerismo al ver que se jalaba de los pelos y se daba la cabeza contra la pared. Entonces me grita: "Sos un mierda, un asqueroso golpeador de mujeres, un violento. ¿Así querés educar a tu hijo, para que sea un monstruo como vos...? Ni sueñes, ¿entendés? Le voy a contar lo que sos y te va a odiar. Le voy a decir las maldades que me hicieron vos y tu familia. Te va a despreciar, vas a ver de lo que soy capaz, hijo de puta, hijo de puta... ". Y repite hijo de puta y otros insultos del mismo tenor hasta que le cuelgo.

Le digo que no tiene que consentir esas conductas, que hay abogados para mantenerla a raya, que no tiene que dejar que esa demente le amargue la vida. Porque es notorio que su ex busca perjudicarlo con su acoso y su constante interferencia. Por eso lo animo a que se ponga enérgico con esa maldita, porque de lo contrario nunca podrá gozar de su hijo y además su relación con Cecilia se verá afectada. Ángel me escucha y no me responde. Puedo sentir su miedo, ese sentimiento patético responsable de que hombres y mujeres se acostumbren a abusos y humillaciones de todo tipo y hasta les tomen el gusto, a tal punto que los aterrorice cualquier modificación por más que la situación sea, como en este caso, intolerable y los haga sentirse miserables. Le pronostico que de seguir así las escasas satisfacciones que hoy disfruta serán afectadas, pero él cree por cobardía o una lastimosa costumbre que lo hace apelar a la fe, que todo mejorará con el tiempo sin que sea preciso apelar a medidas radicales. "El pobre lleva en sus entrañas la esencia misma del fracaso", pienso. "Eso tiene que cambiar o no lo podré ayudar".

Salgo de la cama y de pie estiro mis articulaciones haciéndolas crujir. Me dirijo al living con la idea de releer las cuatro carillas que escribí el día anterior, pero cuando las tengo entre las manos las rompo en decenas de pedazos que arrojo prolijamente en una bolsa de basura. Barrunto que hago lo debido, que algo se está forjando en mi cerebro que va más allá de lo que pueda escribir en un papel. El hecho que cada día que pasa me sienta más unido a Ángel, que participe de sus congojas, que quiera ayudarlo a desenredar su vida, me entusiasma, sí, me entusiasma, repito sorprendido. Me acerco a la ventana, descorro las cortinas y empujo una de las hojas corredizas. Es una típica noche primaveral, templada, con un tenue claror que descende de una luna casi llena. Las luces de la ciudad cabrillean allá afuera, el Cerro se asemeja a un gigantesco árbol navideño con la fortaleza y el faro en la cima que relumbra a intervalos con su luz amarillenta. Aspiro el aire de la noche sintiendo una insólita satisfacción. Corroboro que las nuevas posibilidades son tan reales que no siento el peso de mi desolación. Imprevistamente me asalta un pensamiento que me obliga a abandonar la ventana y presentarme ante el espejo del living para comprobar lo lejos que estoy de la locura. En efecto, al hacerlo me reconozco sin esfuerzo en ese hombre de cara macilenta y ojos vidriosos que me observa, que se pone los lentes y se acerca para estudiarme y comprobar que efectivamente soy él mismo. Precipitadamente me dirijo al baño y desafío la humedad mojando mi camisa y mi pantalón con el agua de la canilla y me los dejo puestos para demostrar mi recobrada inmunidad. Noto que mi sexo se despierta sin causa aparente y por hábito pienso en Irene, pero inmediatamente descarto la posibilidad de llamarla. Decido que lo mejor será ir en busca de una prostituta y específicamente pienso en una muy joven con la que me topé días atrás.

La entreví al pasar por una esquina a unas cuadras de mi edificio y me impresionó la belleza y la palidez de su rostro. Cuando di marcha atrás y entreparé el coche, ella se acercó lo suficiente y pude observar a corta distancia su cara delgada, angulosa, enmarcada por unos cabellos lacios, cortos, de un tinte oscuro. Vestía un pantalón de cuero negro ajustadísimo, con botas de taco alto del mismo color y una camiseta rojo oscura sin mangas. Al apoyarlas en la ventanilla de mi coche vi que sus manos de dedos finos y alargados eran tan pálidas y bellas como su cara. Por oírla hablar simplemente, porque no tenía en mente llevármela, le pregunté cuánto cobraba. Entonces se

dirigió a mí con dulzura, con sorprendentes buenos modales, sin el natural grosero de sus congéneres. Con frases correctamente edificadas y pronunciadas, me informó que su tarifa eran doscientos pesos por el acto completo -el precio de la amueblada era aparte-, en el auto si deseaba hacerlo eran ciento cincuenta, y cien si me hacía el sexo oral simplemente. Cuando me despedí de ella, sonrió con una sonrisa cálida, sorprendentemente natural y volvió a su puesto en la esquina. Una perla entre las prostitutas, me dije, y en esta noche tan especial acabo de completar mi erección al pensar en ella, por lo que resuelvo ir a buscarla.

Me desvisto y bajo la ducha recibo la tibia caricia líquida sin desconfianza, sintiendo que todos mis poros se abren para absorberla. Lo defino como una reconciliación, como una consubstanciación con la pureza elemental del agua, como un bautismo que despoja a mi carne del pecado original del error. Encima del espejo una desnuda bombilla irradia un impío resplandor que acribilla las gotas que resbalan y agonizan a lo largo de mi cuerpo, congregándose como almas perdidas para formar el chorro que desde mis pies se dirige en procesión a un mugriento sumidero. En el baño me seco con normalidad y me visto con ropas nuevas como para una cita. Pienso que es factible que encuentre a la puta dada la hora temprana de la noche y la altura del mes. En el recorrido entre el ascensor y el auto estacionado en la misma cuadra del edificio, examino el estado de mis sensaciones comparándolas con las de meses atrás y me invade la convicción de una clara predestinación como la que sentí cuando caminaba por la orilla de la playa para matar a Damián. Me propongo mantenerme concentrado en lo esencial, y concluyo que la preocupación por Ángel, el deseo de protegerlo, mis diligentes coqueteos con sus circunstancias, seguirán ocupando mi tiempo y cada una de sus visitas será la fuente que me nutra y me permita ir modelando nuestras vidas.

Frente al volante del coche, antes de encenderlo, evoco a Cecilia y lo que sé de ella. Conozco ya su determinación, la osadía con la que se desnudó en el consultorio de Ángel para atraerlo. Sé además que trabaja seis horas en una agencia publicitaria y vive con un hermano drogadicto en una mansión del Prado, que su madre murió cuando ella y su hermano eran niños, y el padre viaja incesantemente, a veces durante meses. El hermano se llama Andrés, tiene veintidós años y es delgado, de ojos negros de una rara intensidad. como los de su hermana. Escuché con sumo interés cuando Ángel me contó que

los nuevos vecinos de Cecilia habían tomado al muchacho como a una especie de protegido. Me describió –basado en lo que le dijo Cecilia porque él no los conoce-, a un matrimonio de una edad que frisaba en los sesenta, una mujer aún bella y un hombre con un empleo en el Parlamento y campos heredados que arrienda. La mujer fue la primera que se acercó a Andrés y al marido no pareció importarle, por el contrario, Cecilia cree que fue él el que auspició la idea. Enciendo el coche y lo escucho roncar. Pienso que este contubernio de Andrés con los vecinos tiene incalculables posibilidades y me siento dichoso al constatar que se está forjando una trama de la que estoy siendo partícipe. Me entusiasma la idea de que si logro involucrarme hasta el final, de mí puede depender la felicidad o la desgracia de aquellos que iban a ser mis personajes, que tendré el poder de asegurarles a cada uno su lugar en el tiempo y el desarrollo de una historia personal que conceda un significado inteligible a lo que ellos llaman con incauta confianza “su realidad”. Animado por tales auspicios me lanzo al tráfico como si me zambullera en la corriente de una fuerza poderosa que sólo pudiera llevarme a buen puerto. La esquina buscada está a pocas cuadras de distancia, y al acercarme veo a la prostituta con el mismo pantalón de días atrás, aunque ahora lleva puesta una camiseta rosada que deja al desnudo la blanca zona del vientre que rodea al ombligo. Por supuesto que ella no me reconoce pero se arrima al auto cuando lo detengo, con iguales modales, con la misma cérea palidez de la vez anterior. Doy gracias que no haya cambiado su sonrisa y que sólo me diga hola y aguarde sin actitudes de impaciencia mi resolución, también que se suba no bien la invito y que en lo previo no haya puesto reparos cuando le pregunté si quería ir a mi departamento, y que por último ahora, acomodándose el peinado en el asiento del acompañante, arriesgando para ganar no me reclame el dinero con anticipación. Cuando entramos a mi edificio mi reloj dice que faltan quince minutos para las once. Una anciana que sale justo del ascensor con su perro pequinés mira con malevolencia y desaprobación a la provocativa mujer con ajustados pantalones de cuero que me acompaña. Ya dentro del apartamento ella deja la cartera y permanece parada de espaldas al ventanal donde titilan las luces del Cerro y el faro lanza sus reflejos sobre la ciudad. Con alivio verifico que es tan joven como aparentaba, que su belleza increíblemente no ha sido ajada por su dañoso oficio, que sigue sonriendo con la misma ponderada amabilidad y no emite vocablo alguno. "Ya habrá tiempo

para la hostilidad y la ordinariez", pienso, y de común acuerdo nos sentamos en el sofá y ella comienza a tocarme y sus labios suaves, aunque no me besan, acarician mis mejillas. Al desnudarse en el dormitorio, después de salir del baño, descubro que la figura delgada de la puta, sus senos firmes de mediano tamaño, su cuello finamente modelado hacia la base del cráneo, son de una inesperada perfección. Arrodillada entre mis piernas con pericia me pone el condón y comienza a acariciar y a chupar mi miembro el tiempo suficiente para asegurarme una rigidez duradera. Luego se me sienta encima y hace que la penetre, y cuando cierra sus párpados, levanta su cabeza, entreabre su boca para jadear y fingir gemidos, la imagino sumida en trance, una sacerdotisa de una diosa lasciva que con arte se con-toneá, emite quejidos que parecen auténticos, imita a la perfección los sagrados ritos del placer.

Capítulo V

A la salida de la consulta el corazón de Ángel late atropelladamente. No cree haberse sentido así jamás, ni siquiera cuando en su adolescencia le dio un beso a Elisa en la playa o en su juventud consiguió hacerle el amor a María. No puede comparar esta situación con ninguna otra anterior porque nunca había conocido a nadie como Cecilia. La forma inédita en que ella se presentó en su consultorio trastornando su deplorable rutina, le había dado al suceso una característica casi providencial. Por eso el sentimiento de desarraigo que arrastraba desde su exilio, un sinnúmero de años indiferenciables de acomodamiento cobarde a las circunstancias, su pésima experiencia matrimonial, los conflictos con la madre de su hijo, o sea, toda aquella etapa sucia y gris de su vida, de pronto se destacaban en su conciencia con toda su merecida crudeza, como un reproche, por el efecto agitador de una muchacha desconocida. ¡Cómo entender que alguien que fue orgulloso, con ideas que pretendieron cambiar el mundo, haya podido terminar así, sin inquietudes, sin aspiraciones! No le alcanzaban para justificarlo las consecuencias de su destierro político, ni la insatisfacción luego del abandono de una ideología que defendió durante buena parte de su vida, ni siquiera su desastroso matrimonio. Nada podía justificar que durante tanto tiempo se hubiera dedicado meramente a sobrevivir, que no probara nuevos caminos, otra fuente de felicidad más allá de la difícil relación con su hijo, que se dejara arrastrar por los acontecimientos creyendo erróneamente que eso le traería menos sufrimiento. Por eso la aparición de Cecilia, aunque no fuera creyente, entraba en la categoría de los milagros.

-Sé que puedo parecer atrevido o sonar algo apurado, perdoname si me equivoco, pero me gustaría volver a verte. -dice Ángel con resolución. Cecilia mira al piso restregándose las manos, está parada y él intercepta su paso hacia la puerta del consultorio. Al fin levanta su mirada y le sonríe.

-No te sientas mal, doctor, Ángel... - dice ella con un mohín travieso, mirando el nombre escrito en el bolsillo superior de su túnica-

ca-. ¿Te conviene a las nueve, en mi casa...? Esperá... - Abre una cartera marrón que lleva colgada del hombro, saca una birome y detrás de una tarjeta en blanco anota una dirección. Le estrecha la mano y enseguida enrojece, da un saltito, lo besa en la mejilla y se escabulle por la puerta.

Ángel tiene dos horas para aprontarse, no demasiado, así que marca la salida, saluda sin detenerse a algunos colegas en la puerta y se mete en su coche en el estacionamiento de la mutualista. Ya en su pequeño departamento del Centro se da una meticulosa ducha, se afeita y se perfuma. Contra su costumbre se detiene a pensar en la ropa que usará. No debe vestirse como un viejo... Se pone unos vaqueros de marca, una camisa de algodón azul sin estrenar, unos zapatos marrones acordonados que desempolva y lustra, un suéter verde oscuro y una campera. En el espejo compara su cabello canoso con su cara que se conserva joven, sin arrugas, y determina que el contraste lo favorece. Sí, además sus ojos celestes han sido elogiados por unas cuántas mujeres; una lástima que saliera a la familia de su padre y midiera apenas uno setenta. "Carlos mide más de uno ochenta", se queja.

A Ángel nunca le había preocupado su aspecto más allá de los mínimos cuidados para pasar desapercibido. "Hay cosas más importantes que la pinta", decía su limpia y correcta apariencia, sin pistas de coquetería. Desde joven había creído que la única forma lícita de destacarse era cultivando su inteligencia, acumulando conocimientos, y consecuentemente supo unir estas prendas a sus asimiladas características de bohemio desprendimiento, de indolente descuido que las hacían digeribles y despejaba cualquier sospecha de motivaciones egoístas. Tal vez por dicha causa, luchando contra la tendencia a culparse por sus traspiés como si fueran debidos a un justo castigo, prisionero de una idea trabajosamente elaborada de sí mismo, cuando miraba hacia atrás se consideraba una persona sensible, casi demasiado modesta, víctima como tantos de un desengaño proveniente "de afuera", del que era inocente, del que nunca participó, y hasta el desaprovechamiento de los talentos que creía tener los atribuía a lo circundante. Cuando militaba era un excelente orador, un hábil negociador, podría haber escalado en la dirigencia del Partido, ocupado puestos de importancia en la política de no haber sido por el Golpe militar del 73. Al regresar del exilio, con el advenimiento de la democracia, la izquierda en Occidente estaba en plena crisis de iden-

tividad y él tampoco era el mismo de antes. Su desengaño político se había procesado lenta pero inexorablemente, como si se hubiera ido agotando y cayendo en descrédito el poder de sus antiguas ideas para conjurar tantos conflictos y zozobras interiores, y esto lo hubiera regresado a una adolescente inseguridad con un vago sentimiento de rencor. Perdida por entero la confianza en las ideas que sustentó con encendida coherencia, con tanta brillantez a veces, reconocía que algo irreparable había sucedido sin que hubiera posibilidad de retorno. Por más que no fuera la comparación más certera, encontraba similitudes con lo sucedido cuando de joven dejó de amar a María: se había sentido burlado, traicionado, aunque en el caso de sus ideales no había sido una mujer sino la realidad la que lo había defraudado. Por eso a su regreso del exilio había procurado rehuir en lo posible a sus antiguos camaradas, y se había ido convirtiendo paulatinamente, a golpes y encontronazos con una sociedad muy diferente a la de sus años juveniles, en la persona que era. "Mi desgracia se ha debido a una torpeza, a una ceguera producida por un medio inadecuado y no a una fatalidad culpable, íntima como un presagio, como tantas veces me figuré para torturarme. Algo me dice que ha llegado la hora de revertir esta tendencia negativa, y lo de hoy es una demostración que no sólo poseo el suficiente coraje, sino que me quedan muchas cosas valiosas para ofrecer. Si quiero otra chance, si quiero salvarme debo seguir siendo audaz ", piensa, se da ánimos, ríe sin razón, está nervioso y excitado, Ángel.

A las nueve menos cuarto sale hacia la casa de Cecilia en el Prado. Es una noche fresca, nublada y ventosa de mediados de otoño. En calles y veredas el viento juega con las hojas secas arrojándolas muy alto, como si quisiera devolverlas a los árboles desguarnecidos. A las nueve en punto llega a un caserón que ocupa toda una esquina, rodeado de un alto muro de ladrillos. Estaciona su vehículo pasado de moda junto al borde de la acera, empuja la reja de un portón abierto y recorre un angosto sendero de pedregullo hasta un porche que resguarda una puerta de madera con un pesado aldabón de bronce. Dos faroles plantados en el césped están encendidos, como lo está el que cuelga del techo en forma de cúpula del porche. En un extremo, más allá del césped, hay una piscina iluminada de aguas verde-azuladas, y a unos diez metros del borde se vislumbra un quinchado con mesa y parrillero. El viento ha amainado de repente y el aire se ha tornado espeso, saturado de emanaciones vegetales.

Cecilia le abre al primer timbrazo. Está vestida con unos jeans gastados y una ajustada polera azul, los cabellos siguen recogidos en la nuca pero esta vez con un primoroso moño azul sostenido con un broche. Le obsequia una sonrisa deslumbrante, lo besa muy cerca de la boca y lo hace sentar en el sofá de una amplísima sala moquetada con un hogar rústico en cuyo centro tiznado luce una negruzca caldera de hierro rebosante de piñas. Un ventanal frente a ellos, en parte oculto tras unas cortinas color crema, muestra una zona iluminada del jardín. Los techos son altos con molduras y en las paredes blancas cuelgan óleos, grabados, fotos encuadradas y adornos típicos de diferentes países. Está encendida una araña de varios brazos, adornada con cristales, que pende sobre ellos, y en una esquina, apagada, se yergue una elegante lámpara de pie de bronce reluciente. Cecilia se sienta a su lado, se saca unas sandalias negras de tacón alto que dejan al descubierto unos pequeños y bien formados pies, y con sencilla elegancia entrecruza las piernas sobre el almohadón. Sus ojos oscuros lo miran con una rara intensidad; hay en éstos algo de curiosa perplejidad. En ningún momento deja de sonreír con indisimulada ironía, como si algo en él le causara gracia y atracción a la vez. Tiene la palma de su mano derecha apoyada en el mentón ¿calculando sutiles eventualidades?, ¿evaluando su grado de torpeza?, ¿las posibilidades de diversión a costa de él?", se le ocurre a Ángel. De improviso escuchan unos pasos y ella se intranquiliza, se pone seria, se aparta bruscamente de su lado descruzando las piernas y se calza las sandalias. Un joven veinteañero entra silbando a la sala y se dirige ágilmente derecho donde ellos se encuentran. Es sólo un poco más alto que Ángel, delgado, pelo corto; está prolijamente afeitado y viste irreprochablemente un pantalón gris oscuro y una camisa negra. Cuando se acerca nota que su semblante tiene una hermosura femenina, pero sus ademanes son reciamente varoniles. Sus ojos negros están algo irritados y sus labios no ocultan una media sonrisa socarrona cuando va a su encuentro.

-No me digas nada Cecilia - dice Andrés con una voz grave. Habla sin afectación calibrando lo que dice-. Este es el médico que me dijiste que iba a venir, ¿sí...? ¿Ves que te presto atención cuando me hablás?- Le estrecha la mano a Ángel y muestra al sonreír una dentadura blanca algo despareja-. Felicitaciones Ángel, ¿ese es tu nombre?, ¿no?, muy apropiado, perdoname si te tuteo, no tenés el aspecto de un viejo almidonado

-¿Por qué lo felicitás, Andrés, se puede saber?- masculla Cecilia, con la cabeza baja y ladeada, mirando el suelo, con un tono francamente agresivo.

-Por qué va a ser, hermanita. Porque es el primer hombre que traés a la casa en dos años-dice Andrés e inmediatamente se dirige a Ángel:- De pronto se ha imaginado que necesitamos en casa alguien que cuide del orden y la moral cuando no está papá.- Vuelve a dirigirse a su hermana:- ¿Fue por eso que me lo comentaste? ¿No es injusto para él? Tengo mis dudas que el doctor quiera asumir ese papel...-. Lo mira de arriba a abajo y a continuación hace lo mismo con Cecilia, con una expresión petulante que molesta a Ángel, y a ella, que ha levantado la cabeza, le hace relampaguear los ojos de furia.- Perdonen que tenga que irme, me esperan unos amigos. Un placer conocerte Angel No vengo a dormir, que te diviertas hermanita.

Andrés vuelve a estrecharme la mano y sale en dirección a la puerta principal sin saludar a su hermana. Cecilia ha quedado resoplando, los músculos de su cara están endurecidos y ha vuelto a bajar la mirada. El silencio amenaza avanzar y profundizarse, parece una extensión del que reposa en el jardín, más allá de la ventana. Para romper ese silencio y superar la tirantez que dejó como una estela la presencia y las palabras de Andrés, él le pregunta a qué se dedica su hermano y ella le responde unos segundos más tarde con un tono resabiado que a nada, que a vagabundear con sus amigos todo el día gastándose el dinero de papá y a veces también el de ella.

-Mi hermano ha sido siempre un vividor, un cínico y hasta hace poco un drogadicto. No hay que hacerle caso y tratarlo como lo que es - dice Cecilia recuperándose, sacudiendo la cabeza, intentando una mueca de bonachona contrariedad -. Tenías que haberlo visto un año y medio atrás, en su peor momento. No lo hubieras reconocido, lo hubieras confundido con un linyera. Marihuana, cocaína, pastillas, alcohol, todo le servía. La última vez que estuvo internado, cuando salió era un muerto viviente. Sin embargo, milagrosamente hace seis meses que lleva una vida ordenada, no lo he visto consumir nada ni notado vestigios que lo haya hecho; si se droga a escondidas debe hacerlo con bastante moderación, lo que sería más raro aún.- Hace una pausa de unos segundos y continúa ahora más tranquila, casi con naturalidad:- Mi padre, que no está nunca, lo atribuye a la influencia de los vecinos de enfrente, porque fue desde que los conoció que su vida inesperadamente se encauzó, justo cuando espe-

rábamos lo peor. Hasta ha hablado de emprender algún negocio con la ayuda de papá, de seguir estudiando abogacía.

-Lo decís como si fuera algo negativo, como si no estuvieras contenta- dice él, señalando lo que es notorio, intrigado por el comportamiento de la muchacha.

-Lo que pasa es que sé que no es real, lo conozco y sospecho algo turbio detrás de todo esto. No me agradan los vecinos, el tipo es un bufón y su mujer una hipócrita. Lo han acaparado... Prácticamente ya no vive aquí -El rostro de Cecilia vuelve a reflejar sus emociones, sus facciones se crispan, su labio inferior tiembla y se agita. Se para bruscamente, y en forma repentina, como si proviniera de un súbito triunfo de su voluntad, lo mira y sonríe -. Disculpame, Ángel, no sé que pensarás de mí. Te invito a casa y me porto como una pésima anfitriona cargándote con problemas que no te incumben. ¿Tomás whisky?, ¿sí? -sus modales regresan a la cordialidad del principio, se extingue la ira y el miedo que él pudo captar con la aparición de Andrés. Otra vez sus ojos lo examinan con un apasionamiento extraño que lo intriga aún más que su enojo por la buena conducta de Andrés.

Colocándose en cuclillas Cecilia retira una botella de la parte baja de un aparador, se incorpora y toma dos vasos de un cristalero. Enseguida camina hacia el fondo de la sala, desaparece y vuelve a los pocos minutos con una bandeja en la que descansan una botella y dos vasos de whisky a medio llenar, además de un recipiente de metal para hielo del que sobresale una pinza. De ahí en adelante el tiempo cambia para ambos, se enlentece, su transcurso se humaniza acomodándose a los fines de cada uno. Los dos hablan sin interrumpirse, los temas se suceden fácilmente en tanto el whisky de la botella se va acercando lentamente al fondo. Los minutos, las horas pasan lánguidamente, y cuando quieren acordarse están bordeando la borrachera y son pasadas las once en el reloj de Ángel. En ese momento Cecilia le está contando una anécdota de su niñez, pasada en un pueblo cerca de Ciudad de México, dominado por un temible volcán. Ninguno de los dos a esta altura puede hilvanar sin esfuerzo una idea. Cecilia se repite, vacila, vuelve una y otra vez al principio, no obstante sigue afanándose hasta que en el medio de una frase ("Papi nos llevaba todos los días a tomar clases de tenis..."), se lanza impetuosamente sobre él y lo besa. De inmediato echa hacia atrás la cabeza, mostrando dos relieves oblicuos a los lados de su cuello, y se ríe

desenfadadamente.

-No quiero charlar más Ángel. No sé por qué hablé tanto... Vos, el whisky, creo. Quiero que vayamos a mi cuarto y me hagas el amor, ¿sí...? Su paciente así lo exige, ruego que me perdone la franqueza, doctor, pero estoy bastante mareada, y por lo que veo vos también. Corregime si me equivoco al decir que es eso lo que dos queremos. Ya oíste a Andrés, no hay nadie en la casa ... Vení Ángel... Qué nombre tan lindo... Ángel... Fue hecho para vos.

Lo toma de la mano y suben a la planta alta por una escalera de madera de tramos y peldaños rectos, alfombrada, con un angosto rellano en la mitad. Vacilantes, tropiezan con los escalones, se balancean entre accesos de risa, se detienen muchas veces en el trayecto sujetándose mutuamente para no caer. Al llegar arriba, a un corredor donde se abren varias habitaciones, avanzan unos metros y Cecilia empuja una puerta entrecerrada y tantea a un costado, en la oscuridad. Al encender las luces de una araña que parece una replica en pequeño de la del living, Ángel ve borrosamente un cuarto de paredes blancas con un extendido placard que cubre una de ellas, una cama de dos plazas, un tocador, y estanterías con libros a los costados de una ventana grande con cortinas azules.. Para Ángel todo ondula y gira suavemente, el techo, las paredes; siente que el piso cede a su paso, se hunde y se levanta como la cubierta de un barco en un mar agitado. Dentro de la habitación, entre risas, se ayudan a desvestirse arrojando las ropas al parqué. Cecilia, dando tumbos, se dirige hacia al baño que se abre en una esquina del cuarto, y él la sigue y presencia deslumbrado desde la puerta cómo ella se sienta en el water, abre sus piernas y orina canturreando algo que no identifica.

-¿Te gusta mirar mientras meo, Ángel?- pregunta Cecilia con una sonrisa lúbrica y enseguida sisea para imitar el sonido que acaba de apagarse-. Vení, poné la mano aquí-. Ángel se acerca más, no está en condiciones de asombrarse y no vacila. Está dentro de un sueño del que no quiere despertar, todo lo que sucede parece adecuado y normal, se dice que nada que provenga de ella puede dañarlo. Dócilmente deja que Cecilia conduzca su mano y ella la riega con un chorro de orina tibia, fuertemente olorosa que se le escurre entre los dedos.

-Hay gente que bebe esto como una medicina- afirma Cecilia y de inmediato toma la mano de Ángel y la lame dejando que la

lengua recorra la palma perezosamente-. Probala, probala mi amor...- agrega Cecilia como adormecida y él no vacila en lamer su propia mano sin repugnancia, con creciente excitación, sintiendo el olor acre y un sabor ardiente, ácido, picante. Se inclina para besarla largamente y Cecilia se abraza a su cuello para incorporarse con él. Cuando logra ponerse en pie, ella se aparta con una risita y se dirige al dormitorio con un andar desmadejado, doblando el dedo índice para que la siga: una señal que procura ser traviesa y es demasiado torpe, desmedida, como si en el transcurso del movimiento el dedo se cansara olvidando su objetivo. Antes de seguirla, Ángel, respondiendo a un hábito profesional, va hacia la pileta, se lava las manos con jabón y luego se las seca con una toalla que vuelve a colgar en su sitio. Enseguida inspecciona con incredulidad, en un gran espejo iluminado con dos potentes lámparas, su rostro abotagado, su cabello abundante y canoso, sus aires de cuarentón, el cansancio magnificado por el alcohol en sus ojos celestes perdidos. Por un segundo lo hiere un abominable disgusto hecho de nostalgias y humillaciones, pero antes que llegue a afectarlo, la embriaguez lo desintegra en una voluble y benéfica indiferencia a la que sólo vence la imagen de la muchacha desnuda que lo espera.

Al volver al cuarto ve a Cecilia tumbada en la cama. La colcha yace a sus pies y ella está desnuda, boca arriba, moviendo con morosidad cada uno de sus miembros sobre unas sábanas blancas con flores lilas. Sus ademanes son incoherentes, de una extremada torpeza; unas veces habla, otras ríe salvajemente, sus ojos negros reflejan la fuerte luz del techo; tiene los brazos y las manos extendidos como si los moviera al ritmo de los acordes de una música desordenada y lenta que sólo ella pudiera escuchar. Ángel se detiene a observar uno de los pies que reptan al borde de la cama estirándose y encogiéndose con ondulaciones somnolientas, un pie pequeño, perfecto, con uñas pintadas de un rosa pálido rematando unos dedos finos y alargados alineados en declive a partir del primero. El grácil tobillo de Cecilia muestra unos huesos afinados cubiertos de una piel delgada y translúcida, y el talón reposa detrás, sobre la orilla del colchón.

-Amor, la noche estaba trágica y sollozante, que tu llave de oro cante en mi cerradura... Ay amor, ven, ven por el aire, ven a mi lado, bebe en la copa de mis labios la frescura... - recita, se pierde, inventa, canta gesticulando Cecilia al filo de la inconciencia.

Recordando vagamente la poesía que deformó Cecilia, él se

arrodilla al borde de la cama y le acaricia, le besa uno a uno los dedos de los pies; luego se coloca encima de la muchacha, le busca la boca, pero ella lo toma débilmente de los cabellos, con lo que le resta de fuerzas, y lo impulsa hacia abajo y en el camino él saborea cada centímetro de un cuerpo que huele a una mezcla de piel lozana, perfume y sudor. Al final, al volver a encaramarse sobre una Cecilia susurrante y ya sin memoria, dedica los últimos destellos de lucidez para fijar la expresión de la muchacha sabiéndola irrepetible. No se le escapa cuando Cecilia reflejamente abre y flexiona sus muslos y él entra en su cuerpo como en un túnel húmedo y resbaladizo, que de ahí en más le será muy difícil concebir la vida sin ella.

Capítulo VI

Creo que conforme al sentido literal de la expresión, nunca tuve lo que comúnmente se llama "una vida", aunque lo más exacto sería decir que quise, procuré, pero nunca pude tenerla. He buscado el origen de éste que considero mi mal en mi educación, pero ha sido un trabajo inútil. Mi hermana, Fabiana -una escrupulosa y competente escribana-, y yo, no tuvimos una familia conflictiva ni hipócrita que nos perjudicara con sus peleas o nos inculcara ideas rigurosas. ¿Nos protegieron?, sí, aunque lo suficiente; ¿mi madre tenía una tendencia -enmascarada con pericia-, a venerar al éxito como supremo valor social?, lo acepto; pero no puedo decir que hayamos sido presionados de ningún modo; más bien dejaron que nos desarrolláramos sin imposiciones, con una libertad que envidiarían otros. Así que si hay que reprocharles algo a mis padres es justamente lo contrario: no haber insistido para que nos convirtiéramos en un tipo de persona cualquiera que cumple una actividad determinada. Es verdad que mi padre, gerente de un banco, murió cuando éramos muy jóvenes (yo tenía catorce y mi hermana diecisiete), pero por fortuna mi madre cumplió sabiamente su doble papel y salimos adelante sin traumas y sin mayores contratiempos. Ella era una mujer brillante, una intelectual de familia aristocrática que heredó varias haciendas en el Departamento de Durazno. Aún antes de morir mi padre, era por lejos el sustento material y moral de la familia. Mi papá a su lado, por más que no era ningún timorato, quedaba relegado a un segundo plano comparado con el fulgor de su personalidad (sin hablar de la suma de sus bienes). Después de enviudar no volvió a casarse por más que según mi hermana tuvo una corta relación que no trascendió con un amigo de mi padre. Pensando en mi madre alguna vez me propuse creer (por la urgencia dirigida a elaborar causas adquiridas para mi mal) que su presencia embozada tras una actitud reticente fue el determinante principal de mi conducta. Y procurando convencerme de esto, como de tantas otras cosas, como en esas tantas otras cosas me equivoqué. No puedo hablar por mi hermana Fabiana, pero en mi caso no

recuerdo haberme sentido amedrentado o coaccionado por mi madre, lo que no quiere decir que ella no lo haya intentado solapadamente, sino que, o bien no caí en ello o era impermeable a sus maquinaciones.

Que recuerde jamás me comporté como un hijo cariñoso con mis progenitores. Era tranquilo, sí, atento más que dócil, pero no experimentaba ningún tipo de apego hacia ellos a no ser una clase de sensibilidad tibia e indiscriminada, no muy diferente de la que ofrecía al resto de mis semejantes. Y volviendo a la actitud de mi madre con respecto a mí, debo decir que a este desapego, que a otra hubiera contrariado o preocupado, ella no aparentó darle importancia, y en todo caso si estaba fingiendo y en su interior se mortificaba, lo aceptó como algo irremediable y optó por ayudarme manteniéndose a prudente distancia, segura de que ésta era la forma acertada de tratarme. Así que cuando le anuncié mi intención de no seguir estudiando me ofreció la posibilidad de ocuparme de la administración de sus estancias haciendo un curso agrario, y cuando me negué terminantemente contestándole que me repugnaba la idea de trabajar el campo y deseaba conocer el mundo, no se opuso ni realizó un gesto de contrariedad. En realidad, más que odio hacia las tareas del campo, yo tenía un inflexible deseo de alejarme de todo lo conocido: de mi familia, de mi país, en fin, de la persona que suponía haber sido hasta ese momento, creyendo que así "me encontraría a mí mismo". Lo insólito es que fue mi madre, que me amaba, la que, en vez de tratar de dilatar mi viaje, me consiguió los contactos con familiares en España, me respaldó y me alentó con actitudes positivas y buenos pronósticos, y finalmente me acompañó al aeropuerto y me despidió sin soltar una lágrima. Por si fuera poco me dio un montón de dinero para llevar y me lo siguió dando puntualmente en un giro cada mes hasta que la sorprendió la muerte leyendo en su sillón favorito.

Una persona experta mi madre, que me aceptaba tal cual era, porque sabía que había en mí algo incambiable que me obligaba a poner distancia, y como tenía la inteligencia para aceptarlo y respetarlo, no entraba en el farragoso terreno de los porfiados porqués ni se dejaba llevar por turbias corrientes sentimentales. Aunque nunca lo dijo y ni siquiera lo insinuó, yo sabía que tenía grandes esperanzas puestas en mí y una imperturbable creencia en que podía llegar muy lejos, y sólo así puedo explicarme que a pesar de que pasáramos tanto tiempo sin vernos me siguiera apoyando a la distancia. Estoy seguro que su mayor satisfacción, el premio a su ejemplar paciencia

y sacrificio, debe haber sido cuando publiqué con éxito mi primera novela en España. He encontrado en su armario decenas de recortes de críticas de revistas y diarios junto con el libro que le envié con la económica dedicatoria: "A mi madre". Por más que estimó mejor no hacérmelo saber, no me cuesta suponer la euforia que debe haber sentido al verificar que su táctica de apoyarme incondicionalmente, con los riesgos que implicaba, a la larga había dado sus frutos. Me la represento todos esos años, desde los veinte en que dejé el país, conformándose con la carta que regularmente le enviaba todos los meses, disimulando en las suyas la ansiedad que le provocaría que mi vida transcurriera sin que yo hiciera nada de provecho. No le conté jamás en nuestra correspondencia nada íntimo, nada que le diera indicio de alguna meta (de mi novela la enteré cuando la publicaron), o si había surgido algún afán nuevo en mi vida. Prácticamente no le hablaba de mí mismo y sólo me explayaba con todos los detalles posibles acerca del mundo que iba descubriendo en mis viajes, de la música que escuchaba, de los libros que leía, y en pormenores como la descripción de las vidas de conocidos, compañeros de trabajo y hasta de mis vecinos en cada lugar que residía, preocupándome por representarlas cuidadosamente como si se tratara de cuentos para entretenerla. No es preciso decir que ella me seguía la corriente y no me exigía más. Por otra parte estoy seguro que disfrutaba de mis cartas a pesar de su estilo impersonal, y tal vez por eso gastaba su tiempo contestándolas tan dilatadamente, con tal riqueza de lenguaje (al contrario de las escuetas e insípidas esquelas de mi hermana que generalmente iban incluídas en el sobre de mi madre). En sus cartas, con tacto incambiabile trataba de ser meramente informativa, aunque no podía evitar que alguna palabra acusara un saborcillo emocional que en la siguiente frase se esmeraba en equilibrar con algún epíteto tajante. En más de veinte años vine al Uruguay sólo en dos ocasiones y mi madre y mi hermana viajaron en una sola oportunidad cuando yo estaba residiendo en Madrid. "Mamá y yo pensamos que a una persona tan misteriosa como vos, es mejor no preguntarle lo que hace sin correr el riesgo de perderla", me dijo una vez mi parca y perceptiva hermana en una de sus avaras cartitas, y creo que éste es el resumen cabal de la lúcida posición que adoptó mi familia durante mi larga ausencia del país.

¿Qué hice durante todos esos años en el extranjero? Podría decir que muchas cosas y al mismo tiempo una sola: buscar respues-

tas y salidas para mi condición. Durante un período inicial, de aproximadamente quince años, (que empezó prácticamente cuando maté a Damián) que llamaré "negro", actué influenciado por serios conflictos interiores, y en el otro que llamaré "gris", de más o menos igual cantidad de años, que duró hasta hace poco, me conduje en general con desgano y flojedad, con una nerviosa insatisfacción de fondo, salpicada por cortos episodios de crisis más o menos graves. Al principio de este último período adquirí el hábito de viajar continuamente, de ir de lugar en lugar, y donde me instalaba, por más que no me faltaba dinero, me conseguía algún empleo que me permitía el contacto con lo que era mi alimento y mi único cable a tierra: las vivencias de los demás. Adrede buscaba oficios de poca monta y los efectuaba a conciencia. Fui vendedor de libros, encuestador, lavaplatos, limpiador de ventanas, camarero, guía turístico, recepcionista en un hotel. A lo más distinguido que llegué fue a tener una tienda de ropa, y no porque me interesara el dinero sino por haber sido arrastrado por un emprendedor socio chileno que terminó estafándome.

En cuanto a las mujeres de este lapso "gris" (las del anterior no las tengo en cuenta porque fueron relaciones cortas e insignificantes en su mayoría), diré brevemente que algunas, como es natural, significaron un poco más que otras, y hubo las que llegaron a aborrecerme y quienes aún son buenas amigas y a la fecha me siguen escribiendo. Lo cierto es que ocuparon buena parte de mi tiempo y con cada una gocé cuanto pude y traté de satisfacerlas en la medida de mis posibilidades, para lo cual me mimetizaba forjándome esperanzas a la par de ellas, bosquejando horizontes de acuerdo a patrones preestablecidos, que hacía míos hasta que me abandonaban o yo lo hacía cuando dejaban de interesarme. Si no conseguí un vínculo definitivo con ninguna, fue porque luego de las primeras efusiones mi actuación me resultaba tan falsa que, fatalmente, más que desengañarme de ellas me desengañaba de mí mismo.

¿Pero qué es lo que pretendo al proclamar que no tuve una vida? Es que desde que tengo memoria me he situado al margen de la corriente de ese encadenamiento azaroso de circunstancias y experiencias que llamamos existencia (que no puedo creer que pueda ser planificada y controlada por nosotros mismos y menos por un creador omnisciente, omnipotente y omnipresente). Los que me conocen de cerca lo captan y están de acuerdo en que soy una persona diferente, algo extraña (no anormal), y yo coincido plenamente con

ellos, y en especial hago hincapié en esto último, en que soy extraño, mas no por lo inadecuado o extravagante, sino porque vivo en un genuino extrañamiento de mí mismo. Las opiniones ajenas, los modelos, las ideas en general son para mí un espejo de múltiples facetas que me devuelve una imagen de lo que durante la vigilia he soñado ser aunque sin éxito: alguien concreto. Por eso no es casual que haya terminado por abdicar de estas ilusiones que defienden una particularidad que no poseo, porque con ellas, al ser abstractas y carecer de dueño, estoy aún más perdido por ser incapaz de asimilarlas y por lo menos participar del patético rebaño de seres que funcionan en la realidad con escaso discernimiento.

Si cualquiera me observa con detenimiento puede notar que no tengo comportamientos anómalos ni conflictivos sino todo lo contrario: no tengo vicios, me desenvuelvo en sociedad con perfecta adaptación, soy incluso una buena compañía, una persona agradable y divertida cuando es preciso, hasta puedo llegar a ser manso y humilde como un cordero y algunos me quieren precisamente por esa tranquilizadora característica, que los hace creer que no resultaré un estorbo en su lucha incesante por imponerse sobre los demás. Me resulta extremadamente gracioso que mucha gente confunda mi falta de interés por retribuciones y premios con la humildad, virtud cristiana que nace de la represión y enmascaramiento del orgullo. Nada más lejos de la verdad, señores, lo lamento. La única razón de esta actitud engañosamente humilde y desinteresada, es que no tengo la matriz a base de la cual las personas construyen su forma de ser en el mundo, por lo que proyecto el espejismo de que renuncio a toda recompensa por virtud, cuando en realidad estoy fuera de toda posibilidad de mérito, de todo afecto real, de toda emoción a excepción del entusiasmo que me produce involucrarme en la concreción de fines ajenos, entusiasmo que se ha visto empañado por mi ineptitud por comprenderlo. No se confundan si me han visto derrochando júbilo al adoptar diversas maneras de ser y de comportarme, porque eso no ha sido más que una simulación inconciente con la que pretendía embaucarme. En verdad, como ya lo dije, sólo puedo sentirme animado cuando imagino y realizo los impulsos de otros, no los míos, y es recién entonces, y sólo por ese medio, cuando las piezas de mi psiquis se unen y adquieren orden y sentido.

Por cierto, que el extrañamiento que me define haya nacido conmigo, no significa que la mayor parte de mis cuarenta y cinco

años, con una excusa u otra no haya pretendido ignorarlo y hasta negarlo por todos los medios. Y por mi ceguera he tenido que pagar un precio muy alto (que se mide en tiempo y oportunidades desaprovechadas), y he estado varias veces en trance de disolverme, de desorganizarme sin remedio. Yo bauticé a estas crisis como de "abandono", crisis que han llegado a durar desde días a semanas, y aunque hace alrededor de un año que no se presentan las sigo temiendo. Empiezan como en los epilépticos con un aura: al principio capto en el aire una rara calidad -parecida a una presencia que se retira-, como si algo inexpresable lo hiciera ajeno y al respirarlo transcurriera sin tocarme abriendo mil bocas en mi cuerpo. Entonces se apodera de mí un vértigo sin definición ni medida, junto con la sensación de que una fuerza sin masa visible se complace en despedazarme, dejando flotar mis restos (brazos, piernas, ojos, corazón, riñones, intestinos, sesos con restos de ideas). Después de esta introducción tan mortificante, que dura escasos minutos, todo amaga con volver a la normalidad, aunque no sucede así y en las horas que siguen se instala en mi ánimo una fuerte depresión que he bautizado como "de eternidad", en la que al perder la reconfortante confianza en la precariedad de las cosas mis días se convierten en un uniforme calvario. Desquiciado por semejante estado me desligo del mundo, descuido mi aseo y mi apariencia, y paso días enteros encerrado, comiendo y bebiendo mínimamente. De haber durado en cualquiera de estas crisis demasiado tiempo, no hubiera sobrevivido, pero siempre (por lo menos así sucedió hasta el último) llega un punto en que algo se rebela en mí y resurgen, al principio tímidamente, y luego con viveza, ocultas potencialidades que me colocan en los albores de un extraordinario descubrimiento, que, por más que después se me escapa, su sola perspectiva me alienta al punto de hacerme reaccionar.

Asimismo como cité hubo un primer periodo "negro". En éste insistí en someterme a un régimen estricto, a una disciplina diaria para fortalecer mi "yo interior", creyéndolo la piedra angular de mi conducta. Tratando de concebirme dentro de la categoría de las "personas corrientes", pensando en mis faltas, primero me dije: "soy un monstruo y debo arrepentirme por mis iniquidades". Y de verdad que luché por ser un pecador arrepentido durante una respetable cantidad de tiempo, pero al notar que este recurso de una pretendida moralidad no cumplía con su cometido, tuve que desistir. Por consiguiente probé con la cadena racional de justificaciones usuales y llegué a

decirme, como lo haría cualquier hombre liberal de hoy en día: "Soy una persona positiva, que vivo en el hoy y encaró el futuro sin prejuicios. Sé que los hechos consumados no se pueden remediar y por consiguiente no vale la pena sufrir por ellos". Al notar que esta posición tampoco me daba satisfacción (no por un asunto moral sino de falta de realidad), hasta jugué a creermelo inescrupuloso y mi lema cambió de raíz pasando a ser un ardoroso manifiesto individualista: "Mi egoísmo es lo que cuenta, debo realizarlo no importa los medios ya que estoy por encima de la moral del rebaño". En resumidas cuentas, mis errores de percepción, que me hacían adoptar indiscriminadamente modos de ser y de pensar paradigmáticos, lejos de favorecerme no hacían mi vida nada fácil. Así tuve que soportar terribles contradicciones, graves frustraciones, hasta que entré en esa larga segunda etapa "gris" que abarcó gran parte de mis años, en la que si bien seguí manteniendo la creencia ridícula en que algún día "me encontraría", lo hacía cada vez con menos bríos y resolución. Hoy no concibo que haya perdido tanto tiempo con semejante comedia. No me explico cómo no pude advertir el hecho patente, que siempre estuvo frente a mí sin que acertara a descubrirlo, que era preferible y menos riesgoso estar perdido o ir a la deriva, a sentir, hablar, mirar, olfatear el aire con un yo inexistente. Aún después de vislumbrarlo, me costó no poco aceptarlo por temor a no saber adonde me llevaría una conclusión así, y sólo algo más tarde pude comprender que no tenía otra alternativa que asimilar que era a partir de esta perturbada condición mía, y sólo a través de ella, que podía reconocer cuales eran mis intereses y por sobre todas las cosas asumir mi pasado, empezando por el crimen que cometí. Ya no niego como antes que existe un terreno, atributos naturales que determinan mis actos. Como acabo de mencionarlo, tardé una cantidad de años en entenderlo, y fue por eso que con indeclinable energía me esforcé en un principio en tener remordimientos y castigarme por haber matado a Damián. Sinceramente deseaba sufrir, mortificarme, y actuaba como se suponía que lo debía hacer un alma convicta a una eterna penitencia. Más tarde, al reconocermelo totalmente inconvincente, en vez de darme por vencido -lo que hubiera sido un notable progreso-, adopté otras posturas igualmente ineficaces para compensar mi exasperante ausencia de contenido, y luego otras, y otras más, con el resultado de que seguí rodando por la vida, cada vez más desalentado, ignorando que en esa capacidad para captar la voluntad de otro y hacerla mía en su

estado más puro y virginal, se encontraba mi esencia, mi redención y mi destino.

Quiero detenerme por último en la parte final de la etapa que, por mi denodado empeñamiento en el error, llamé "negra". Como lo he nombrado al pasar, uno de mis tantas tentativas de fabricarme una "personalidad" fue cuando pretendí volverme un ser egoísta y achacar mi inercia espiritual a un exceso de escrúpulos que según interpreté estaban asfixiando mis energías vitales. Y como lo hice cuando me obligué a ejecutar el papel de criminal atormentado por horrosas culpas, así probé convertirme en un hombre amoral. El mecanismo, aunque yo lo ignoraba todavía, fue el mismo para los dos casos y era muy claro. Consistía sencillamente en bosquejar una persona y ponérmela como quien se pone un traje de medida. Por un tiempo esa persona oficiaba del imprescindible "otro" y el engaño funcionaba. Pero infortunadamente en un corto lapso mi creación se derrumbaba (como una casa sin buenos cimientos) al hacerse patente que ese "otro" fabricado no cumplía con la condición primordial que posibilitaba una unión estable y duradera: la de encontrarse fuera de mí. En suma, me diferenciaba, me apercibía que mi evanescente "yo" no era ese "otro" y entonces me despertaba de aquella ensoñación y todo concluía regresando a la perplejidad y al desasosiego de fondo que volvían a hacerse presentes como una dolorosa llaga. Y lo mismo que en cualquier obra literaria, la emoción duraba lo que la trama urdida, y luego mi simulacro de individuo, más allá del valor de lo que proponía, terminaba siendo observado como lo que realmente era: una creación de mayor o menor mérito artístico, pero por completo ajena a mí. No voy a entrar en detalles que serían fastidiosos, pero si con mis culpas a cuestas llegué a suponerme religioso, a estudiar a San Agustín y Santo Tomás (en la búsqueda de la verdad pasé de la simple confianza en la experiencia de los sentidos a creer en la razón de las cinco pruebas irrefutables de la existencia de Dios que el escolástico "Buey Mudo" propuso), y a saturar las paredes de mi apartamento en Madrid con imágenes de Jesucristo crucificado (de igual modo que Él salvaba a la humanidad con su sacrificio, yo me redimía con una vida ascética, dedicada al estudio de los designios divinos, tratando de servir al Señor, cual pesaroso y atormentado mortal, vívida prueba de los vicios congénitos del hombre, señalado a fuego por pasadas iniquidades), con mi novel amoralidad hice una ideología y hasta escribí una especie de catecismo de lo que debía y no debía

hacer. De todas maneras, a lo más que llegué fue a abusarme de un par de mujeres (a una quinceañera mojigata la convencí de que se acostara con una prostituta para probarme su amor, y con la otra cometí la crueldad innecesaria de seducirla y luego despedirla sin contemplaciones, siendo una simple ama de casa y la esposa de uno de mis mejores amigos), a estafar a dos o tres incautos en pequeñas sumas de dinero, a vincularme con gente de los bajos fondos y hacer un poco de dinero vendiendo drogas; en fin, nada importante, dado que el papel de egoísta extremo me decepcionó aún más rápido que los demás y no tuve tiempo de cometer ninguna crueldad que conmoviera la estructura del universo. Como era de esperar aquello terminó en una nueva desilusión.

Por todo lo dicho la reaparición de Ángel en mi vida ha sido tan trascendente. En él he visto el camino, la puerta abierta que en mi juventud por ignorancia no supe encontrar. Estoy enteramente determinado a que mi amigo no sea una vulgar ficción, un títere literario, sino el guía que me conduzca a la conquista del mundo real aprovechando esa cualidad mía que me liga a los anhelos de los demás. Éste ha sido el motivo por el cual me he esforzado en conocer sus secretos, tratando de entender con estricta nitidez su personalidad. Ahora lo sé un individuo espontáneo, vulnerable, cálido, susceptible, con una conciencia enturbiada por los reproches, con un torturante sentimiento de inferioridad entramado en restos de descalabrados principios. Para captar sus reales deseos he buscado más allá del disfraz de sus ideas, de sus valores, del proceso laberíntico de su inteligencia. Sé que su falta mayor en el balneario, al dejarse seducir por Damián, inauguró una conmoción que lo enfrentó a los demonios de su mente y lo inició en el mecanismo desgastante de tener que defender su inocencia ante un tribunal despiadado e infatigable, lo que explica que después haya quedado al margen y al mismo tiempo atrapado por su destino familiar (como era previsible volvió al redil luego del exilio, terminó su abandonada carrera, se casó con la primera mujer que se le atravesó, y trató de continuarse en un hijo en el que puso sus mejores esperanzas). Me he propuesto la tarea de eliminar las impurezas y los accidentes hasta encontrar las primigenias emociones de mi amigo (ya que las preciso puras e incontaminadas del sedimento dejado por el embrollo de sentimientos de tantos juicios extraviados), y, encauzado en este plan, he eliminado muchas, he depurado algunas, me he quedado con pocas. Por medio de un riguroso descarte han

sobrevivido apenas el placer en general (desde el experimentado en sus juegos con Damián al sentido después con cualquier mujer), culminado o no en momentos de pasión, zozobra y desencanto auténticos; el amor por su hijo; su furia hacia su ex-cónyuge; el hastío por su odioso presente; su asco por lo previsible; la sospecha de que está preso en una cárcel que él mismo se ha procurado; la intuición de que no nació para una vida oscura; y evidentemente este renacido ardor encarnado en una muchacha que se acercó a su consultorio como un espíritu celeste para ofrecerle un nuevo comienzo.

Mi instinto me dice que debo insistir particularmente en la relación entre Ángel y Cecilia, que ahí está la clave de lo que mi amigo puede llegar a obtener, y yo con él. Me hago cargo que nada será fácil para Ángel, que deberá superar pruebas muy arduas si pretende conservar a Cecilia, que no es una vulgar historia de amor la suya porque Cecilia no es una joven vulgar bajo ningún punto de vista. Como con Ángel, he tenido que pasar muchas horas pensando en ella -en una Cecilia que vi sólo una vez y más que nada conozco de oídas-, y lo he hecho con tanta perseverancia que podría afirmar a esta altura que sé por qué sufre y que fue por culpa de ese sufrimiento por lo que ideó la farsa que representó en el consultorio ante la mirada atónita de Ángel. Por cierto que no es posible descartar que lo haya premeditado (para eso tendría que haber conocido a Ángel de antes, lo que es improbable), pero lo más verosímil es que haya sacado hora en la mutualista por un dolor verdadero -que al momento de la consulta no tenía-, y al descubrir en la mirada o en la actitud del médico una llamativa ternura detrás de su cansancio, se le ocurrió en ese momento que congeniaba con sus necesidades e improvisó aquella comedia.

¿Cuál es causa del sufrimiento de Cecilia? Naturalmente su hermano Andrés. Primero voy a arriesgar una interpretación. A ese joven vicioso, destructivo, por ser su queridísimo hermano menor, ella lo ama con un amor fraternal, en resumen, quiere su bien. Él está desesperado (tendría que releer a Kierkegaard para definirlo adecuadamente), es un adicto de penetrantes ojos negros, armonioso semblante, buena figura aunque algo ambigua. Cecilia piensa que está en peligro, al límite de una recaída. Su padre se ha limitado a pagar los diversos tratamientos e internaciones, pero ella es la que se preocupa verdaderamente y la relación con el matrimonio vecino en vez de tranquilizarla la ha puesto en estado de alerta. A lo primero

malició que Andrés era el amante de la señora, y luego que el marido estaba involucrado consintiéndolo o participando del juego. Ahora ya está convencida que esos ricos ociosos lo han adoptado como a su protegido para una relación libertina y él ha aceptado el doble rol de hijo y amante de la pareja. El matrimonio accede a jugar a la familia feliz, siempre y cuando por las noches Andrés satisfaga sus viciosos caprichos. Por eso a Cecilia le produce escalofríos la metamorfosis experimentada por su hermano, porque cree saber a qué es debida. No le importa que ahora se bañe, se afeite, se vista adecuadamente, que le haya dicho a su padre que va a trabajar o reiniciar sus estudios "Ya viste Ceci que no era tan grave, algo pasajero, no hay nada de qué preocuparse, está curado", le dijo su papá la última vez que estuvo en el país. Y ella no se atrevió a confesarle sus sospechas (aunque se lo contó todo a Ángel y él a mí), las que por otra parte no puede confirmar porque no detenta ninguna prueba.

La segunda interpretación que se me ocurre agrega una mayor incertidumbre y ensombrece el futuro de la pareja y el de Ángel en particular. ¿Y si todo se debiera a una ligazón enfermiza entre los dos hermanos? ¿Si detrás de la preocupación por alguien que casi crió en ausencia de su madre, se ocultaran unos celos morbosos? Me sentí en la obligación de advertírselo a Ángel y este me respondió: "No puedo dejar de creer en ella, en que puede quererme aunque fuera cierto lo peor".

-¿Y te das cuenta de los riesgos?- le advertí.

-No me importa por qué me sedujo, si para ayudar a su hermano o para recobrarlo dándole celos. Tampoco podés descartar que se sintiera miserable, perdida, y que los motivos por los que se acercó a mí no tuvieran nada que ver con su hermano- dijo Ángel desafiándome, como si necesitara convencerme de que no era un tonto y sí un desesperado-. Sólo te puedo decir que soy feliz con ella como nunca lo fui. Sé que no la conozco como quisiera, que a menudo la noto lejana y eso me intranquiliza. Hay días que me pide para no vernos diciéndome que necesita estar sola, y esa misma noche, a veces de madrugada, llama afligida y me reclama que la vaya a buscar y luego llora cuando nos separamos, como si tuviera miedo de algo...

-¿De su hermano?- arriesgué.

-No sé... Con Andrés me he cruzado muy esporádicamente. Casi nunca está cuando voy a su casa, y en nuestros raros encuen-

tros me ha tratado invariablemente con una deliberada y excesiva amabilidad, en el límite entre la burla y la compasión.

Finalmente, para completar el retrato de mi amigo, he dejado para el final la relación con su hijo y su malévola ex-mujer. No es difícil entender lo que siente por el niño, y hasta qué extremos lo mortifica el tema de su ex. "Me pone todo tipo de trabas para verlo. Los días de visita inventa enfermedades, presiona al niño para que diga que no quiere verme. Hasta hace poco lo pasaba a buscar dos veces por semana a la escuela para llevarlo al Inglés, lo que era una forma de verlo más a menudo, pero de un día para otro se lo prohibió. Como te dije me sigue molestando por nimiedades y termina promoviendo discusiones por teléfono en las que me acusa y amenaza. Te juro Ricardo que a veces me dan ganas de desentenderme de todo para liberarme de este infierno. No sé cómo pude estar tan ciego... Cómo no me di cuenta y me casé con ese maldito monstruo."

-¿Cómo la conociste? ¿Estabas entusiasmado cuando te casaste?- pregunté.

-Yo estaba terminando la carrera. Fue después de regresé de Venezuela- me respondió Ángel con semblante abatido-. Me sentía muy solitario, quería tener mi propia familia, me lo planteé como mi gran objetivo. Ella estudiaba para nurse, era más joven que yo, en apariencia muy inteligente, capaz, tenía un novio al que dejó por mí. De pronto no hubo un gran apasionamiento de mi parte, yo no tenía grandes ambiciones, sólo precisaba un poco de paz y estaba dispuesto a poner lo mejor de mí. Por eso cuando quedó embarazada me sentí agradecido y no dudé en casarme con ella. Desgraciadamente todo marchó de forma muy diferente a como lo tenía previsto. Desde el mismo principio la convivencia fue una auténtica locura: celos enfermizos, ataques de histeria, agresiones físicas que no podía responder, peleas y provocaciones permanentes. Bueno, para qué seguir, una psiquiátrica, una loca que para mi desgracia resultó ser cruel y perversa. A los dos meses que dejamos se consiguió un ingeniero adinerado con el que tuvo dos hijos más. No sé la relación que tendrá con el tipo, lo que te puedo decir es que conmigo está ensañada, hace todo lo posible para destruirme.

El odio, la amargura, el desaliento, el amor y la ilusión se confunden en mí. Me siento concreto, me ciegan emociones, que son las de otro y por eso puedo incorporarlas. Me integro en una vida que

quiere elevarse, que aspira a recuperar su dignidad, que a través de una genuina pasión por una muchacha trata de ensancharse. Ángel, un hombre común puesto a mi cuidado; un elegido por mí que ha sido bendecido por una fugaz visión de la felicidad; alguien real que, como yo, abre las puertas sin rencores a una renovada esperanza, arrasando con las precauciones, sin entender más que de horizontes y oscuros motivos en los que fundar su fe.

Capítulo VII

En realidad Ángel se ha sincerado con Ricardo como con pocas personas, aunque no le ha contado toda su historia. Es que nadie lo hace. Hay sucesos vergonzosos que es preferible callar por miedo a ser mal interpretado. En la mayoría de los casos se calla lo que ofende la opinión ajena, por temor a que nos juzguen, y hay pocas diferencias entre el juicio de la sociedad y el que cada uno tiene de sí mismo. Algunos callan porque saben que son diferentes y no les conviene delatarse; pero estos son los menos. Ángel considera que si alguna vez se decidiera a contar sus secretos Ricardo sería el escogido. Al inicio de su adolescencia era su amigo predilecto y a la fecha ese hombre, flaco, alto, de mejillas hundidas, grandes entradas que delimitan unos cabellos castaños levemente entrecanos, ojos grisáceos profundos, algo apagados, que chispean como relámpagos cuando algo despierta su interés, lo ha vuelto a ser. A Ángel lo halaga su amistad; se encuentra a gusto conversando con él; lo sabe un hombre culto, un buen amigo cuyos juicios y apreciaciones son regularmente positivos, hechos para ayudarlo; lo honra cuando le da a entender que siente una verdadera preocupación por sus problemas, y también lo sorprende que Ricardo, al que considera una persona mucho más atractiva que él, le demuestre tanta atención. Calcula que como escritor podría estar utilizándolo -aunque no comprende que puede tener él de interesante-, pero no es eso lo que Ricardo le trasmite, al contrario, parece tomarse como propios sus asuntos haciendo gala de elevados sentimientos. En ese aspecto ha cambiado poco con respecto al niño que conoció en el balneario. Cuando lo visita en su apartamento, su amigo invariablemente lo recibe con el mejor humor, lo invita con un whisky o una cerveza, departen de cuestiones ligeras y con el correr de la charla empieza a desgranar preguntas que estimulan a Ángel a hablar abiertamente de su pasado, de sus empeños, de sus esperanzas, aunque ha notado que es hábilmente evasivo cuando le toca hablar de sí mismo. De manera similar lo ha eludido las veces que Ángel le sugirió alternar el lugar de sus encuentros invitándolo a

su departamento del Centro. Lo poco que obtuvo como explicación a su negativa, fue que le dijera enigmáticamente que prefería ser él el visitado. En una oportunidad, luego de salir del edificio de su amigo, le falló el arranque del coche y hubo que llamar a un servicio de auxilio para que lo trasladara a un taller mecánico. Ricardo entonces lo llevó en auto a su domicilio y cuando llegaron Ángel le insistió para que subiera a tomar algo pero él se excusó pretextando una cita. "Es un tipo raro", pensó Ángel esa vez. "Hace el efecto de que pese a querer frecuentarme, deseara hacerlo solamente a su manera, siempre desde su terreno". Y esa conducta coincidía con la pauta general de sus conversaciones, en las que era Ricardo el que proponía el tema, el que marcaba los tiempos, dándole a veces la singular impresión que era su amigo el que le ponía las palabras en la boca, como si participara de sus recuerdos o de algún modo supiera las respuestas, y hasta se le pasó por la mente la imagen de Ricardo asociada a un diestro ventrílocuo que lo confundiera haciéndole creer que era él, Ángel, su títere de carne y hueso, el que en verdad pensaba, llevaba la iniciativa, hablaba y gesticulaba.

Por supuesto que no solamente ha intentado no aburrirlo con temas que no pueden incumbirle, sino que prudentemente se ha reservado buena parte de su intimidad, por lo cual, al referirse a la época del balneario, no le ha contado la clase de relaciones que tuvo con Damián. Ricardo se ha mostrado tan condescendiente y cooperativo con él que estuvo tentado en algún momento a decírselo, pero es algo que sigue abochornándolo a despecho de cualquier racionalización, algo que preferiría llevárselo a la tumba. Además han pasado tantos años, tantas cosas importantes, que en su memoria aquellos sucesos han perdido su antiguo poder convocador y ya no lo acucia la exigencia del recuerdo, lo que no quita que en ocasiones lo asalten por sorpresa y le demuestren su vigencia más allá del tiempo transcurrido. Entonces la silueta de Damián, alto, tan flaco que se pueden contar sus costillas, con la suficiencia y el desparpajo de un truhán, se mueve en el escenario del viejo balneario sin que el tiempo o la muerte lo hayan afectado en lo más mínimo. Desafiante, su primo muestra su indestructible juventud, y como se le ha permitido sobrevivir sólo para que represente en un constante pasado los mismos ademanes, las mismas evoluciones cada vez que se le solicitan, sin importarle para qué ni para quién esté actuando, se desempeña sin restricciones, con la soltura de un veterano actor perpetuamente

joven, mejorando su estilo, esmerándose en la repetición de situaciones que lo justifican y le permiten perdurar.

Ángel a su vez se invoca a sí mismo, pero no con la hipocresía de antes. Ya no se recuerda como el niño candoroso, feliz, que le gustaba soñar y estar con sus amigos, meditar y leer poesía, antes de ser vilmente corrompido (concepción que ahora sabe hipócrita, interesada en condensar en la figura de Damián todos los elementos del mal), sino con un realismo resignado. "Él era resuelto y experimentado y yo era totalmente desinformado y reprimido en cuestiones sexuales. Ni siquiera con Elisa me imaginé haciendo el amor. No me permitía fantasear con la sexualidad porque había una tajante prohibición, era un mal hábito que después me pondría en aprietos frente al juicio de mi infatigable mala conciencia". Por lo tanto había sido más fácil aceptar una verdad falseada y admitir que fue Damián el que lo sedujo, el que lo corrompió, como se seduce y corrompe a una virgencita, que reconocer que él participó activamente y se prestó a ello. Era más conveniente creer que había sido Damián el que en tardes candentes, bochormosas, astutamente, tratándolo como su confidente, le hacía escuchar sus experiencias con prostitutas, el que lo engañaba para que fuera con él hacia los médanos, donde, ocultos, le enseñaba fotos de mujeres desnudas que inflamaban sus apetitos, que admitir que él también lo buscó, que sabía a lo que lo estaba llevando. Y fue en una de esas tardes, faltando pocos días para el final de las vacaciones, cuando Damián se lo propuso de la manera más natural, desfigurándolo como algo conveniente, una consecuencia natural de aquella amistad, bueno para los dos, antes de comenzar a tocarlo ahí e invitarlo a que se la tocara allí, y hacerlo desnudar así y a su vez él desnudarse, y con delicadeza subírsele encima y casi no hacerle doler, y luego, cambiando de posición, dejarse él también. No recordaba las sensaciones placenteras bloqueadas por la vergüenza; en vez de éstas lo recorría un rápido estremecimiento que se apuraba a sepultar y solamente conservaba el estado exaltado de su mente, su débil resistencia a la seducción, su estéril lucha contra los remordimientos que eran aún más angustiosos cuanto que no los podía compartir con nadie. Para enfrentar a Damián hubiera sido necesario alguien en quien confiar o al menos con autoridad suficiente para condenarlo, ya que ni sus remordimientos ni sus juicios alcanzaban para contener el ímpetu de sus deseos. En aquel verano clave no hubo más oportunidades y hasta las próximas vacaciones no se vol-

vió a ver con su primo, lo que trajo aparejado que durante todo el año estuviera enzarzado en una lucha sorda entre las recriminaciones por haber caído en semejante pecado y la ansiedad por que llegara el día en que lo volviera a ver. Cuando al fin regresaron al balneario, a la semana se les unió Damián. Y como la excitación que lo había mantenido en vilo durante tantos meses no había menguado en intensidad sino crecido con la espera, naturalmente los encuentros en los médanos se hicieron cotidianos, constituyendo un deleite diario que esperaba con ansiedad desde las primeras horas de la tarde. Entonces la historia dio rápidamente un giro indeseable, y Ángel vio con pesar cómo el interés de su primo, al contrario que el suyo, en cuestión de semanas fue desapareciendo. No había pasado un mes y Damián ya lo evitaba y era él el que lo requería, el que tenía que insistirle, casi rogarle, hasta que una noche en un baile al que asistió toda la barra lo vio besándose con una muchacha desconocida. Era por eso... Y claro, le dolió, aunque lo hubiera superado porque al fin de cuentas era algo lógico y no era justamente amor lo que había entre ellos, si de ahí en adelante su primo no hubiera empezado a tratarlo despectivamente, a ejercer un control despótico sobre él, a elegir el momento y el lugar, como si fuera una puta a su servicio, una hembrita sumisa incapaz de rebelarse, condenada a vivir esperando una señal, una invitación. ¿No era increíble?, pensaba Ángel. Él, un hombre que enfrentó pruebas tan duras en su adultez, tener que recordarse de adolescente convertido en una patética mariquita. Tal era el estado de cosas cuando sucedió el accidente fatal. Ángel siempre quiso creer que por más que Damián no hubiera tenido aquel imprevisto final, igual se hubiera liberado tarde o temprano de su influencia. Lo cierto fue que mientras duró nunca quiso que terminara y los meses que siguieron al accidente su primo se encargó de perseguirlo desde el más allá, obligándolo a recurrir a arduas y torturantes argumentaciones que se fueron multiplicando para tejer una telaraña excusas que en el fondo pretendía algo imposible: recuperar esa tonta quimera llamada inocencia que en un hijo de una formación puritana escinde la vida en un antes y un después de la caída.

Un año después del entierro de Damián, Ángel fue a confesarse a una Iglesia en Montevideo a principios de un verano caluroso. Acudió no ya con la incierta esperanza que una absolución con su respectiva contrición le trajeran un poco de paz, sino queriendo descargar sobre un representante de la doctrina religiosa en la que fue

educado, las dudas acumuladas en ese período de tiempo, advirtiéndole que no iba a alejarlas sino a confirmarlas. Para esa fecha, su fe, que alguna vez había sido fuerte, estaba irrevocablemente perdida.

La iglesia quedaba a dos cuadras del espacioso piso céntrico donde residía entonces con su familia (vendido meses después de la muerte de su madre y donde vivió con ella luego de su regreso del exilio y antes de su casamiento con Beatriz), a una cuadra de la principal avenida de la ciudad, 18 de Julio, y en la misma calle donde cuatro cuadras hacia el sur actualmente tenía su pequeño departamento. A pesar de su proximidad era una iglesia que había frecuentado muy raramente porque sus padres preferían oír misa en la Catedral. Al entrar de inmediato se vio asaltado por impresiones conocidas de otros templos, que provenían de la penumbra y el frescor silencioso, de la luz tornasolada que descendía sobre las naves desde los vitrales coloreados. Al llegar a un oscuro confesionario, del que se alejaba una anciana apoyada en un bastón, Ángel se arrodilló frente a la ventanilla.

- Padre, vine a confesarle un pecado, un pecado muy grave...

- dijo, y de súbito se sintió turbado y se reprochó haber venido.

-¿Cuánto hace de tu última confesión?- preguntó una voz gruesa y monótona.

- Casi un año- contestó él.

-Sí, hijo, te escucho. No te avergüences de contarme nada. Ante Dios no existe la vergüenza ni la humillación. Él todo lo entiende, todo lo perdona... - dijo el sacerdote y a Ángel aquellas palabras lo atrajeron como si el cura tuviera facultades adivinatorias. Lejos habían quedado el sol del mediodía y la agitación de la calle. En el sosiego de la Iglesia el confesionario estaba en un rincón tenebroso, con sus cortinas moradas al frente, de cuyo borde inferior asomaban unos zapatos negros, macizos, de puntas redondeadas. El aire inmóvil conservaba el perfume dulzón dejado por la anciana. Lo separaba de su confesor una lámina de metal perforada por pequeños agujeros que dejaban ver puntos rosados de una velada presencia fantasmal, abstracta, lejana, debidamente investida con el fin de devolver la calma a las turbias y atormentadas conciencias, urgidas a quitarse de encima su cuota de infracciones a las reglas divinas.

-He tenido relaciones sexuales con alguien de mi propio sexo. Lo hice varias veces... Con conciencia de que estaba actuando mal-

le soltó al sacerdote sin preámbulos, recitando de memoria un inicio ya estipulado.

-Adelante hijo... -le dijo el cura al ver que su pecador hacía una pausa demasiado larga.

-Hace un tiempo pensé en venir aquí para que Dios me perdonara, porque de verdad quería volver a ser el de antes. Pero hoy no vine a eso sino a decirle que no es posible el perdón si se trasponen determinados límites, si lo que uno ha hecho va contra todo lo que le dijeron que era bueno y santo- Ángel se detiene, toma aliento y escucha un prudente carraspeo del otro lado de la ventanilla. Sabe que su discurso ha despertado la curiosidad del sacerdote porque no es de los que usualmente está acostumbrado a escuchar-. Quisiera poder explicarme con más precisión, Padre. Y no piense que trato de ser insolente. He reflexionado mucho antes de decidirme a hablar con alguien que tiene el poder de absolverme y está dispuesto a hacerlo siempre y cuando me arrepienta. Me imagino que usted prefiere las almas rápidas en descargar sus culpas, para cumplir con su trabajo e irse a descansar. Pero no estoy aquí para que me absuelva, Padre, sino para decirle que ya no puedo aceptar el perdón divino. Es muy simple... He entendido que si me presto a ser perdonado ello implicaría asumir que estoy condenado a pecar de por vida.-. Y agregé rotundo-: Pensando he llegado a conclusión que si me arrepiento no podré jamás liberarme del pecado.

-Pero hijo... -dijo el cura sorprendido, con una cálida voz de protesta, moviendo los zapatos que, independizados de su dueño, parecían querer huir-. Creo comprender por lo que estarás pasando... Pero lo importante aquí es buscar una salida dentro de la fe, comprender que cualquier otro camino que elijas, más que una salida, sin Dios será un laberinto que te llevará a la perdición. Para empezar, primero hay que aceptar que somos imperfectos, que estamos cargados de flaquezas. El pecado no viene de afuera, está en nosotros, es la falta original que Cristo vino a redimir, y sólo la fe en Él y en la infinita bondad que demuestra perdonándonos, puede lograr que superemos nuestras debilidades y evitemos recaídas.

-Sí, Padre- Ángel agradeció que el cura con su contestación reavivara las inquietudes que habían sido aplacadas por el clima pacífico de la Iglesia-, entiendo sus argumentos. Pero justamente lo que vine a decirle es que no puedo aceptarlos. De verdad no tendría que

estar aquí... Sé que no tengo derecho a importunarlo. Como le dije supuestamente yo tendría que estar arrepintiéndome, usted absolviéndome y todos contentos... Tampoco vine a discutir con usted, sólo quería desahogarme, que supiera mi posición, no a que me exonerara de mis pecados. De hecho no tengo el más mínimo deseo que Dios, usted ni nadie me perdone... Según sus propias palabras somos herederos de un conflicto insoluble, ¿es así? Y yo le pregunto, ¿donde deja eso el libre albedrío que la propia Iglesia enseña? Dios nos crea pecadores, ¿para qué?, ¿para perdonarnos después? En su gran sabiduría y misericordia, el Señor me somete a reglas a las cuales debo ajustar mi comportamiento y me dice que si las infrinjo y me arrepiento estará dispuesto a cargar con mis culpas. Entonces, ¿donde está el castigo? He pensado con detenimiento en esta pregunta, ¿y sabe a qué conclusión llegué?, ¿sabe cual creo es el verdadero castigo?, el tener que ser perdonado, el tener que resignarse a convivir con un temor constante a ofender a una divinidad que se arroga el derecho a juzgar a unas criaturas que vaya a saberse por qué capricho creó.

-Hijo... Todos, incluso yo, como ser humano, hemos tenido períodos de crisis en que nuestra fe estuvo a punto de sucumbir. Pero es en esta clase de dificultades cuando es preciso proclamarla con más ímpetu aún para salir fortificados- dijo el Padre con empuje, dejando de lado el tono calmo usado hasta entonces-. La fe en el amor infinito de Cristo nos salva no sólo del pecado, sino del caos original que reinaba antes de su venida. Vuelvo a repetirte que es en estos momentos críticos cuando más debemos aferrarnos a nuestra fe, porque te puedo asegurar que por más que creas lo contrario no la has perdido. Que estés aquí, hoy, hablando conmigo, es la prueba irrefutable que en el fondo tu alma conoce que no hay salvación fuera de la que nos ofrece nuestro Dios por mediación de su hijo Jesucristo.

-Ojalá me alcanzara con su buena voluntad, Padre... Pero no me es posible creer que mi única salida sea aceptar una fe que humilla para redimir -. Ángel estaba fastidiado y decidió ir más allá: Me gustaría hallarla en mí como usted dice, pero sería inútil tomarme ese trabajo. Ya no puedo creer en su Dios... No le encuentro objeto, razón ni fundamento... Y no creo que nadie se los pueda encontrar-. Sin esperar la respuesta del cura, se puso en pie y se alejó del confesionario. Los metros que lo separaban de la puerta los recorrió transfigurado, sintiendo que dejaba atrás una parte importante de su exis-

tencia y se preguntó si algún día lo habría de lamentar. De regreso al fragor de la calle tuvo la impresión que en el interior de la iglesia, en sus silenciosos y frescos rincones, había dejado abandonada una paz, una monótona dulzura que no recuperaría.

Aquella ferviente y en parte arrogante declaratoria de Ángel ante el cura, señaló el comienzo de una especie de cisma en su vida. Porque argumentos y dichos parecidos a los que expresó al cura en el confesionario (menos la confesión de su pecado) manifestó con firmeza y hasta con íntima satisfacción en su casa. Y al hacerlo comprobó que se sentía mejor, distinto, fortalecido. Su ateísmo se volvió de ahí en más en su caballo de batalla contra un mundo que estimaba repulsivo. Su familia fue conmovida de diferentes formas y lo desaprobó haciéndose eco de una predominante determinación materna. Su hermana, por ejemplo, pasó a observarlo como a un bicho raro, pero bondadosa como era, nunca llegó a reprocharle nada. Su padre, que tenía cierta predilección por él, por no chocar con su madre, de vez en cuando le recordaba su desvío, tibiamente, como cumpliendo con un deber. Y Carlos, su hermano mayor, que lo celaba por esa inclinación paterna, aprovechó la ocasión para incordiarlo y hacerle la vida imposible. Por supuesto que su mamá fue la peor. Ángel, mientras tanto, sentía que su corazón lo impulsaba a resistir. Aún cuando su madre, exaltada hasta las lágrimas, lo arrinconaba (y lo hacía a menudo), con encendidas peroratas que terminaban en amenazas relacionadas a los castigos que esperaban a los infieles en la otra vida, Ángel se limitaba a repetir con sucinta obstinación, como un mártir que enfrentara a un tenaz torturador: "Ya no tengo fe en Dios. Si alguna vez la tuve la perdí."

No existía otra interpretación, pensaba Ángel: al atraparlo en aquel negligente juego erótico, Damián había transformado su vida. La conmoción que originó lo llevó a aislarse de su familia y en cierta medida de un destino seguro, conocido, prefijado, dejándolo indefenso y condenado a buscar soluciones sin más ayuda que la de su trastocada y poco experiente inteligencia. Porque por el hecho que arrodillado en un confesionario, hablando con un sacerdote sin rostro se proclamara en rebeldía frente al Dios de sus padres, no por eso quedaba librado de las consecuencias de sus acciones, de los miedos que permanecían agazapados para recordarle lo endeble de su posición. Lo que resultaba impensable, y lo sabía, era el regreso a etapas anteriores por medio del arrepentimiento. Hacerlo significaba enfren-

tarse a un pasado poblado ya de fantasmas sanguinarios prontos a despedazarlo, comparables a esos seres mitológicos vengativos, con garras afiladas, cabelleras de serpientes retorcidas y ojos sangrantes. Ellos no se contentarían con una corta genuflexión y una disculpa, sino por el contrario, una actitud de este tipo los ensoberbecería, azuzando su implacable voracidad.

Pero si no podía arrepentirse ni borrar de un plumazo el pasado, Ángel estaba obligado a abrirse a otras opciones, a tentar los caminos que otros habían preparado con mayor o menor clarividencia. Siguiendo esta lógica más tarde abrazó una concepción del mundo que rompía con la tradición, que prometía la destrucción de un pasado que él comparaba con el suyo, al que del mismo modo necesitaba destruir dada su imposibilidad de incorporarlo. Las nuevas ideas fueron para él el bálsamo ideal y cumplieron un papel benéfico por más que estuvieran minadas por los estigmas de los mismos dogmas de los que pretendía deshacerse. Por mediación de ellas, impulsos vergonzosos, complejas vivencias y conflictos familiares, y el mismo episodio con Damián, fueron englobados, científicamente comprendidos y enterrados, y perdieron gran parte de su influjo siniestro. Su caída en el "pecado de la carne" fue reinterpretada y archivada como un hecho común entre adolescentes del mismo sexo que a consecuencia de un medio represor carecían de una guía apropiada. Despojándolo de la idea del pecado, se las arregló para entenderlo como un trastorno de conducta debido a circunstancias sociales históricamente determinadas a las cuales les llegaría indefectiblemente su fin. Al rechazar como decadente y burgués el concepto de la amenazante ambigüedad sexual oculta en las personas, de ese modo dejaba el campo libre para la fijación del preciado objeto femenino que permanecía en el horizonte de Ángel como una estrella fija, prometiendo delicias inimaginables.

En esos tiempos se concentró con obsesiva dedicación a la militancia política, actividad que concluyó el proceso de separación irrevocable entre él y su familia. Su perseverancia le dio la posibilidad de relacionarse con otras personas que respetaban su inteligencia y querían, como él, aniquilar un modelo social, al que creían justo e ineludible odiar y destruir. Ángel procuraba ignorar que tras esas apasionadas pretensiones revolucionarias, su pasado seguía retorciéndose en la sombra, perturbando su vida, llevándola por senderos no tan racionales como él creía. No desconocía que algunas cosas no

encajaban, que muchos argumentos venían traídos de los pelos y que por algo hasta lo que supuestamente debía ofrecerle sencillas alegrías lo perturbaba y le traía sufrimientos.

Un claro ejemplo de esto fue su experiencia con María. En vez de establecerse como una relación natural, placentera, mutuamente regocijante, como debería suceder a esas edades, le había originado (o resucitado) temores de toda índole. La recordaba con su linda cara, su franca sonrisa, sus manos pequeñas, una bella fragilidad en cada uno de sus gestos, que contrastaba con sus indoblegables convicciones que la llevaron a pasar cinco años en prisión durante la dictadura militar. Él era secretario de un Círculo estudiantil y ella muchas veces se acercaba para hacerle preguntas o a comentarle sobre lo discutido después las reuniones. Luego fueron conociéndose en interminables charlas en los bares que prologaron veladas extenuantes de besos y caricias en el living de la casa de María, hasta que llegó el imaginado, esperado, inútilmente idealizado momento de la intimidad. Ángel se encontraba tan aterrorizado cuando entró en aquel cuarto de hotel, que toda su solvencia, la autoconfianza de un esclarecido dirigente con que sedujo a María se desmoronaron en un abrir y cerrar de ojos. Pese a que ella le dio ánimos, lo consoló, le quitó importancia (María ya había tenido sexo con su anterior novio, pero para él era la primera vez con una mujer), su primer encuentro en el hotel y los dos que lo siguieron fueron un desastre, una aspiración vana y desalentadora por conseguir la dichosa erección que lo elevara al altar de los verdaderos hombres. Su impotencia la juzgó criminal e injusta... ¿Cómo explicarla...? No poder gozar la belleza y la sensualidad de María acostada desnuda a su lado, de su cuerpo tibio y oloroso, no poder pasar de la contemplación al acto de apropiarse de aquella humanidad cálida, suave, tiernamente femenina, era un castigo del que no se sentía merecedor. Sin embargo, cicateramente, una parte de su mente no se cansaba de decirle por lo bajo que tal vez sí se mereciera aquel percance, que algo estaría expiando, que la iba a perder sin remedio, que era un pobre anormal, una mariquita impotente, que debería contarle a María su aventura con Damián para que supiera la clase de tipo que era. Y por unos días se torturó creyendo que esa confesión debía formar parte del completo sinceramiento exigible si alguna vez quería funcionar decentemente en la cama, y estuvo a un tris de realizarla. Pero, reaccionando a tiempo, se deshizo de aquella imposición cuyos orígenes

no eran difíciles de rastrear en su educación religiosa, tan adicta a premios y castigos, al sacrificio de todo lo sano, independiente y limpio que había en su espíritu. Desesperado, acudió entonces a la consulta de un médico que le diagnosticó un problema nervioso y le recetó tranquilizantes y unas vitaminas. Otro le aconsejó que no usara los calzoncillos tan apretados porque podían interferir en la circulación peneana. Tuvo una única sesión con un original psicólogo que achacó sus problemas a una baja autoestima y le aconsejó una técnica agotadora (consistía en aprenderse de memoria algunas frases que el profesional le daba escritas en una hoja, y repetirlas una determinada cantidad de veces a determinadas horas del día) pero garantizada que actuaría como "refuerzo" y lo ayudaría a cambiar su perfil y convenirse que no habitaba nada real en él que le impidiera fornicar. Por suerte antes que se volviera loco la actitud paciente y tolerante de María dio sus frutos. Gracias a su apoyo, a su táctica de quitarle trascendencia a los reiterados contrastes de Ángel, a su decisión de acompañarlo las veces que fueran necesarias a la pieza de hotel y permanecer junto a él durante horas, hablándole de cualquier tema, sin promover nada, sin apremiarlo, haciéndole sentir su apoyo con caricias y contactos que parecían casuales, fue que pudo superarlo. A la cuarta visita al hotel se produjo la anhelada curación y pudieron tener relaciones normales; tan normales y satisfactorias que se olvidaron de cualquier precaución y María quedó embarazada. Luego vino el aborto, que ella realizó por su cuenta y riesgo, que ocasionó el desengaño de Ángel así como el ahondamiento de un estado de frustración que sería una constante en su vida.

De todas formas aquel problemático debut con María, aquel interludio amoroso que terminó en decepción le abrió a Ángel el camino hacia el sexo opuesto. Con las mujeres que siguieron no hubo más episodios de impotencia, aunque sucedió que con las primeras fue demasiado inseguro y por ende demasiado posesivo, lo que provocó que ellas lo dejaran o él mismo se cansara rápidamente. Después, con la experiencia mejoró, pero nunca consiguió evitar que una insatisfacción de fondo le impidiera mantener el tenor de sus sentimientos. Iba de los arrebatos a la indiferencia en cuestión de días, y al notar que esto lo apenaba llegó al punto de querer excluir a cualquier mujer como fuente de gratificación verdadera, persuadiéndose que lo único de valor que poseía eran sus ideas, y un futuro venturoso sólo podía edificarse en torno a éstas.

Durante el Golpe de Estado tuvo el mérito de mantenerse fiel a su Partido lo que le valió por poco la cárcel y al final el exilio. Aquello lo había considerado un logro y fue algo de lo que siempre se enorgulleció, aunque desde su perspectiva actual ya no le veía un sentido más allá del mérito intrínseco del propio acto de arrojo, e infiriera que si la añoranza por tales épocas se mantenía aún, era debido más a los contenidos vigentes de su rebeldía (como coraje, voluntad de cambio, ambición) que a las ideas con las que alguna vez se arroparon. ¿En eso había consistido todo? ¿Instintos juveniles pujantes, confundidos por la mala conciencia que encontraron una fórmula alternativa, ya creada, en que manifestarse? ¿Una fórmula que se tornó en prisión y a la vez en salvoconducto para cualquier inmadura extravagancia o exceso? ¿Fue por ignorancia, por no saber ir hasta el fondo de su rebeldía, o porque prefirió aniquilarse en una utopía igualitaria por lo que jamás pudo sentirse al comando de su espíritu? Por lo menos en aquellos años luchaba contra el sistema, soñaba con una nueva sociedad, se olvidaba de sí mismo para concentrarse en los problemas ajenos que valoraba de más relevancia que los suyos. Después, a su pesar, se había convertido en el hombre maduro y hastiado que fue hasta hace poco, que había fracasado hasta con el modelo de familia tradicional del que alguna vez renegó. Porque, se preguntaba Ángel, ¿quién no quería ser feliz? Claro que nadie. Él había aspirado a ese estado y le parecía que en su caso hablar de mala suerte no era tan desacertado. Fuera como fuera hoy sólo le importaba que gracias a un sentimiento insospechable, a una pasión imprevista, estaba dispuesto a dar pelea otra vez, a concretar una antigua aspiración de felicidad expulsando de su vida al desaliento. Lo haría... Se sentía preparado y maduro para ello. Y mientras existiera en su espíritu esta disposición, esta noble determinación, bien valía la pena estar vivo.

Capítulo VIII

Del tiempo que pasé fuera del país hubo un verano, siete u ocho años antes de mi regreso, que me gusta evocar especialmente por mi particular estado de ánimo. Me encontraba en esa etapa que yo catalogué "gris" de mi existencia, en la cual si bien no renunciaba a mi idea de encontrar "mi camino personal", ya no era una obsesión sino una intención tibia, íntimamente sospechosa, necesaria todavía para seguir funcionado ante mis ojos y los de los demás. Aquel fue un verano bochornoso, seco, en que el calor atormentó a todos los seres sin otra alternativa que la de seguir con su trajín cotidiano. De los meses anteriores, o sea de la primavera anterior a aquel verano, sólo tengo una vaga imagen de mi persona y no puedo recordarme en las calles, ni trabajando, ni en ningún paseo o viaje, sino de noche, en la cama de mi destartado departamento cercano a las Ramblas, acostado boca arriba, las piernas extendidas, las manos cruzadas bajo la nuca, pensando o dejando de pensar, respirando el aire viciado que entraba por la ventana entreabierta, atendiendo al ruido tumultuoso de la vida que nacía de las calles nocturnas, concentrado en aislar del contexto risas, gritos, trozos de conversaciones provenientes de rostros fugitivos, de personas con aroma, sabor y substancia, decididas a remarcar sus diferencias, sus pertenencias a tal o cual modo de vida, su orgulloso compromiso de seguir inventando sentidos y creencias, mientras sólo yo parecía quedar al margen, respirando apenas, navegando en ideas oscuras con los ojos bien abiertos, ocupado en calibrar las posibilidades de una mancha de humedad en la esquina del techo de mi cuarto, bautizándola según la sugerencia de sus bordes negruzcos, imaginándomela crecer lentamente en días idénticos, resignado a que no se detuviera aquella agresión a una blancura evocadora de un tiempo inmóvil (antes de ese principio de suciedad que se extendió como una metáfora de mi propia vida), en un período de mi lejana niñez que fue, al igual que el blanco inmaculado de aquel techo, asaltado por una mancha lenta e inexorable que me legó una conciencia pobre y engañosa de mí mismo.

Pero aquel verano, a raíz de un nuevo giro en mis ideas, me sorprendió en una etapa filosófica, de una razonable calma. En ésta prefería los placeres intelectuales a los sensuales, la amistad al amor, la tranquilidad al sufrimiento. Abandonada ya toda esperanza de una vida después de la muerte, estimaba que sólo por medio de la moderación, del dominio de lo que creía eran mis tumultuosos instintos, del equilibrio, podía alcanzar la serenidad que representaba la dicha verdadera. Las cuestiones éticas, con las que alguna vez pretendí torturarme, habían perdido tanto atractivo e influencia, que oscilaba con escaso interés entre una u otra concepción, sin el imperativo de antes, y me proponía las modestas metas de ser en lo posible justo, prudente y honesto, aunque habitualmente cedía al atractivo de una contemplación placentera, desinteresada, puramente estética de la realidad.

En parte a causa de estas tendencias en mis pensamientos, y más que nada por ajustarme a la máxima de que no era bueno estar solo, dejé mi apartamento céntrico en Barcelona para irme a vivir con una extremeña en la cercana ciudad de Badalona. Su nombre era Carmen: una muchacha de piel aceitunada, baja, de melancólicos ojos, grandes y oscuros. No era muy bonita, lo que era secundario pues su historia no bien la supe había atraído fuertemente mi interés: toda su familia, es decir sus padres de mediana edad, su hermano de cinco años y su novio con quien estaba comprometida en matrimonio, habían muerto en un accidente automovilístico hacía dos años. Sólo ella se salvó.

La conocí en el trabajo, mientras me desempeñaba en una editorial como encargado de un grupo de ventas callejero. Mi función consistía en reunirme todos los días con mis vendedores, distribuirlos en zonas dentro del radio que nos asignaban, y acompañar a los novatos para enseñarles el arte de vender enciclopedias casa por casa. Carmen era una buena trabajadora, tenaz y dúctil para encarar clientes. Me inspiró una gran simpatía desde el principio, y este sentimiento se acrecentó después de conocer su infortunio (me impactó la asombrosa entereza para recobrase de alguien que por obra de la fatalidad pierde a todos sus seres queridos de un momento a otro). Había en su actitud diligente y alegre una respetable nobleza, pero también percibía un sordo sufrimiento bloqueando sus emociones. En suma, que me resultaba extremadamente fácil colocarme en su lugar, conmoverme con su coraje y su desdicha. Asimismo que la sintiera

atraída, no enamorada de mí, convenía a la etapa de control y serenidad a la que estaba abocado. Llevados por una mutua afinidad comenzamos a frecuentarnos fuera del trabajo, y a ella no parecía importarle tener un novio que llegaba todos los fines de semana de Madrid (estaba empleado en las oficinas de una casa de electrodomésticos) con el exclusivo propósito de verla, porque lo nuestro figuraba como una inocente amistad. Entre semana, luego del trabajo, íbamos con frecuencia al cine, a pasear en mi auto, o a recorrer las Ramblas a pie, placer que prolongábamos hasta el anochecer. Muy seguido, cuando la dejaba en su apartamento me invitaba a subir y charlábamos de todo, menos de la tragedia a la que se refería sólo indirectamente, hasta que una noche, a pedido mío, estaba mostrándome algunos álbumes con fotos de su familia, cuando comenzó a llorar desconsoladamente.

-Ya pasaron dos años pero aunque pasen cien nunca lo podré aceptar...- me confió al rato, totalmente repuesta, luego de sonarse la nariz con un pañuelo. Del llanto había pasado en cuestión de minutos a una calidez sosegada-. Durante todo este tiempo me he dicho que era inaceptable que ellos estuvieran muertos y yo no, que no tenía justificación que fuera la única sobreviviente. Me pregunté muchas veces para qué seguir viviendo, qué podía motivarme... Eso fue cuando salí del coma y me recuperaba de mi cadera rota, ¿no te he dicho que me pusieron un tornillo aquí?- dijo señalándose una nalga-. Luego estuve viviendo en la casa de mi prima Trinidad que es muy maja, y cuando me recuperé ella y su marido querían que me quedara. "Mira Carmencita que no te hará nada bien vivir sola. ¿No sería mejor que vendieras ese apartamento y te vinieras con nosotros, hija?". Pero yo no quise, necesitaba estar aquí... De alguna forma me figuro que ellos me acompañan, que me están cuidando. No creas que estoy majara, no veo nada de malo en que a veces converse un poco con ellos, que les cuente como estoy, aunque sé que no me escuchan ni pueden contestarme. ¿Te resulta mal eso?

-No- dije -. Si me decís que sabés que ellos no están... No veo que tenga nada de malo.

-Mis padres eran gente humilde, trabajadora- dijo Carmen pausadamente, como si meditara cada palabra-. Se rompieron el lomo para salir adelante desde que emigraron hace veinte años de su pueblo. Lo que te quiero decir, Ricardo, es que tuvieron sueños, que lucharon para realizarlos. Poco antes del accidente proyectaban po-

ner un negocio, un vivero, estaban tan entusiasmados... ¿Acaso hay justicia en lo que pasó? No puedo creer que Dios lo haya permitido.

Estuve a punto de decirle, recordando mis épocas de creyente, que los designios de Dios eran inescrutables e ineluctables pero me pareció de mal gusto.

-Con el que hablo más a menudo- continuó Carmen, adoptando un tono informativo, que se esmeraba en ser neutro-, es con mi hermanito Dani. Tan sólo tenía cinco años el crío. Llegó sin que mis padres lo planearan y se convirtió en la alegría de la casa. Yo era como su segunda madre, prácticamente lo crié. Desde que me levantaba me ocupaba de él hasta que mis padres volvían de trabajar. Fue el único que sobrevivió unos días y ni siquiera pude acompañarlo porque yo estaba en coma. Creo que si por los menos los hubiera visto muertos, me habría hecho más a la idea

-Pero lo hiciste muy bien hasta ahora . Cualquiera en tu lugar no hubiera resistido- le dije.

-¿Sabes que eres un tío estupendo, Ricardo? ¿Acaso todos los uruguayos son así? Mi prima me dice que vosotros los "sudacas" sois unos aprovechados. Eso es porque no te conoce - dijo Carmen sonriendo, aprobándome con la mirada-. Por ejemplo, otro tío ya se habría aprovechado, digo, ya sabes... En cambio tú has sido un buen amigo, has actuado como si supieras con exactitud como me siento, como si lo comprendieras mejor que yo. En cambio Luis, mi novio, no me entiende, siempre está apremiándome: que si lo quiero poco, que si no lo quiero, que tendría que ser más demostrativa, que ya tendríamos que casarnos...

A la sazón yo creía sinceramente que mi capacidad para compadecerme de las personas era una clase de don. No caía en la cuenta que el corazón de Carmen, con su herida sangrante todavía, me cebaba como a un vampiro sediento, brindándome emociones novedosas con una fuerza sugestiva y atrayente. Pocas semanas después empezamos con Carmen una relación íntima que tuvo tiempo de madurar y se dio con naturalidad. Aplicada y responsablemente traté de bosquejar los rasgos de ternura que ella precisaba, con el solo interés de secundarla en aquella lucha contra la pesadumbre y el desconcierto que emprendía cada día. Carmen a su vez me benefició sin saberlo al no parodiar una pasión que no estaba apta para sentir. En suma, que nos complementábamos en una unión en la cual

cada uno proveía ni más ni menos lo que el otro demandaba.

En este estadio de nuestras relaciones, Carmen, que era enternecedoramente honesta, de inmediato se lo contó por carta a Luis, el novio que llegaba todos los sábados por la tarde procedente de Madrid. Como era de esperar el mozo no se lo tomó con filosofía. Por teléfono le lloró, la amenazó y la insultó. Pero lo que ella no esperaba era que Luis abandonara intempestivamente sus ocupaciones en la capital y se dedicara a perseguirla, a acosarla, y llegara al ensayo de violencia cuando tocó el timbre de su departamento y ella no lo dejó entrar (agarró a patadas la puerta hasta que se asomaron unos vecinos) Antes que el asunto pasara a mayores, decidimos citarlo en un bar para hablar civilizadamente entre los tres. El hecho que aceptara nos alentó a pensar en una solución pacífica. Pero como sucede en los casos en que la gente no se comporta de acuerdo a las reglas del decoro y del claro discernimiento, la conducta de Luis en el bar fue totalmente irracional. Luego de sentarse frente a nosotros que lo esperábamos en una mesa alejada del mostrador, sin contestar el saludo de Carmen y dejándome con la mano extendida, Luis, que era un joven más alto y corpulento que yo, se incorporó a medias de su silla y me lanzó un puñetazo destinado a arrancarme la cabeza. Por poco pude eludir y antes que descargara otro, Carmen, y enseguida el mozo, se interpusieron y el despechado se retiró del lugar profiriendo insultos y jurando que nos mataría a ambos. Procuramos convencernos que aquel arrebató le había permitido al chico cierto desahogo y ahí terminaría la cosa, pero al día siguiente, temprano en la mañana, ella recibió una llamada anónima en la que una voz de hombre, que no pudo reconocer, le contó que Luis había intentado suicidarse con un arma de fuego. Según la voz el muchacho levantó la pistola a tiempo y la bala le infligió una herida superficial. La voz terminó exigiéndole que si le quedaba algo de decencia visitara al convaleciente en la casa de un amigo de ambos en Can Tunis. Naturalmente Carmen no fue, pero como era de prever quedó muy preocupada (más que nada por nuestra seguridad, ya que en ningún momento se mostró compadecida o culpable). En realidad nunca nos pudimos enterar si el intento de autoeliminación fue verdadero o no, y si lo fue, si Luis lo hizo para probar conmovérla o para matarse de verdad. Esa misma noche, cuando volvíamos de trabajar, dos tipos que dijeron ser amigos de Luis, nos detuvieron en la acera a metros de mi coche, nos empujaron, a ella la llamaron puta y a mí sudaca de

mierda, y uno ya había sacado una navaja tripera cuando la suerte nos ayudó en la figura de un guardia civil al que alertamos a los gritos. Al otro día, a pedido de Carmen, me mudé a su departamento, aunque sin dejar del todo el mío donde conservé la mayoría de mis pertenencias. Entonces ella me propuso llevar a cabo algo que ya teníamos planeado antes del asunto con Luis: irnos a París a la casa de unos parientes suyos. "Es el momento, Ricardo. Nos evitamos jaleo y de paso nos despejamos y la pasamos bien". Como estábamos hartos de vender enciclopedias no nos entristeció llamar a la editorial para avisar que nos íbamos de viaje sin fecha de regreso. Creo que los dos tomamos ese viaje en nuestra imaginación como una aventura romántica que nos obligaba a huir de empeñados perseguidores, y por eso lo disfrutamos más. Tanto ella como yo teníamos una reserva de dinero, así que sin considerarlo dos veces hicimos las maletas y, después de telefonar a los parientes de Carmen y éstos nos dijeran que tenían un cuarto libre y nos esperaban, al día siguiente salimos de madrugada en mi automóvil en dirección a la capital francesa. Para gozar más del viaje preferimos no ir por la autopista sino circular por las carreteras que transcurrían por ciudades y pueblos donde al atardecer escogíamos un hotel para pasar la noche. Como nada nos apremiaba tardamos cinco días en llegar a París, ciudad que ya conocía por numerosas visitas y por haber vivido en ella un año entero. Un sentimiento difícil de describir me invadió cuando cerca del mediodía avanzamos pausadamente formando parte de la hilera de coches que circulaban por los Campos Elíseos rumbo al Arco de Triunfo, casi fantasmagórico a lo lejos merced al enturbiado aire estival, flanqueados por la multitud que pululaba en las aceras, los lujosos comercios, los abarrotados cafés. Mi última visita a la ciudad la había hecho con una mujer llamada Clara, una argentina bulliciosa y agotadora, y nos habíamos hospedado en un hotel a orillas del Sena. Por eso al llegar me recordé con nostalgia en una mañana similar asomado al pretil del río, de espaldas a los puestos de venta de libros ubicados bajos los árboles, observando más allá del Sena las construcciones grisáceas con tejados de buhardilla, y más lejos aún las dos torres de Notre-Dame. Como estaba deseoso de volver noté las mismas placenteras sensaciones acuñadas en cada uno de mis viajes, y como siempre me embriagó aquel ambiente preñado del espíritu de siglos anteriores, siglos emocionantes de deliciosos refinamientos e intrigas novelescas (que hubiesen merecido parir algo muy diferente a la vulgar e insulsa ac-

tualidad) sobre los que tanto había leído y soñado, y percibía presentes en cada edificación, en cada calle, en cada monumento.

Los parientes de Carmen eran un matrimonio joven (ninguno de los dos pasaba los cuarenta), con dos niñas de tres y cinco años. Hacía cinco años que trabajaban como porteros de un edificio de cinco pisos apartado del congestionado centro de la ciudad, donde tenían en la planta baja un espacioso departamento. Eran primos del padre de Carmen y la querían como a una hija. Cuando llegamos donde vivían nos recibieron con sinceras muestras de afecto y nos alojaron en una habitación amplia con un pequeño baño en suite. Durante los quince días que permanecemos con ellos hicieron lo imposible para que nos sintiéramos como en nuestra casa, y por todos los medios trataron de disuadirnos de volver a España, llegando a ofrecernos hospedaje por el tiempo que fuera necesario hasta que nos valiéramos por nuestra cuenta.

A mi juicio no hay ciudad más cautivante que París, de la única que tengo una real nostalgia. Aún hoy me entretengo a veces en reproducir fielmente mi rutina diaria en la época en que vivía en una pensión del barrio Latino, y he llegado a realizar sobre un plano un itinerario de calles y lugares frecuentados, imitando a uno de los personajes de una novela admirable leída hace muchos años, "La vida breve" (novela que conservo fresca en la memoria, con algunas escasas similitudes con la historia del Ángel: un médico desalentado, aunque de provincias, una mujer que entra en su consultorio para mentir síntomas y se desnuda con el fin de seducirlo - y en su caso hacer más fácil que el médico acceda a recetarle morfina -, con la contundente diferencia no sólo de la trama en general, sino del hecho de la incuestionable realidad de Ángel y las circunstancias en la que se ve envuelto, mientras que el médico de Onetti era una ficción nunca ocultada).

Carmen a su vez compartía mi fascinación por aquella ciudad. En realidad su nacimiento había ocurrido en una granja, en pleno campo, pero desde muy pequeña su familia se mudó a Barcelona y, acostumbrada a las comodidades de la ciudad, no le gustaba la campiña como a sus padres. Sin embargo tenía afición, y mucha, por las plantas y flores ornamentales y durante nuestra corta permanencia me arrastró dos veces al corazón del Bois de Boulogne y luego a Versalles, cuyos jardines ella conocía de memoria por haberlos visitado antes y leído sobre ellos. Yo la acompañé, aunque no pude experi-

mentar en aquellos lugares el encanto de mis paseos por París, lo que no quiere decir que no supiera apreciar la sabia disposición de una rosaleda, con sus miles de rosas cayendo en cascadas, y esos espacios geométricos, de setos perfectamente cortados, con sus perspectivas, sus líneas rígidas, sus terrazas, canales y fuentes monumentales luciendo dioses, querubines y ranas. Si de mí hubiera dependido, nuestra estancia se habría prolongado bastante más en vez de regresar a España tan pronto, pero Carmen tenía apuro por volver. Según ella precisaba dilucidar urgentemente algunas cuestiones personales que no me aclaró bien cuales eran, lo que sólo era posible en su país, en su propia ciudad, y más precisamente en su departamento en Badalona rodeada por los fantasmas que aún lo ocupaban. Yo me limité a seguirla.

De vuelta en Barcelona no supimos más de Luis, el despechado enamorado; y al desaparecer el peligro que precipitó la convivencia y el viaje, nuestro relacionamiento varió, no se hizo frío pero sí menos íntimo, se tornó en una especie de amistoso acuerdo tácito. Según éste yo me comprometía a demostrarle cierta clase de cariño (lo que no me resultaba difícil), le cuidaba la casa en su ausencia, liquidaba sus cuentas, hacía los mandados y no nos molestábamos con ninguna exigencia o reproche. Si bien se me antojó raro que ella o cualquier mujer se prestara a una relación semejante sin hacerme contraer las habituales deudas afectivas, pensando llegué a comprender apropiadamente que la muerte de su familia, por el pavoroso mecanismo de las catástrofes, había acercado a la larga a Carmen a la impasibilidad y la había colocado tan al margen del mundo como yo me encontraba por distintas razones. Su universo armónico, familiar, había sido destruido por una cruel fatalidad, y ella debía tratar de construir en ese terreno desolado otras correspondencias, cuyas diferencias con las anteriores consistían en tener habitándolas como convidada de piedra, una aterradora, inamovible levedad, que en definitiva no era otra cosa que el espectro tangible de la muerte.

A la semana de nuestro regreso Carmen ya había conseguido un nuevo empleo que consistía en cuidar a una anciana decrepita que no se movía de la cama. Le pagaban bien y a cambio debía levantarse todos los días a las seis de la mañana y quedarse hasta tarde en la noche. Yo en vez de retomar mi trabajo en la editorial, decidí dedicarme a vagabundear dejando que el tiempo se deslizara sin apremios, a tono con mi indolencia. Traje todos los libros de mi

apartamento en Barcelona y me dediqué a releerlos, y cuando me hartaba de hacerlo rondaba por los alrededores hasta la hora en que Carmen regresaba. A menudo me dirigía en el subterráneo al centro de Barcelona para almorzar y terminaba instalado hasta el anochecer en una acogedora biblioteca de estilo gótico a pocas cuadras de las Ramblas. También de tanto en tanto recorría en auto la costa catalana y elegía una playa al azar, donde absorbía junto a turistas de caras vacunas, hasta los últimos fulgores de un atardecer marítimo. Durante el resto de aquel verano mi vida transcurrió, como pocas veces, en medio de una extraordinaria paz y me sentía afortunado por esa existencia sin disturbios que me permitía enterrar por un tiempo la honda insatisfacción que perpetuamente me acompañaba. Tal vez adelantando que no duraría, mi imaginación se solazaba en aquel ensueño pacífico, llenándose de imágenes y pensamientos sacados de libros, y caía a menudo en una clase de aturdimiento donde las cosas flotaban a mi alrededor sin que yo formara parte de ellas. En mi mente, siglos de historia bañados en sangre, imperios, guerras fratricidas, revoluciones, se mezclaban con tramas de novelas, sentencias de filósofos, vidas de santos, artistas y héroes. Desde el principio de las sociedades humanas, cuando no existía la historia, hasta los aparentemente vertiginosos tiempos que corrían, observaba a los seres humanos formando parte de una figura sin límites en que todo se repetía y era distinto a la vez, y el esfuerzo de la razón por poner jerarquías y orden era tan risible que me congratulaba porque nuestra raza hubiera sido bendecida con la gracia del olvido. Igualmente comprendía lo difícil que sería para nuestro hombre posmoderno aceptar el fin de tantos ideales, concebir el sinsentido de la historia, pensarse inerte ante tantas necesidades, luchar sin esperanza ante la decadencia física y la muerte, condenado a ser el juguete de un azar globalizado, inocente e inmisericorde, sin un Dios ni un dogma sustituto de la divinidad que lo confortara surtiéndolo de causas y efectos, de un rígido sino que anulara un insoportable sentimiento de desprotección. Veía a los humanos oscilando siempre entre una férrea aspiración de eternidad y el desconcierto que esta idea engendra en una mente para la cual lo eterno —lo mismo que la muerte— resulta inconcebible, entre la libertad y la dosis inevitable de desesperación y desamparo que es su inseparable lastre y compañía. Aún hoy, y espero equivocarme, auguro un probable retorno a épocas de tinieblas y seguridades. No he visto ni veo a mi alrededor seres con el poder de detener esa tenden-

cia a lo cíclico de la humanidad, capaces de constituirse en función del presente, que parezcan dispuestos a conquistar un enorme espacio de libertad a costa del paraíso prometido.

Carmen, en tanto, a la que sentía cada vez más distante, no cuestionaba ni le importaba que yo no trabajara. Aparentaba aceptar mi explicación de que necesitaba estar libre para pensar en una novela que proyectaba escribir (en verdad ya la había escrito y archivado sin mostrársela a nadie). El dinero de mi madre llegaba puntualmente todos los meses, y yo, después de pagar el alquiler y los gastos de mi departamento en Barcelona, el resto se lo dejaba a ella para que lo administrara. En realidad me había propuesto gozar lo más posible de ese período signado por un sosiego indescriptible, que, a semejanza de lo que me sucedía al salir de mis "crisis de abandono", había logrado situarme al borde mismo de las revelaciones. Sé que si hubiera continuado, dejándome llevar nada más, habría sido más fácil descubrir las mismas verdades que hoy poseo. No obstante preferí con torpeza interpretar aquel interregno, como un estado introductorio que me conduciría a "encaminar mi vida como persona independiente", y como consecuencia de ese error de interpretación aquello duró lo que aquel verano y no desembocó en ninguna revelación. Por única vez el papel que había representado llegó a conquistarme y hubiera podido serme útil de haber tenido otra visión de mí mismo. Por lo tanto no murió solamente por la certeza de su falsedad como los anteriores, sino por mi incapacidad para volverlo un puente, un vehículo hacia el conocimiento perseguido. Todavía permanecen en mis recuerdos la sensación de tantos días indiferenciables, apacibles, casi perfectos, las imágenes fluctuantes de los lugares donde me movía, el agradable sentimiento de vivir al margen... Ignoraba que esa placidez, esa tranquila laxitud eran manifestaciones de mi insaciable vacío interior que, ansiando zambullirse en el mundo y formar parte de él, tomaba distancia en un afán de despejarse de prejuicios y suciedades, sin saber que el mayor impedimento del que debía desembarazarse era la enorme patraña de una individualidad en la que seguía empeñado en creer. Por mi ceguera, el descontento y la angustia, como era de prever, se desperezaron de su sueño soporífero y reiniciaron su irritante labor de carcoma. No podía haber paz, nada vecino a la felicidad que no se resquebrajara y se hiciera añicos con enemigos tan persistentes, frente a los cuales me hallaba indefenso. Por eso un día de fines de verano le dije a una Carmen comprensiva,

con el semblante sombrío que se imponía, que me volvía a mi departamento de Barcelona y pronto me iría de viaje. Ella me abrazó con los restos que le quedaban de una sensibilidad antigua, con la lúcida aceptación y la actitud positiva con las que se despide a un buen amigo que decide partir a un país lejano en busca de mejores horizontes. "De todas maneras", pensé, "Carmen está acostumbrada a las pérdidas y esto ya se la esperaba". Unas semanas más tarde viajé a Nueva York y no la volví a ver. No me preocupé en averiguar lo que fue de ella cuando pasé por Barcelona antes de volver a Montevideo, pero me animo a afirmar que con meditada frialdad recompuso su vida. De fijo que no se casó con su novio anterior, de comportamiento tan indigno, sino con otro joven honesto y trabajador con el que habrá engendrado por lo menos cuatro hijos. La sé viviendo con su nueva familia en una gran ciudad, tal vez en la propia Barcelona o Madrid, en un barrio de calles arboladas alejado del Centro. Allí residirán en una casa amplia, luminosa y aireada, que tendrá como condición un extenso jardín al fondo, un jardín florido, cuidado y artificialmente dispuesto, que Carmen se afanará en preservar, como garantía de invulnerabilidad y desafío, cuidado y perfecto hasta el fin de sus días.

Capítulo IX

El ruido en el pub-restaurant "Misterio" es ensordecedor. Son casi la una de la madrugada de una noche templada de principios de verano. La gente se aprieta en la barra y no hay mesas libres. Al fondo, una pista de baile circular, también llena, relumbra bajo los focos intermitentes que colorean fugaces trozos de cuerpos en movimiento. Mozas y mozos jóvenes despliegan una actividad febril yendo y viniendo: toman pedidos, se acercan a la barra, llevan bandejas con platos humeantes, botellas y vasos, evitan con diestros movimientos a los que están parados esperando lugar. Cerca de la puerta, al estruendo de la música, las conversaciones y las risas, se le une el del tráfico de la Rambla cercana. Hay más mesas dispuestas en la vereda y alrededor de éstas los ruidos que dominan son los de la calle. Mujeres y hombres de variadas edades visten informalmente. Predominan las parejas, aunque hay bastantes grupos del mismo sexo y unos cuantos solitarios. Los estoy observando derrochar arrumacos y sonrisas seductoras a unos, mirar en su entorno midiendo las posibilidades de acercamiento a otros. Unos pocos, los más atrevidos, se aproximan y encaran con variada suerte a alguna mujer que está en la barra o bailando en la pista sola o con otras amigas, pero la mayoría prefiere rumiar su timidez sobando un vaso de whisky que reemplazan a lapsos cada vez más cortos, al tiempo que mastican amargamente y con disimulo su frustración, envidiosos de los éxitos, alegres por los fracasos de los más corajudos, con el consuelo de su inútil orgullo intacto, sin dejar de mirar con impudicia las figuras femeninas que de tanto en tanto se dignan a posar sobre ellos miradas disimuladas, sonrisas débilmente insinuantes que se volverán con el correr de la noche intencionadamente despectivas.

Ellas, las mujeres sin pareja, son las consentidas de la noche. Han llegado hasta aquí para mostrarse como en una pasarela, sabedoras cada una de su mayor o menor probabilidad de conquista de acuerdo a sus bondades; destinadas a recibir desde frías indiferencias a fervientes adhesiones; con sus pieles cálidas, sus cui-

dados maquillajes, sus entintados peinados, sus más o menos atractivas piernas, sus apretados, pequeños, medianos, generosos traseros y bustos.

-Hoy tenemos mercadería de primer nivel - dice Mario Crespo, ex-dentista, además de filósofo, amigo recuperado de mi juventud y compañero de salidas, antes de beberse compulsivamente el resto de su quinto o sexto vaso de whisky. Es un hombre de mi estatura, con una abultada panza, cabello abundante, rostro abotagado de aspecto simiesco gracias a una frente protuberante que sobresale encima de las cejas, nariz chata con ventanas anchas, mandíbula prominente y unos ojos chicos, inquietos y vivaces. Estamos sentados en la barra, en una esquina donde el movimiento es menor. -No se cansa de dar buenas minas este bendito país. Hicimos bien en venir... Aunque hoy te noto ausente, camarada... ¿Cuestiones sentimentales? No, no lo creo, no es tu estilo... En todo caso estarás algo melancólico, preocupado por asuntos que una mente limitada como la mía es incapaz de comprender. -Hace una pausa y eleva la voz-. Los dioses son testigos que he tratado de encontrarte tu media naranja, que te he presentado una mujer como Irene por la que cualquier mortal hubiera perdido la cabeza, y a pesar de todo, para el aristocrático Ricardo Robaina no es suficiente, necesitaría para despertar su ciclópea pasión dormida una bella y esquiva ninfa marítima a quien cantarle esos hermosos versos: "Bien sea religión, bien amor sea, deidad, aunque sin templo, es Galatea" -. Me sonrío y pido mi segundo whisky. Me divierte escuchar a Mario divagar semiborracho, y mientras lo hago mido el efecto que el contenido de su charla produce en el aire viciado del lugar, estimo su interferencia en el equilibrio caótico de sonidos que me rodean como una nube, arrullándome-. He estado pensando seriamente en mis derrotas; sí, no te rías. Y es que las cosas fingen simplicidad Ricardo, nos dan la impresión que están ahí esperando para ser disfrutadas y en cuanto queremos tomarlas se nos niegan y se esfuman como vagas figuras fantasmales, si me permitís lo lírico. Yo afirmo que hay una realidad desconocida muy diferente a la que nos muestran. Un mundo que sólo nos atrevemos a interpretar y lo hacemos mal porque no tenemos los elementos para descifrarlo. Estamos ciegos, sordos a la verdad que yace en las cosas, y por supuesto a la nuestra.

-En todo caso no es nuestra culpa...- señalo por decir algo, sabiendo que no me escucha.

-El cometido de cualquier sociedad no es el de crear seres libres, esa es una maligna mentira, esos seres son una excepción a la regla- prosigue Mario con alcohólica resolución. Sus nalgas desbordantes se ajustan al asiento del taburete con breves movimientos giratorios-. A la gente le dicen lo que es normal, lo que está bien y mal, la amansan con la moral, que al principio es coacción y luego se muda en lo que llamamos estúpidamente libre albedrío, la condenan a la mediocridad, a ser masa, multitud, manada... -Se interrumpe para afirmar con la cabeza, emitir un chasquido con la lengua, palmearme-. Yo, el magnífico Mario, hoy quiero proclamar en este antro mi verdadera libertad; mi acosado amor a la vida. Pero claro, vos me mirás y estarás pensando que Mario está casi borracho y debería ser llevado a su casa para asegurarse que no le suceda nada malo. ¿Acaso entendés algo de lo que digo...? Qué pregunta... Como si no lo supiera. Aunque no te interese no creo que haya algo que se te escape. Siempre me ha parecido que estás un paso más allá, en un nivel donde recibís toda la información que se requiere para ser feliz pero te negás a compartirla.

-No soy feliz en absoluto ni tengo esa información- encojo los hombros sin molestarme en mirarlo.

Una moza, bandeja en alto, roza a Mario y casi se lo lleva por delante truncando lo que iba a decir. Aquello al parecer lo hace recapacitar porque se calla y pasados unos segundos frunce el ceño y prosigue.

-¿Te estoy fastidiando Ricardo? Si lo hago te pido mil perdones... - expresa con dramatismo, entornando los párpados, mi amigo.

-No, no, ¿de donde sacaste eso? Lo que pasa es que yo soy una persona sencilla y no puedo comprenderte del todo. De cualquier manera creo que vas a terminar llorando abrazado al cuello de un caballo- le digo, y coloco la palma de mi mano en su blando y carnoso hombro.

-Ahí lo tienen, señores- gesticula Mario, grita casi, levantando su vaso-. Robaina el cínico... Sin embargo te quiero... -me abraza, se babea, lagrimea por el humo del ambiente, me codea señalándome la entrada del pub-. Mirá esa rubia que está entrando. ¿No es increíble, Ricardo? ¿No es la quintaesencia de la belleza? Hoy te juro que no nos vamos con las manos vacías.

Mario reclama otro whisky y permanece silencioso. Tiene mi

edad pero aparenta más. Sus cabellos y sus cejas están casi blancos de canas y su cara es surcada por profundas arrugas. Divorciado, una hija de quince años (a la que ve raramente), su vida cambió desde el encuentro con una cincuentona de mucha plata. Dejó su trabajo de dentista y se ha dedicado hasta la fecha a no hacer nada y a beber cada día más. Dentro de poco, como acostumbra, empezará a hablar de sus temas preferidos: intentará devaluar a Freud, ensalzará a Nietzsche, me recomendará que lea a Spinoza. Es un hombre inteligente, pienso, ¿un desperdicio? Inmediatamente después del whisky escocés su principal afición es la filosofía (que fue su primera pasión antes que se decidiera, presionado por su familia, por una carrera más rentable). Actualmente su cerebro de alcohólico ha perdido agilidad y muchas de sus habilidades, pero en su corazón mantiene intacta su debilidad por la dialéctica. Me gusta esto en mi amigo, lo interpreto como un resto de vitalidad que resiste en las últimas trincheras de su espíritu en retirada. En un tiempo, también yo me interesé por la especulación metafísica y sobre todo por la psicología. Reconocí el genio de los grandes, y supe ser atrapado por ejemplo por el estilo poderoso y la vida trágica de Nietzsche, por el misterio de aquellos años postreros en los que su mente dejó de funcionar luego de haber brillado con tanto fervor e intransigencia. Además tuve predilección por el gran Sigmund Freud (tan imaginativo y literario) y algunos de sus seguidores, y por filósofos de la talla y densidad de Kant, Hegel, Heidegger. El estornudo de Mario a mi lado hace que mis pensamientos se disparen y dispersen como partículas aéreas, y al juntarse nuevamente me llevan curiosamente a Spinoza y a su ética demostrada según el orden geométrico. En honor de este peculiar pensador lanzo una sonora carcajada que se pierde en el barullo del ambiente. Caigo en la cuenta que me siento terriblemente irritado en aquel lugar y si opto por quedarme es sólo porque Mario se encamina a una de sus clásicas borracheras.

Mi amigo ahora está muy entretenido platicando con una mujer rubia y gorda y la hace carcajear. A mi alrededor giran los rostros de seres colgados de sus gestos y vacuas sonrisas, malgastando una noche más, estirándola, engañándose al pretender hacerla única. Me detengo distraídamente en las facciones recompuestas por múltiples cirugías de algunas mujeres recicladas y devueltas a la lid (la discreta iluminación del pub es cómplice de los defectos y falta de lozanía de sus tecs sufridas), a la caza del hombre con el que han jurado

indemnizarse por tantas pérdidas y degradaciones. He llegado a conocerlas bien, he estado en la cama con algunas, incluso me he solidarizado con su pavorosa soledad, con su hambre enfermiza de atención, con su aceptación que son lo suficientemente miserables para soportar la vida en cualquiera de sus formas mientras exista alguna chance de que un tipo las acaricie sin asco. Medito sobre la diferencia abismal entre Cecilia y ellas, en las ventajas que da la juventud, en la frescura, en la soltura que otorga un tiempo aparentemente ilimitado por vivir en alguien que, como ella, tiene la inconciencia para entregarse a sus inclinaciones más hondas, a su dolor más amargo, con la seguridad de que por el solo hecho de ser joven y deseada cualquier cosa le será dada por añadidura. Me pregunto cómo pasando por alto esto, Ángel puede ser tan poco precavido para creer que alcanza con su patético amor de cuarentón para volverla fiable, para esperar que si se confirman sus peores vaticinios podrá rescatarla, cuando lo más probable es que a ella no le interese ser rescatada. Se me hace patente que mis elucubraciones están al margen de los sentimientos conquistados merced a la mancomunidad con mi amigo. Porque si bien es cierto que yo no tengo su candidez, ni otorgo a algo hecho de materia inconstante y volátil como la pasión un poder tan devastador (y esto no lo considero un don sino una imposibilidad), también lo es que hay una diferencia sustancial entre mi incapacidad para sentir por mi cuenta y lo que soy capaz de conseguir a través de Ángel. Es por eso que puedo adherirme a sus argumentos y al mismo tiempo conservar la ventaja de reconocer sus riesgos e imperfecciones, de la misma manera que puedo compartir su confianza haciendo mía su fe (como haría míos sus sueños más delirantes) y dudar. Por lo tanto, si a veces cumplo el desagradable oficio secreto de desenmascarador de ilusiones y mentiras, no lo hago porque no secunde a Ángel en sus ganas, ni por un afán de crítica sarcástica, sino porque por esta doble condición ya mencionada se me hace inevitable. Naturalmente me guardo mis impresiones, sabiendo que no es a cara descubierta y sí en la sombra donde me corresponde actuar. Mis dominios no pueden ser otros que los del voluntario anonimato, me conviene la discreción, el disfraz.

Traigo mi mente al pub y escucho las risotadas de una joven muy flaca que muestra sus dientes manchados con rouge. Mientras me cercioro de la mirada cada vez más perdida de Mario vagando entre la gente en busca de una mujer cualquiera, vuelve a mí el con-

tenido de la conversación que tuve con Ángel el día anterior, cuando me contó algo que por sus implicancias podría cambiarlo todo.

-Necesito pruebas, Ángel - dice Cecilia acostada a su lado, desnuda, sentada a medias sobre dos almohadas, después de exhalar el humo de un cigarrillo recién encendido. Es medianoche y están en el exiguo dormitorio del departamento de Ángel en el Centro, cuya única ventana da a un lúgubre tragaluz. El rumor de la lluvia que golpea las azoteas llega manso y lejano. Ella tiene su rodilla izquierda elevada, flexionada en ángulo agudo, y la está balanceando lánguidamente, con perezosa displicencia. Sus cabellos sueltos le caen hacia la espalda como un negro abanico desplegado. La única luz proviene de una lámpara cubierta con una pantalla amarillenta y algo chamuscada que está sobre una veladora del lado de la muchacha. Ángel ha dejado de fumar hace un par de años, pero en estos momentos el aire aromatizado por el humo se le hace irresistible. El sexo lo ha agotado y aún está agitado, a su corazón le cuesta retomar su ritmo; Cecilia, en cambio, yace tan fresca, tan indemne al cansancio, como si el ardor que hacía unos segundos los devoraba no le hubiera hecho mella, o no hubiese existido. Ella, como de propósito, le está mostrando la parte oscura de su cara; la iluminada permanece aislada en una claridad penosa como si meditara algo que la otra ignorase. Ángel la mira de soslayo y el perfil de Cecilia comienza a hablar despaciosamente. Él la escucha con aprensión, lo mismo que a una esfinge proponiéndole un enigma que no quisiera descifrar. - Pruebas de lo que está haciendo ese matrimonio vecino con mi hermano... Porque no alcanza con que yo lo vea. Andrés lo negará y mi padre me dirá, por ahorrarse preocupaciones, que son imaginaciones mías. Necesito que me acompañes, descubrirlos juntos. Tu palabra nadie la pondrá en duda. Mi padre volverá de Méjico la semana entrante y entonces actuaremos. Vamos a liberarlo de esos monstruos.

"No puedo dejar de pensar con Ángel que una gran fatalidad se cierne sobre nosotros. Que nos adentramos en terreno peligroso. Soy él y puedo decirle a Cecilia que no, pero me dejaría... Ella debe descubrir por sí misma que lo que siente por mí puede ser más fuerte que las circunstancias que la llevaron a buscarme. Entreveo que Andrés no tiene salvación con mi intervención o sin ella, siga jugando a la familia feliz con los vecinos, o sea obligado a romper con ellos. Claro que eso no lo debe saber Cecilia. Este joven está enfermo y su mal es incurable. La situación entre los dos es extremadamente ti-

rante. (él es inteligente y sabe que Cecilia vino a buscarme por su causa). Las pocas veces que se cruzan, aunque apenas se hablan, parecen sacarse chispas. Cecilia lo saluda fríamente y él sonríe, dice una frase aguda y vuelve a desaparecer. Aparentemente Andrés no le ha dado ocasión o ella no ha querido enfrentarlo y aclarar las cosas de una vez por todas. ¿Por qué...? De pronto le parece inútil, o es ese posible secreto mutuo (al que tanto miedo le tengo), el que los mantiene enemistados, o ya hubo algún encontronazo y ella no me lo contó. En todo caso yo también eludo en lo posible el tema, no quiero sonsacarla, prefiero sospechar antes que saber. Entre tanto, en cada encuentro casual con Andrés, tengo que aguantar su sonrisa condescendiente, la forma despectiva con que me trata amparado en sus buenos modales, demostrándome que no me considera un rival de fuste, como pensando ese veterano, ese pobre medicucho, ese infeliz no es capaz de interferir en mi vida, y menos quitarme el amor de mi hermana."

-No pude negarme- dijo Ángel sentado frente a mí en mi departamento-. Tenía que demostrarle que estaba dispuesto a apoyarla. Sé que tiene sus riesgos, pero, ¿había otra opción?

-No -respondí disimulando con acento imparcial mi piedad hacia él, hacia mí, pensando en el apasionamiento de Cecilia y en la heroica obcecación de mi amigo -. Estuviste bien, tenías que hacerlo, jugártela.

-Arrimate Ricardo -ordena Mario articulando con dificultad -. Te voy a presentar a una incomparable belleza ¿Cómo te llamabas...? Ah, sí, Rafaela, espléndido nombre. Tiene una amiga que está por llegar. Este es Ricardo, el escritor, un tipo interesante... Si llegás a creer que es un chiflado te habrás equivocado. Por el contrario es un cuerdo trabajador en su arte por más que no lo quiera admitir; un hombre capaz de esforzarse, de buscar durante horas un giro del idioma que formule y sintetice un concepto, de pasar noches enteras esculpiendo una frase hasta considerarla perfecta. Eso lo convierte en un obrero, ¿no?, en un luchador. Te advierto que no des crédito a nada de lo que te dice porque es un solemne mentiroso. Como inventa personajes y se reinventa a sí mismo, ha perdido en el camino los escrúpulos y no vacila en usar trucos sucios para seducir a mujeres hermosas e incautas como vos.

La mujer se ríe estentóreamente por reflejo, sin preocuparse

por entender, mostrando el impreciso interior de su boca protegida por unos ávidos y relampagueantes dientes. Me besa sonoramente en la mejilla y dirige su atención a Mario que sigue su discurso.

-Querida Rafaela como le decía a mi amigo el intelectual, las cosas son tan simples... La realidad no tiene un significado en sí, existe, claro, pero no tiene un sentido inmanente. La gran mentira es que haya un mundo metafísico, una realidad verdadera tras los fenómenos que la envuelven. Nadie legisla el universo, no existe el más allá, y en consecuencia las categorías ético-filosóficas carecen de sentido y son tan artificiales y precarias, tan cambiantes y caprichosas que por el mismo hecho las que hoy te eximen de culpa mañana te condenarán. Mi amigo Ricardo lo sabe, conoce estos tópicos, repito, comprende el sufrimiento del viajero y por eso recurre a la soledad y espera el momento de la compensación, cuando se le abran las puertas de un mañana que lo encontrará transfigurado y puro al fin. Me imagino que habrás leído Zaratustra... Está bien, no hay de qué preocuparse, esto es fácilmente perdonable... Una belleza con tus bondades puede prescindir de los libros. A ver mozo, más whisky para mí y mis amigos.

Mario sigue charlotteando y yo dejo de escucharlo. Me pregunto si la amiga de Rafaela será tan desagradable como ella, tan ancha, tan obesa. Imagino la impúdica y rolliza desnudez de la mujer que me presentarán, su preocupación por exhumar el cadáver de su desenvoltura juvenil, su enorme humanidad susurrándome al oído suciedades para estimularme, su lengua grotesca escarbando dentro de mi boca, su saliva mojándome la cara y el cuello, y mi odio elevándose furibundo hasta agotarse en un lechoso orgasmo entre sus enormes senos. Me veo escuchándola con condescendencia (para evitar que se sulfure y antes de irse me grite que todos los hombres son unos puercos malnacidos) rumiar los instantes álgidos de una historia insípida, gruesa e informe como su cuerpo, esperando que pase una prudente cantidad de tiempo para comunicarle que estoy cansado, que debo levantarme temprano, que mañana la llamaré sin falta. Especulo sobre la posibilidad de golpearla hasta matarla pero me digo que jamás podría hacerle daño a una inofensiva mujer que nadie desea. En todo caso la violencia si se ejerce, debe ser la culminación de algo elevado y purificador, como lo que me llevó a deshacerme de Damián en el principio de la historia. Nada me resulta hoy más deprimente que un acto inútil, porque de éstos ha estado plagada mi vida:

actos sin concierto, intenciones evaporadas apenas conocen la luz, personas que pasan como fantasmas sin dejarme siquiera un recuerdo amable. Prefiero, si puedo escoger, involucrarme en situaciones desagradables que en una sin provecho, por lo menos las primeras tienen la ventaja de fortalecerme al probar cuán indiferente puedo ser a la náusea, cuán capaz de aceptarlo todo.

Más de una vez se me ha ocurrido que al haber representado y desechado tantos modelos de comportamiento, mi existencia ha sido tan falsa, que mi presente podría entenderse como un complot de esas criaturas de mi invención, que no han querido morir y hoy me obligan a cumplir una simulación que les permite medrar con tesoros que no les pertenecen. De ser así estos seres defenderán su lugar y no me dejarán olvidar que a ellos me debo, que vivo para ellos, que soy el Dios que quieren que sea: un Dios neutro, sin intención, obligado a padecer y a tomar decisiones para crearles un mundo a su medida. Para huir de una probabilidad que me agobia, me tomo un largo trago, y por medio de la mirada me abismo en el espacio que me contiene, en las decenas de cuerpos que en torno a mí se mueven y transpiran, usan sus bocas, lenguas y gargantas para fumar, toser, reír, hablar, masticar, beber o eructar. Reparo en que el whisky ha comenzado a afectarme (no es mucho lo que he tomado pero recuerdo que no cené), porque los contornos de los objetos se han tornado más precisos, los cristales de copas y botellas más brillantes, los rostros más vulgares, más blancos y endurecidos. En un ángulo de la pista, entre las parejas bailando, veo que las puertas de los baños se abren y se cierran, y sus luces, sobre el fondo oscuro, parecen tragarse mágicamente a los que entran para aligerar su avaricioso organismo, y vomitar a los que salen por más.

“Los seres humanos...”, me digo al borde de la compasión. Desde que tengo memoria he procurado simpatizar con ellos y durante cortos períodos lo he conseguido. Y aunque confieso que en general ha predominado en mí un resentimiento envidioso, últimamente éste se ha ido debilitando al descubrir que puedo asimilar sus motivaciones sin que sea preciso embarcarme en frustrantes imitaciones. No es casual que ahora me perciba cada vez más cerca de ellos, lo que no puede ser sino positivo teniendo en cuenta que me son imprescindibles y no soy nadie si sus deseos no me otorgan soporte y realidad. Y esta última no es una simple afirmación hecha al pasar, sino una verdad definitiva. ¡Y me ha costado tanto descubrirla...!

Frente a ellos soy nadie, absolutamente nadie, y este nadie sólo es alguien cuando se adueña de las expectativas de estas mentes simples que me rodean, de las que además formo parte gracias a una sustancia común que compartimos y a la que no se me ocurre darle otro nombre -sin que vengan a cuento las ineludibles connotaciones filosóficas-, que el que supongo debe ser su verdadero: "la nada". Porque además es esto lo que soy: esa "nada" que rellena sus huecos vitales (esas grietas por donde vislumbran lo que ellos llaman "su alma"), a la que vuelven en la intimidad como referencia inmediata para darse valor, con la que en ocasiones se extasian presintiéndola el indestructible apoyo de su ser. Por lo tanto, si bien ellos me dan la vida, yo les doy la vida también.

-Mirá que resultaste ser graciosa, Rafaela- dice Mario pellizcando el cachete globuloso de la mujer-. Ricardo, fijate como habla, fijate si no es cómico... Antes de empezar cualquier oración dice "con todo respeto". ¿No es absurdo? Indudablemente es una persona muy bien educada, me recuerda a un papagayo que tenía en casa, aunque él no decía "con todo respeto", decía: "su señoría, suénese las narices", y a la cocinera cada vez que pasaba frente a él le vociferaba "gorda, gorda tirapedos".

Mario comienza a reír y tiene un acceso de tos. Se está desmoronando... Ya no tiene la resistencia de antes. A la mujer que ha sido golpeada en la cara por la baba de su expectoración, no se le pasa por alto su estado y se aleja disgustada, sin despedirse, a esperar a la amiga que nunca conoceré. Lo ayudo a bajarse del taburete y le pongo el saco que nos dan en la ropería. Está en silencio lo que es un mal síntoma en él. Al llegar a la calle vomita en la acera delante de una pareja que está prodigándose caricias en una de las mesas. Lo sostengo mientras siguen haciendo arcadas y le hago reanudar la marcha. Una espuma con globitos irisados por la luz rojiza del letrero del pub le va asomando por la boca. A duras penas, manipulando su pesado cuerpo, consigo meterlo en el asiento trasero de mi coche y cierro la puerta. En el trayecto a su departamento, con Mario canturreando a mis espaldas, me digo que todo va a salir bien con Ángel, que al fin con ayuda de su testadura fe se saldrá con la suya y mis peores temores no se concretarán. Mario me aparta de mis pensamientos con un ronquido salvaje y una especie de chillido. Se ha quedado dormido: mañana habrá una laguna en su memoria que empezará poco antes del vómito. Tuerzo la cabeza para mirarlo roncar e

imagino lo que la mayoría de los que lo conocen opinarán de él: que es un desecho de tipo, un triste perdedor, alguien sin carácter que ha malogrado su vida, un mantenido que ni siquiera cumple con sus deberes de padre. Ésto no es fácil de refutar con convencionalismos, y en un sentido estricto nadie estaría en desacuerdo. Pero como no me interesan, ni acompaño esta clase de juicios cuya única intención es una condena obtusa y superficial (de ser preciso nunca faltará una multitud de idiotas para estos menesteres), dejo a un lado las impresiones de la mayoría y apelo a los que son capaces de solidarizarse con mis sentimientos (dictados por el orgullo moribundo de Mario), a los pocos que detentan la necesaria sensibilidad para relativizar logros y conductas, a la minoría con la rara cordura para evaluar con justo criterio, más allá de cualquier artificio, la clase de éxito que se puede alcanzar en este corto y mayormente penoso pasaje por la tierra.

Capítulo X

Irene se ríe del chiste de un animador de televisión. Tiene una taza de café en la mano que bebe de a sorbos. Un nuevo ataque de risa la hace tomar precauciones y dejarla a un lado en la mesa de luz, encima de unas revistas. Después de hacer el amor es usual que luzca radiante. Espero que su buen humor le dure lo suficiente: si tengo suerte, quizá hasta que alguno de los dos nos durmamos. Estamos acostados en su cama, en su coqueto departamento del barrio Cordón; Irene llamó y yo vine. Antes le sugerí que ella me visitara esta vez, pero se negó de plano. Por mi anómala conducta se había prometido no hacerlo hasta que hubiera "cambios contundentes" en nuestra relación, argumentando que, dada la situación, el que la viera o se enterara podía tomarla por una cualquiera. En cambio haciendo de anfitriona nadie pondría en entredicho la seriedad de sus intenciones, porque era ella la que recibía, la que toleraba, y en todo caso lo de "cualquiera" me lo endilgarían a mí.

-Este tipo sí que tiene chispa. Es de los pocos que me hacen reír. Y es bien uruguayo, no uno de esos porteños chabacanos- asevera Irene a modo de un manifiesto patriótico, que resalta nuestra superioridad frente a la ordinariez que en sus programas exhiben los habitantes de la otra orilla del Río de la Plata.

Estamos acalorados, desnudos y destapados. Afuera la noche es lluviosa y el viento empuja los cristales de las ventanas haciéndolos temblar. El ventilador de techo, con una lámpara encendida en el medio, gira velozmente sobre nuestras cabezas. Quiero concentrarme en la televisión para reirme con ella pero me doy por vencido... No me gustan los programas de entretenimientos. Suspiro y miro de lado los pechos pequeños y consistentes de Irene, pechos de adolescente de los que está orgullosa, pechos que esperan para amamantar al hijo que, porfiadamente, según ella, me niego a darle. Sus muslos largos me rozan, se pone de costado y aparece su trasero duro y erecto trabajado con exigentes sesiones diarias de gimnasia. Me imagino que dentro de un par de años se retocará la nariz y se alisará la

cara por lo cual puede que se vea bastante más joven que hoy. Mario, que fue quien me la presentó, me ha dicho que no encontraré una mujer tan honesta, trabajadora, de sentimientos tan nobles y estables. Su solo defecto, para su tormento, parezco ser yo. Según Irene mi persona es la barrera que la aparta de una existencia venturosa para la cual a su entender está plenamente preparada luego de varios naufragios sentimentales. Me lo ha repetido convencida, desafiante, para demostrarme que no se rebajará a un triste destino por mi culpa. Cuando le sugiero, para bajarla a tierra, que los hombres que me precedieron tal vez no pudieron con su vertiginosa dinámica, con su obstinación por planearlo y dirigirlo todo, lo niega rotundamente alegando que eran unos sinvergüenzas que sólo querían aprovecharse. Si le dijera que no quiero convivir ni tener hijos con ella porque para ello es forzoso tener necesidades que no poseo, no lo entendería y daría lugar a un excesivo interrogatorio y a una agria discusión que no me importa tener. No le puedo confesar que nada más que la inercia y los instintos más primitivos de sexo y compañía, como una marea recurrente me traen a su lado, hasta que los agoto, me voy y vuelvo cuando otra vez me reclaman. Admito que en su emprendedora personalidad no me costaría hallar un campo propicio donde desenvolverme, si la maquinaria de su mente no estuviera calibrada para apuntar tan rectamente hacia mí, tan a menudo y con tanto insistencia. Tampoco he tentado hacerle entender que no rechazo sus propuestas por las mismas causas que las rechazaron otros, que no me siento menoscabado en mi hombría cuando una mujer, como en su caso, detenta un fuerte carácter, sino que lisa y llanamente no estoy capacitado para el amor común, porque éste demanda proyectar en la otra persona una imagen propia que no poseo. Menos le puedo explicar entonces que no hay en mí una unidad rectora, una voluntad personal, que me veo como trozos de deseos ajenos que atesoro como míos si cumplen con la condición de no ser su destinatario, porque diría, y es comprensible, que estoy loco.

Una de las causas por la que no se resigna a darse por vencida, es probablemente porque cuando nos conocimos sinceramente le transmití una fantasía que se correspondía con la del de hombre forjado en sus desvelos de adolescente. Y a tal punto asimiló y retuvo esta imagen que hoy, ignorando una abrumadora evidencia en contra, aún se niega a abandonarla. No todos los días se encuentra un tipo maduro que sea agradable, sensible y condescendiente, algo culto y con

dinero suficiente ¡Quién iba a pronosticar que sería tan difícil ganarme para su causa! ¿Cuál sería la razón por la que me mostraba tan emperradamente contumaz cuando ella me hablaba de metas, de acciones concretas para afianzar lo nuestro? ¿Acaso lo que le ofrecía era vida para una mujer con ambiciones, con amor propio, nada desechable de ningún punto de vista por cierto? Me intrigaba por qué seguía soportándome. Puede ser que me viera como a un niño perdido y eso la enterneciera, o la trastornara no poder encasillarme para odiarme mejor, o que la conmoviera mi esmero por satisfacerla más allá de mis limitaciones, o encontrara atractiva la falta de lógica de mi comportamiento. ¿Podía intuir Irene mi clase de sufrimiento...? "Estoy segura que hay un obstáculo, algo concreto que no te deja tener ligaduras normales con la gente, algún miedo producido por una experiencia olvidada, de pronto en la infancia, no sé... Si no fueras tan cabeza dura y admitieras que necesitas ayuda podrías entrar en terapia y descubrir lo que impide que alguien como vos, capaz de crear y reflejar situaciones tan humanas cuando escribe, se integre al resto de los comunes mortales", me dijo hace un tiempo Irene con una indisimulable irritación. "Lo que me subleva es que nunca he podido discernir lo que me ata a vos. Se me escapa. Cuando estás tu presencia me inunda y soy feliz, pero cuando de improviso te evaporás como si algún mandato te obligara a esconderte, y no puedo localizarte, y cuando lo hago me contestás por teléfono de una forma evasiva, misteriosa, no te imaginás lo que me hacés sufrir. Por eso cuando estamos juntos me angustio pensando que no durará, que pronto volverás a ese lugar inaccesible en que te refugiás."

Terminado el programa Irene baja el volumen con el control remoto y me mira con ansiedad. Pienso en lo desprotegida y lejana que parece, en lo inaccesibles, frágiles y a la vez firmes que son sus creencias. Su cálida presencia, su desvelado amor están destinados a otro no a mí. He sido un usurpador, estoy ocupando un lugar que no me corresponde, soy solamente una burda imitación de ese otro hombre a venir que urdimos entre los dos: yo con mis descaminados apremios, ella con su instinto de mujer.

-No hay duda, los chistes tontos son los que me hacen reír más... Si no me equivoco a las diez pasan una película. ¿Te vas a quedar?- sondea Irene, con voz sedosa de gata a punto de encresparse.

Si me hubiera preguntado hace unos segundos le habría con-

testado que sí, es más lo tenía decidido de antemano, pero acabo de recordar que me comprometí a ayudar a mi hermana en la mudanza. Y es extraño, porque si bien esto es verdad, siento que lo utilizo como pretexto para mis súbitas ganas de marcharme.

-Mañana temprano se muda Fabiana y tengo que llevarle unas cajas y ayudarla a embalar sus cosas... Será mejor dejarlo para otra vez- digo contrito, con un aterciopelado tono conciliatorio.

Fabiana, mi reservada y competente hermana, se mudaba. Y no lo hacía sola, sino con su pareja: una linda pelirroja con quien convivía. No había sido fácil acostumbrarme a la idea, y eso que habían pasado años (poco después de mi regreso), desde que mi hermana, dándome una de las grandes sorpresas de mi vida, me confesó con su circunspección habitual que estaba enamorada de una mujer y pretendía irse a vivir con ella. Me quedé boquiabierto... En los veinte años largos que duró mi ausencia, Fabiana acompañó a mi madre en su viudez, mientras estudiaba para escribana; luego se recibió y llegó a hacerse de una buena posición. Que yo sepa no se le conocieron hombres, aunque tampoco nada que hiciera presumir una irregularidad de ese tipo. No le pregunté si mi madre alguna vez lo supo pero conjeturo que no. Estoy convencido que de haberse enterado no hubiera puesto el grito en cielo, aunque sí se habría amargado preguntándose dónde había fallado para que su única hija le saliera lesbiana. Pero lo que más la hubiera acongojado, creo, no habría sido el hecho en sí, sino el daño irreparable que podría acarrearle a Fabiana en el terreno personal, particularmente en su profesión, si llegaba a saberse. Y con relación a este aspecto del problema, a pesar del carácter reservado, pulcro y comedido de mi hermana, a su necesidad de conservar una apariencia neutra y profesional, me parece hubiera estado justificada su preocupación. Recuerdo que cuando me contó su secreto, lo hizo con una frialdad ceremoniosa, como la de quien va a comunicar una confidencia referente a otra persona. Me enteró también muy escuetamente, tal vez creyéndome acreedor a una compensación después de tantos años de ignorancia, que ya hacía tiempo había roto con la que fue su amante clandestina (durante diez años, me dijo), y su reemplazante (a la que conocí días más tarde, una joven pelirroja de dulces y regulares facciones) se llamaba Cristina. Mi hermana me preguntó si no le importaba que compartieran el departamento en el que vivió con mi difunta madre, que al fin y al cabo era mío también, y le contesté que hiciera lo que quisiera, que yo

estaba muy cómodo en mi piso, y en señal de apoyo le sonreí y le manifesté con calidez que le deseaba lo mejor. Nunca fuimos cariñosos o efusivos entre nosotros y esa vez no fue una excepción. Lo poco que pude interpretar como gesto de agradecimiento o de cariño fue cuando al despedirse, al abrazarme sin efusiones, rozó su cara con la mía y me dijo en un tono impersonal: "mi querido hermanito".

-Hay algo que quiero pedirte, Ricardo – me dijo Fabiana ese mismo día, muy compuesta, acomodándose las gafas, mirándome fijamente con sus iris castaños donde destellaban reflejos verdes, mientras esperábamos en el pasillo el ascensor-. Como entenderás ésta es una decisión importante tanto para mí como para Cristina. No creas que no estoy asustada. Sólo a vos se lo he contado y nadie más tiene que saberlo. Delante de los demás vivo con una amiga que paga alquiler y punto. Sé que no sería necesario que te pidiera esto... Perdoname si te ofendo, pero preferiría que no se lo comentaras a nadie. Si se hiciera público podría afectar mi trabajo y también el de Cecilia que está para recibirse de contadora y tiene un empleo en un Estudio importante. Además su familia se escandalizaría y se armaría un tremendo lío.

-Te aseguro que estuvo de más que me lo pidieras. Pero te entiendo y no me ofendo- le contesté utilizando sin querer su léxico y su tono atildado-. No se me ocurriría comentarlo y quiero decirte que es muy sensata tu reserva. Cualquier otra actitud sería contraproducente; podrías arriesgarte a ser la comidilla de unos cretinos y caer en desgracia. La idea de disfrutar tu relación sin perjudicarte es algo inteligente y vos y Cristina deben extremar las precauciones para mantenerla secreta- Me callé y quedé satisfecho de mis justos enunciados porque mi hermana fugazmente iluminó su cara con una espontánea sonrisa.

-Al final se muda- dice Irene contrariada-. Ese apartamento de tu madre es demasiado grande. ¿Lo van a vender?

-Sí. En realidad ya lo pusimos en venta en una inmobiliaria.

-¿Y qué va a ser de la chica que alquilaba?

-No sé... No le pregunté, supongo que se buscará otra cosa.

-¿Es imprescindible que te vayas?- pregunta Irene-. Ya sé, ya sé, es tu hermana. No tengo nada contra ella, al revés, siempre me cayó simpática, es adorable... Aunque permítame que te diga, Ricardo, tan rara y hermética como vos- Irene hizo una corta pausa y

continuó:- Y ya que tocamos este punto. Últimamente estás peor que nunca... Llevabas cuatro días extraviado.

- Vos me dijiste que no volviera...

-Sí, y después te llamé, te dejé un mensaje y vos nada- me replica Irene levantando presión, enrojeciendo, turbando sus armoniosos rasgos-. Hoy como es habitual en vos reviviste sin previo aviso, y luego que me preguntaste cómo andaba, sin esperar a que yo te respondiera comenzaste hablar de ese amigo tuyo, el médico, el que anda con esa muchacha joven. Me podés decir qué puede importarme a mí ese tipo... No sé por qué te preocupa tanto. Hablaste detalladamente de sus asuntos, te expresaste con una euforia que jamás utilizás para tus cosas. Si no fuera porque lo conocí diría que son puras fantasías tuyas. ¿Todo eso que sabés de él te lo cuenta cuando te visita o a partir del encuentro en el restaurante no volviste a verlo y estás inventándotelo todo?

-Claro que volví a verlo -declaré, sorprendiéndome con mi indignación-. Y lo sigo viendo. Me ha contados muchas cosas, otras las adivino, y es todo verdad lo que te dije. Está dispuesto a cambiar de vida a instancias de esa muchacha; me habló de la posibilidad irse al extranjero, de dejar una profesión que no lo motiva. Como te dije los únicos obstáculos son el hermano de Cecilia y la madre de su hijo.

- Muy interesante. ¿Vamos a empezar otra vez? ¿Y la novela...? -Irene me mira pensativa, ¿teme por mi cordura? Vacila y después concluye aliviada-: Ah, ya entiendo, la novela...

- No -vuelvo a emplear un tono enojado-. He abandonado mi proyecto hasta no tener un panorama más definido de lo que quiero. Entretanto no pierdo el tiempo, pienso constantemente en los personajes, me dan vueltas en la cabeza... Va a llegar un momento en que todo se vuelque en el papel -miento y me incorporo de la cama-. Bueno, ya es tarde, será mejor que me vaya.

-Como siempre me quedo en ascuas... Estoy harta Ricardo- Irene sale de la cama indignada, se viste y yo hago lo mismo. Me mira con furia, amenazándome con su dedo índice-. Esta vez te pido en serio que no me llames ni vengas. Yo prometo que no llamaré ni iré a buscarte. Esta vez sí estoy segura, lo necesito, ¿entendés? -suspira, se deprime, su voz se quiebra-. Cuando te vas quedo apenada, preocupada, y no quiero seguir así. Merezco algo mejor que un hombre que viene de visita cuando se le antoja, hace el amor y se va.

Estoy cada vez más cerca de los cuarenta y no me queda demasiado tiempo. Me merezco a alguien que quiera lo mismo que yo, una familia, hijos, una vida en común. Necesito no verte más porque no tenés nada que ofrecerme y sé que no vas a cambiar. No puedo seguir así indefinidamente.

Me pongo los zapatos y ella sigue hablando. Lo lamenta mucho pero ya no aguanta más, ¿yo lo lamento? Sí, claro, le contesto. Pero no se nota demasiado. Lo que pasa es que todavía no me he hecho a la idea. Pero es necesario, Ricardo, decime, ¿no estás de acuerdo? Sí, estás en todo tu derecho, le digo y pienso que la noto determinada y me alegro. Ojalá esta vez cumpla su palabra, es muy probable... Ojalá encuentre al hombre que le brinde aquello de lo que se siente digna. Si es éste su genuino propósito y está tan profundamente afincado en ella, no debe darse por vencida. Mi papel consistirá en ayudarla esfumándose. Si me llama, si desiste, si me suplica, no lo permitiré, seré yo el que la empuje, el que la anime a librarse de mí.

"Deseo, no hay motivo para que no sea así, tanto la felicidad de Irene como la de Ángel. Me complace ayudar a que cada uno materialice lo que le da ánimos para arrostrar la vida, y haré lo que pueda para que no desfallezcan. Es un emocionante milagro el que seres hechos para la caducidad y el olvido se esmeren en construir algo que los supere, que tomen en serio, como una cosa preciosa sus sentimientos. En consecuencia a Irene le dejaré el camino despejado, y seguiré apoyando a Ángel, por más que en su relación con Cecilia es poco lo que puedo influir al tener ésta su propia dinámica y depender de factores que están más allá de mi alcance."

Empeñado en llevar a la práctica lo que mi amigo quiere y necesita, desde hace días una idea pasea por mi mente y poco a poco ha ido adquiriendo relieve hasta volverse un claro designio. La ex-esposa de Ángel, una maldita, se ha convertido en un escollo insalvable, en una irritación sistemática para él. La paranoia galopante de esta mujer, sus llamadas plagadas de insultos, su utilización del niño como rehén de un odio implacable, continuarán si alguien no la para. Es claro que mientras ella viva Ángel no tendrá paz, que le envenenará cualquier empresa saludable. Por tanto he decidido volver a intervenir en la vida de Ángel allanándole el camino, salvándolo de su más encarnizado enemigo. No hay duda que nadie aparte de mí puede hacerlo, no sólo porque tengo los motivos y las manos libres, sino porque valoro tanto la justa tarea que me he impuesto como la opor-

tunidad inigualable que se me presentará. Me encuentro ante la posibilidad de que por primera vez (cuando asesiné a Damián en el balneario no lo supe aprovechar, no estaba preparado) un acto realizado en nombre de otro, con los deseos de otro, me lleve a un compromiso definitivo con mi naturaleza.

-Esta puede ser la última vez que nos veamos- dice una Irene llorosa, dudando antes de abrirme la puerta de su departamento. ¿No tenés nada que decirme?

-No, nada- digo, y la miro a los ojos con simpatía antes de escabullirme hacia el pasillo. Ella va cerrando la puerta lentamente, espiándome entre lágrimas, aguardando mi arrepentimiento. No bien escucho el sonido seco de la cerradura, algo más violento de lo esperado, me despojo de mi humilde máscara de embarazo y experimento un plácido alivio que con el correr de las horas, al recordarlo, se tornará en un sólido bienestar.

Capítulo XI

El proceso por el que atravieso, independiente de cualquier control, me está afectando de tantas formas que es imposible evaluarlo como quisiera. Mi humor va de un desbordante optimismo a la inquietud más profunda por motivos ínfimos; fácilmente me conmueven situaciones que antes me hubieran dejado indiferente. Para citar un caso, hace unas semanas, cuando fui a ayudar a mi hermana con la mudanza, y ella, sonriente como pocas veces la he visto, con su atractiva novia pelirroja a su lado, me sorprendió dándome un apretado beso en medio del living desmantelado, estuve al borde de soltar las lágrimas (Fabiana lo notó y como si lo hubiera tomado como un reproche, conteniéndose volvió en segundos a su clásica frialdad). O me he vuelto un sentimental, me dije, o es que sin importarle el salto decisivo que estoy por dar, una parte de mí se aferra nostálgicamente a la idea de la persona que nunca fui. Lo que me sorprende y al mismo tiempo me alienta y ratifica mis esperanzas, es que ahora puedo entretenerme en tales estados de ánimo (gracias a Ángel he sabido también lo que es sentirse contento, esperanzado, rabioso, temeroso e incluso desesperado) sin temer como antes mi disolución. Sé, por otro lado, que el mundo me está prestando estas vivencias que no son mías, pero lo valioso es que he conseguido asimilarlas y unir las por vez primera en una entidad que me pertenece no como un "yo", sino como una totalidad de la que soy parte. Ciertamente no desconozco la peligrosa debilidad de esta situación que puede desmoronarse y precipitarme a mi estado anterior al menor contratiempo. Soy conciente que no he conseguido asentarme aún en lo que quiero, que estoy en tránsito hacia logros que me darán la estabilidad y las fuerzas para instalarme en el preciso punto del universo en el que quiero estar.

En tanto espero me atengo a mi rutina. No dejo de levantarme temprano, ducharme, afeitarme, vestirme y acomodarme finalmente en una mesa del bar de la esquina donde leo el diario y a veces me quedo un buen rato platicando con los parroquianos, que son inevita-

blemente los mismos. En los días soleados doy una vuelta en el coche, o lo estaciono y paseo por el Jardín Botánico del Prado, lo que me brinda un gran sosiego. Justamente hoy en la mañana, atravesé este parque descuidado, de soberbios árboles de diferentes especies a los que nadie se ha preocupado por devolverles los pequeños carteles con sus nombres, y aprovechando una inmovilidad veraniega perfecta me dediqué a disfrutar del paisaje, como si no hubiera nada más importante. Me senté bajo un eucalipto en uno de los bancos que bordea el sendero, y dejé que el sol bañara mi rostro ya tostado, mientras contemplaba las altas ramas cargadas de hojas contra la bóveda del cielo, y a los atareados pájaros que las usaban como cimbreantes pistas de aterrizaje. Vi desfilar ante mí una indolente pareja de jóvenes abrazados, una viejecilla harapienta con un pañuelo rojo en la cabeza, al gordo cuidador silbando la cumparsita con una escoba en las manos. Un loco, de entre treinta y cuarenta años de edad, que ya había visto en otras visitas, muy flaco, de cara curtida y famélica, una profusa barba que le caía hasta la mitad del pecho, vestido con un roto traje negro con los tres botones del saco extrañamente prendidos sobre una camisa blanca con cuello y puños renegridos, enfiló derecho donde yo estaba, se sentó a mi lado y sin mirarme comenzó a hablar su idioma incomprensible. A pesar del aire puro del parque, el vaho nauseabundo que despedía me llegó de lleno y me provocó náuseas. Lo soporté estoicamente y en vez de alejarme permanecí un rato más en mi lugar para oírlo pronunciar sus palabras inventadas, sus originales parrafadas que acompañaba con movimientos enérgicos de las manos como si estuviera pronunciando un encendido discurso frente a una multitud que lo aclamara. Probé repetidas veces interrumpirlo diciéndole entre otras cosas: escúcheme, ¿me podría prestar atención?, tengo un pedido que hacerle, ¿cómo se llama?, hasta recité unos versos patrióticos de Zorrilla de San Martín imitando la gesticulación del desquiciado, pero sin inmutarse éste siguió su monólogo ignorando mis esfuerzos. "He aquí alguien a quien nunca podría ayudar o entender. Un ser aparte, inalcanzable, sin redención ni esperanza, una muestra vívida de lo que podría haberme sucedido de no haber reaccionado a tiempo." Cuando me incorporé del banco y emprendí el camino hacia la salida del Parque insólitamente el loco se calló e imitándome me siguió a unos metros de distancia hasta que me subí al auto. Encendí el motor, bajé la ventanilla, y sin hacerme muchas ilusiones saqué un billete del bolsillo de mi

pantalón y se lo acerqué. Ni corto ni perezoso el loco prácticamente se abalanzó sobre mi mano y por un instante sentí el roce de unos dedos aceitosos y unos ojos legañosos, febriles que me miraban como si escrutaran las profundidades de mi mente. Enseguida, billete en mano, esa figura flaca, extravagante, distorsionada, desde la acera mancilló el aire quieto de la mañana con una risa cascada que me hizo estremecer. "Maldito hijo de puta", pensé dominándome. "No tenemos nada en común. Siempre estaremos en extremos opuestos."

Esporádicamente algo me interesa lo suficiente como para arriesgarme a ir al teatro o al cine, con la diferencia que ahora nadie me acompaña. La explicación es que la soledad es una aliada confiable y eficaz que me mantiene concentrado y alerta. Por otro lado, para evitar demasiadas distracciones, la mayor parte del día la paso tumbado en la cama, escudriñando las figuras cambiantes de mis pensamientos, cuidando las certezas, desechando temores, barajando posibilidades. Generalmente me duermo y me despierto varias veces por lo que confundo fácilmente la vigilia con el sueño y tengo reminiscencias de hechos que nunca ocurrieron en los que mi presencia vaga con identidades desconocidas que cambian con infinita recurrencia. Por las noches salgo a caminar por los alrededores o voy a buscar, cada vez más menudo, a la puta callejera que resultó llamarse Soledad. Ésta sigue complaciéndome con su actitud medida, aunque al ir creciendo la confianza ha tomado algunas iniciativas que no he desalentado. Sin que le preguntara me contó que tiene dos hijos, una nena de ocho y un varón de seis, a los que cría junto con su tía materna en una casa de los suburbios. Su madre murió al parirla, y su infancia la pasó esclavizada y acosada por un padre borracho que la violaba rutinariamente al igual que a sus dos hermanos varones (ella es la menor), hasta que el mayor, con escasos catorce años, lo mató con un cuchillo de cocina cuando ella tenía diez (se llama Pablo y actualmente está libre, en Brasil), y ella y Julián, que ahora es milico de comisaría, se fueron a vivir a la casa de la susodicha tía, que los adoptó y a ella la ayudó mucho iniciándola en el oficio. Me ha recalcado unas cuántas veces que no tiene hombre desde que hace un año echó a su único fiolo hasta la fecha. Éste se apodaba "el loco" y ahora estaba preso por un asunto de drogas.

-Ése me usó, me trató siempre como una perra- dice Soledad, esta vez con voz de mujerzuela rencorosa. Sus manos de dedos cortos, con uñas largas pintadas de un rosado brillante, de piel translúcida

con venas azuladas transcurriendo en el dorso, se mueven agitando el aire denso de mi habitación-. No te voy a decir que no fue nada para mí, tenía cara de actor de cine, pero después engordó y se transformó en un cerdo. Lo que digo es que yo era muy joven, casi una niña, y él, que tenía diez años más, hizo lo que quiso conmigo. Tuve mis dos hijos con él; mi tía fue tan buena que lo dejó vivir en la casa, a esa basura... Mirá como será que lo alimentamos, lo vestimos, ¿y vos creés que al conchudo le importó algo? Para rematarla era muy hijo de puta, le teníamos miedo... Cuando se emborrachaba traía cualquier sucia a casa y yo me tenía que encerrar con los nenes en la habitación de mi tía que sufre del corazón y no sé cómo aguantó, hasta que se le ocurría despertarse y llevarse a la tipa. Al final conseguí echarlo. Le pedí a mi hermano, el milico, que hiciera algo... Él a esa altura ya estaba metido en la venta de drogas, siempre andaba con guita pero yo no veía ni un peso, al revés, el muy puto me seguía sacando todo lo que ganaba y todavía me exigía más. Cuando mi hermano lo enfrentó se acobardó y se fue, después lo metieron en cana y espero que se pudra adentro. Lo mejor sería que lo mataran así no me viene a joder cuando lo suelten.

Especulé que al faltarle el "loco" extrañaría la presencia de un tipo que la contuviera. ¿Se le había pasado por los sesos que podía ser yo el sustituto? Apostaba que sí, y no podía ser otra la razón por la que ahora no se apuraba a marcharse después de concluir con las obligaciones de su ministerio. La semana pasada, antes de dirigimos al dormitorio, me pidió permiso para preparar café, luego para ducharse y permaneció un buen tiempo en el baño. Cuando salió envuelta en una toalla, me preguntó si podía quedarse hasta el otro día y me dejó hacerlo gratis. ¿Me habrá visto futuro como proxeneta? ¿O será que mi estado tiene la virtud de despertar el instinto maternal de las putas? De pronto mi vieja, artificial e inútil personalidad al descomponerse ha fijado aspectos de mi más tierna infancia y ella puede captarlo. Tal vez por eso al hacerle el amor ahora me entretengo tanto succionando sus pezones, a modo de un regreso parcial y selectivo a etapas rudimentarias de conducta. Como sea no dejo de juzgar muy interesantes los cambios experimentados por Soledad, más teniendo presente que en nuestro penúltimo encuentro, mientras se hamacaba de espaldas, subida sobre mí (la posición en la que según ella se corría con más facilidad), me pidió imperiosamente que le tirara con todas mis fuerzas de los cabellos, y luego, casi supli-

cándome, que la golpeará. ¿Por qué no iba a complacer -me dije- un deseo tan auténtico? No se me ocurrió ningún motivo para negárselo. Así que la hice darse vuelta para poder mirarla y le asesté a lo primero unas cachetadas tímidas, sin brío, aunque al notarla decepcionada fui aumentando mi energía hasta aplicarle sendos puñetazos que nos excitaron tanto que los dos terminamos juntos en un explosivo orgasmo. Hace dos o tres días, Soledad apenas entró en mi departamento comenzó a contarme de un cliente joven al que le permitió echarse dos polvos gratis por lo bueno que estaba. Enseguida reparé en lo que estaba buscando y le cuestioné con dureza su conducta. "Y vos quién sos para decirme lo que tengo que hacer. Además no me levantés la voz, pedazo de mierda", me dijo, y era tan evidente lo que quería que me pareció innecesario contestarle. Me limité a golpearla sin miramientos y ella comenzó a aullar y a llorar histéricamente y hasta se arrodilló para rogarme que parara. Después que nos aquietamos, tuvimos un intercambio de ternezas en la cama ajeno a toda violencia. Entre caricias me hizo a su manera una declaración de amor: me planteó sin rodeos que si yo quería podía conseguirle clientes y ella me daría lo mío. "No creo que te guste estar solo. Yo puedo venir más seguido si querés... Alguna vez me puedo quedar un fin de semana, ¿te parece bien? ¿Sabés...?, sos un tipo bastante raro, en realidad creo que estás algo mal de la cabeza. Pero igual me gusta, me gustan así, medios chiflados, maduros, altos, flacos, con el cuerpo velludo, con pinta de intelectuales... Además, no sé cómo, pero parece que te conociera desde siempre ". Estas palabras que de proceder de otra las hubiera recibido con frialdad, en ella me causaron regocijo y me sonaron esperanzadoras. Pensé: "En este pequeño país, ignorado por el mundo, he encontrado al fin una puta con buen tino".

-Claro que quiero que me la presentes. ¿Cuánto dijiste que cobra? - preguntó Mario cuando le ofrecí a Soledad, luego de almorzar en un restaurante de la Aduana, anteayer al mediodía. La cara de mi amigo mostraba desconcierto, me observaba para convencerse que no se trataba de una broma.

-Quinientos pesos y se queda toda la noche. Es tranquila y tiene buen juicio, además es cien por ciento profesional. Te doy su número de celular y la llamás. Te informo que le gustan los tríos, cuartetos y todos los "etos" que se presenten. También accede a cualquier inclinación más allá del acto común, si es que tenés alguna.

-El escritor y la puta... ¿Acaso la administrás? Cada día una

sorpresa contigo- dijo Mario azorado.

-Sólo hago lo que ella quiere y me pide. No me interesa el dinero, pero si ella insiste estoy dispuesto a aceptarlo. Aunque lo que me atrae realmente, te confieso, es la idea de poder sacudirla de vez en cuando, de llegar a creer junto con ella que tenemos motivos para pelearnos, que siento los celos que ella me reclama. Cuando la oigo insultarme es como si escuchara la campana de un round de boxeo y empiezo a golpearla hasta el momento sin par en el que brotan sus lágrimas preludiando lo que puede ser una dulce o salvaje reconciliación en la cama -dije con un dejo humorístico para no escandalizar a mi amigo, el ex-dentista admirador de Nietzsche, que en el fondo, a despecho de la honradez de sus intenciones, no era más que un moralista. Y como la moral es la creadora de un denso monólogo interior, con el que presumo convive Mario, en el que se imponen contradicciones que de otra forma no existirían y se afinan hasta límites insospechables los juicios y cuestionamientos dirigidos unas veces a uno mismo y otras hacia los demás, descorazonado me dije que era improbable que la llamara.

Si bien no desconozco que mi relación con Soledad va aumentando su importancia y se agrega a la serie de novedades que se vienen produciendo desde que vi el camino a seguir, este prometedor vínculo con la prostituta (tanto que podría constituirse en una vía alternativa) no puede desplazar aún el que he creado con Ángel, cuya historia me es indispensable para culminar los cambios cuyos beneficiosos efectos ya estoy sintiendo. En mi última plática con él, el fin de semana pasado, no dejó de insistir en su convicción de poder conquistar el corazón de Cecilia. Aunque admitía, ya casi sin cuestionárselo, que entre ella y el hermano existía algo escandaloso que nunca le confesaría y Ángel prefería no preguntárselo, que premeditadamente o no, lo estaba usando para recuperarlo, confiaba de una manera supersticiosa (utilizó varias veces el término "destino") en su capacidad para salvarla. Escuchándolo me dije que si Andrés, su joven oponente, era intransigente en su propia desesperación, Ángel no se quedaba atrás y estaba decidido y lo suficientemente desesperado. Con una seguridad patética me dijo: "Mi futuro es inseparable del de Cecilia", y divagó con pupilas brillantes acerca de sus planes para un nuevo comienzo.

Mientras Ángel improvisaba argumentos para su fe recordé a Cecilia en nuestro primer encuentro en el restaurante, cuando mi

amigo me la presentó. Ya ahí pude captar una insólita pureza en ella, una pureza que era imposible definir o encasillar. Sus relaciones con su hermano debían haber sido febriles e intensas... ¿La dominaba aquel joven caprichoso, autodestructivo? ¿O era ella la que lo perseguía y prefería verlo destruido por las drogas antes que lejos de su influencia? ¿Y qué representaba Ángel para Cecilia...?, ¿un instrumento?, ¿un idílico remanso de agua fresca en medio de tanto fuego?, ¿y si fuera una combinación de ambos en qué proporción entrarían? No tengo por qué dudar que Cecilia creyera sinceramente estar inspirada por la voluntad de salvarse de su pasión incestuosa al adivinar en el consultorio el amor que Ángel podía entregarle, pero lo que me pregunto es si ésta pasión, por medios arteros, no ha estado dirigiendo embozada los hilos de la trama esperando el momento justo para salir a plena luz e imponerse. Según Ángel Cecilia descubrirá que gracias a su iniciativa de desnudarse en el consultorio y lo que sucedió entre ellos después, lo que la impulsaba ya no eran los celos o el despecho, sino darle a su hermano la oportunidad de recobrar la esperanza de la misma manera que ella lo estaba haciendo. Eso es lo que se esforzaba por creer mi amigo el médico y yo con él.

-Cecilia consiguió hacer una copia de las llaves que Andrés tiene de la casa de los vecinos sin que éste se diera cuenta. Ella lo planeó todo... -me dijo un Ángel empecinado en sus creencias-. Lo haremos la semana entrante, ahora que regresó su padre y antes que vuelva a marcharse. Los sábados de noche casi siempre salen los tres y llegan de madrugada. Cuando lo hagan vamos a estar esperándolos en el cuarto de Cecilia. Desde su ventana nada obstaculiza la visión y estamos lo suficientemente cerca. En cuanto se enciendan las luces de la planta alta, cruzaremos la calle y entraremos por la puerta principal. De algún modo encontraremos la escalera, subiremos y veremos lo que haya que ver. Me imagino que entonces llegará el momento de irrumpir en el dormitorio de los vecinos y Cecilia los encarará increpándolos, asustándolos con amenazas. Al otro día ella se lo contará a su padre en mi presencia y éste intervendrá, se enfrentará al matrimonio vecino y tal vez haya gritos, insultos, pero no trascenderá. El padre de Cecilia no dejará opción a Andrés y se lo llevará a Méjico; lo pondrá a trabajar en alguno de sus negocios. Cecilia me dijo que si quería, también nosotros podíamos irnos, que a ella le parecía lo mejor, aunque sabía lo que me costaría distanciarme de mi hijo "De ahí ningún obstáculo impedirá ocuparnos de nosotros

misimos, de nuestro porvenir...", fueron sus palabras textuales.

-¿Y vos qué le respondiste a la idea de irte a Méjico?- interrogué.

-No le respondí nada. Pero me sería muy difícil si tengo que apartarme de Javier... – contestó Ángel-. Igual esto no es algo tan urgente de decidir, lo iré madurando con tiempo.

Quiero creer que todo se encamina a un final feliz, lo ansío con la misma viveza que Ángel. En lo que a mí respecta ya me he puesto en campaña para ocuparme de Beatriz, su ex-mujer. Mi idea es hacerlo después que Ángel y Cecilia hayan salvado la prueba de la madrugada del domingo. Lo tengo todo calculado en detalle y será sencillo. Fácilmente he averiguado interrogando a mi amigo en tono casual, cuál es el apellido de la mujer y el de su actual esposo. Después de saber que viven en una calle de mi mismo barrio (a unas diez cuadras de mi departamento), no tuve más que mirar en la guía para saber la dirección exacta. Informado por Ángel que Beatriz hace años trabaja en un Laboratorio por la mañana, entre semana me preocupé por apostarme con mi auto en tres ocasiones frente a su casa y la vi salir a las siete, sacar su vehículo del garaje, descender del mismo para bajar la cortina metálica, dejándolo en marcha, y luego volver a subirse y maniobrar marcha atrás para enderezarlo en la calle y arrancar con un chirrido en los neumáticos. Por la descripción de mi amigo no me cupo la menor duda que se trataba de su ex. Gracias a la constancia que he tenido de imaginármela, se ha hecho, como los otros participantes de la historia, una persona familiar. Una mujer de unos treinta y cinco años, rondando el metro sesenta y cinco de estatura, obesa y robusta. Su piel es blancuzca y desde el auto colocado a pocos metros he podido visualizar pecas en una cara cuya armonía se ve alterada por una nariz curva y algo pronunciada. Lleva los cabellos cortos, con un peinado varonil. Sus movimientos y gestos son rudos y determinados (¿fue eso lo que más sedujo a mi amigo?), y según él tiene una voz afónica que imprevisiblemente se vuelve chillona al avanzar en la conversación. Por lo que vi carece de cualquier elegancia (la vestimenta una vez le quedaba demasiado justa y la otra demasiado holgada), su semblante constantemente está serio y tiene una tendencia a cabecear como si estuviera confirmando juicios terribles dirigidos a personas invisibles.

Cuando él la conoció era una chica de buena figura, de cabello largo, castaño claro, que le caía libremente por la espalda y adelante

terminaba en un corto flequillo. Su personalidad resuelta que se manifestaba en epítetos lapidarios, sin réplica posible, atrajeron a un Ángel que con el exilio se había debilitado y era propenso a caer en trampas sentimentales. Todo estaba dispuesto para que se inmolará en una relación afectiva con escaso discernimiento, sin detenerse a meditar en lo siniestra que podía llegar a ser una mujer inconveniente. Su capacidad de elección se hallaba aturdida por la desorientación generada por su regreso. Volvía de otra realidad, de otra cultura, liberado de viejos dogmatismos en cuanto a ideas políticas, pero con la categórica resolución de casarse, tener una familia y establecerse, para acceder al cielo de las pequeñas satisfacciones de una vida burguesa convencional Sin especular sobre las ventajas de gozar de una gran libertad y un futuro sin complicaciones, ansiaba inconsideradamente atarse a una mujer, y cada día que pasaba en solitario se le figuraba una tortura. El estorbo más grande a sus proyectos en aquel tiempo lo constituía sus escasos recursos económicos. Su padre había fallecido mucho tiempo atrás y estaba conviviendo en un departamento céntrico con su beata madre que disfrutaba de una pequeña pensión y más que nada era mantenida por sus dos hijos mayores, Carlos e Isabel. El dinero que Ángel había ahorrado en el extranjero le alcanzaba para no pedir prestado mientras terminaba su carrera de Medicina.

Fue preparando su última materia que conoció a Beatriz. Ella era una enfermera que estaba a punto de recibirse de nurse y desde el principio reparó en ella. Mientras él examinaba, auscultaba, percutía y maniobraba bebés, para luego escribir una historia clínica, la observaba trabajar en el sector de Maternidad del Hospital Pereira Rossell. Era atractiva, inteligente, educada y competente. A medida que la fue conociendo (ella le sacaba conversación, se ponía a su lado para aprender) Ángel fue adquiriendo la convicción que aquella era la mujer que necesitaba, y dando un paso adelante se ofreció a ayudarla en sus estudios. En ese momento ella tenía un novio de cara bonita, ademanes sumisos, que la iba a buscar a la salida de su turno y al que trataba con frialdad abusiva. Sin titubeos ella aceptó su ofrecimiento de ayuda y así él comenzó a ir día por medio a su casa. Vivía en un barrio de clase media, en una casa amplia, con un pequeño fondo. Era la menor de cuatro hermanos. Una mal cálculo llevó a un matrimonio maduro a procrear a su única niña a la que consintieron peligrosamente. Un padre jubilado de escribano, con algunas rentas, y una madre nostálgica de los tiempos en que su familia de antepasa-

dos vascos franceses poseía tierras y se codeaba con lo más granado de la sociedad montevideana, convivían con Beatriz bajo el mismo techo. Sus hermanos mayores eran profesionales y se habían independizado. Para Ángel a esa altura era incuestionable que en su búsqueda de estabilidad había encontrado la persona indicada. Desde un principio fue tratado con pródiga hospitalidad por un suegro avejentado y servicial con el que tenía entretenidas charlas, y una madre que se esmeraba en hacer notar su educación y selecta cuna. Beatriz a su vez, no podía ser más solícita y amable con él. Durante el par de horas que pasaban juntos Ángel trataba de presentar hermoseándola su imagen de exilado político, de futuro médico, de hombre de mundo con espíritu altruista, de individuo acostumbrado a los reveses que procuraba una relación seria y definitiva. No quería engañarla, pero sí seducirla, y por tal razón desempeñaba su papel con absoluta buena fe, sin importarle que las ínfulas revolucionarias de antaño hubiesen derivado en ideas eclécticas, que, como las anteriores, radicales y fogosas, lo habían ayudado muy poco en la tarea de conocerse a sí mismo. Gracias a su decisión de aparearse y establecerse se mostraba como alguien sabio y controlado, que sabía muy bien quién era, lo que quería y adonde iba. Así estaban las cosas entonces: un hombre de treinta y cuatro años en busca de un hogar pacífico que encuentra a una joven de veinticuatro a la medida de sus sueños. Con esa seguridad puesta en lo que perseguía no le costó mucho trabajo convencerla, y al poco tiempo Beatriz ya había dejado al pelele de su novio y protagonizaban un apasionado romance que culminó con un embarazo a los pocos meses de recibirse Ángel de médico. Hubo un casamiento relámpago para salvaguardar las apariencias que se realizó con ella de blanco, con cura, altar e Iglesia completa. Y bueno, ante aquel presente que lo colmaba, a Ángel nada le hacía conjeturar lo que vendría. Los pequeños conflictos en la pareja en aquel proceso previo al matrimonio, fruto sobre todo de la rapidez con que se desarrollaron los acontecimientos, serían en su memoria un oasis de paz al lado de lo que llegaría más tarde. Viajaron de luna de miel a Buenos Aires y todo transcurrió idílicamente. Al volver fueron a vivir a un departamento céntrico, alquilado antes de casarse, y ambos comenzaron a trabajar en mutualistas diferentes (y él además a asistir a los cursos de especialización). Por desgracia aquel horizonte que Ángel se había figurado tan inocente y abierto, progresivamente fue viciándose y obscureciéndose hasta alcanzar la

categoría de una verdadera tormenta llegada para quedarse. Ya a los pocos días de la luna de miel comenzaron los problemas de convivencia. Primero fueron los celos enfermizos dentro de los que Beatriz abarcaba desde enfermeras, doctoras, compañeras de estudio, ex-novias que Ángel alguna vez había cometido el error de nombrar, y hasta la propia madre de Ángel que se convirtió en uno de los blancos preferidos de un delirio que transformó la vida de mi amigo en una auténtica pesadilla. Por motivos absurdos, inventados adrede para agredirlo, Beatriz tenía ataques de histeria donde como una poseída se abalanzaba sobre él arañándolo y golpeándolo salvajemente. El sufrido Ángel quería creer con la mejor buena voluntad que aquel comportamiento podía ser pasajero y trató de sobrellevarlo todo en nombre del sueño ideal con el que estaba comprometido. Lo hizo hasta unos meses después del nacimiento de Javier, su hijo, pero cuando vio que ella -que venía de un corto período de relativa calma que le hizo concebir esperanzas-, volvía a las andadas y lo atacaba con una saña cada vez mayor, antes de volverse loco o que todo terminara en tragedia tuvo que abandonar a Beatriz e irse transitoriamente a la casa de su madre. Casi sin hacerse ilusiones, antes de la separación definitiva, haciendo de tripas corazón probó dos veces más la convivencia con el mismo resultado, por lo que las cosas derivaron en un divorcio al cumplir su hijo un año de edad. De ahí en más siguió la batalla por el dinero, por los días de visita, las denuncias contra él por agresiones inexistentes; tuvo que sufrir insultos desopilantes en persona o por teléfono, y para colmo soportar el desparpajo vengativo con el que Beatriz le dio la noticia que estaba embarazada del ingeniero con quien salía (como si a él a esa altura le importara), al que conoció estando casada con Ángel, y, según ella, no sabía si mintiendo para humillarlo o por enrostrarle una torturante verdad: ya desde entonces se acostaba con el tipo. "Porque siempre fuiste un cornudo, ¿sabías?, un cornudo de mierda, un don nadie, un muerto de hambre", le decía con la vista dirigida al cielo, con acento histérico, disonante, actuando como lo que era, una demente lo suficientemente inteligente para pasar ante la gente por cuerda. Hoy en día era una proba ama de casa, con una familia constituida, cuyo marido, al que "adoraba", le había conseguido un buen empleo en un Laboratorio (nunca se recibió de nurse), que cuidaba a sus hijos fomentándoles cristianos valores familiares, al revés de su ex-esposo, "un desarraigado que vive solo porque nadie puede aguantarlo".

-Porque si al menos su nuevo matrimonio la hubiera tranquilizado -dice Ángel con expresión resignada, en su tercera o cuarta visita a mi apartamento-. Pero no, siguió jodiéndome, utilizando a Javier para torturarme, inventándole enfermedades los días de visita, llevándoselo para afuera en su cumpleaños, evitando que pasara con él la fiesta que me correspondía según lo acordado en el divorcio. Una vez, harto de todo, le dije que la iba a denunciar, y entonces ella se me rió en la cara y a la semana siguiente se vengó acusándome en una comisaría que maltrataba al niño y le daba malos ejemplos, que traía en su presencia prostitutas a mi casa, que le enseñaba revistas pornográficas, que ese mismo día la había atacado, aporreado, y exhibió moretones recientes en brazos y piernas a los policías, lo que hizo que me citaran y tuviera que gastar lo que no tengo en abogados. Y no creas que hoy por hoy las cosas han cambiado mayormente.

-¿Se llevaban bien en la cama?- pregunto procurando distraerlo, viendo que lo que me cuenta lo está afectando.

-No sé qué interés puede tener... Pero sí, era en lo único que nos complementábamos. Pasábamos de la violencia a la sensualidad en segundos. Era un círculo vicioso repugnante -responde sorprendido.

-¿Ella era virgen cuando te conoció?- vuelvo a requerir sin que él sepa si reír o tomarme en serio.

-Sí, o por lo menos eso me hizo creer, aunque entiendo que una virgen de más de veinte años no deja de ser sospechosa... ¿Vos creés que eso tiene algo que ver?- Ángel se hamaca con nerviosismo en su asiento del lado opuesto de la redonda mesa del living. Me mira con los párpados entrecerrados, dudando de la dirección de mis ideas.

-Puede ser - empleo un tono imparcial, evitando cualquier inflexión que pueda interpretarse como sarcasmo-. Vos la desfloraste... No me gusta dármelas de sabio pero hay quien dice que este acto puede ser tomado como una agresión por algunas mujeres y las llevan a una permanente hostilidad, sin importarles incluso que las relaciones con su pareja les produzcan un goce satisfactorio.

-Es una teoría interesante... No la conocía ni se me había ocurrido nunca- dice mi amigo condescendiente, sonriendo, reconociendo mis buenas intenciones-. Eso explicaría por qué con su nuevo esposo vive en absoluta armonía, y en cambio a mí me sigue odian-

do....-Y añade suspirando-: De todas maneras reflexionar en este caso sobre probables móviles ayuda poco y nada a resolver la cuestión.

-Esto es un hecho, Ángel, y a eso iba. Tu ex-mujer es y seguirá siendo tu peor enemigo, y no es con muestras de debilidad que vas a detenerla -digo remarcando deliberadamente esta última frase.

-Mi experiencia es que si la ataco causo una espiral de enfrentamientos que no conducen a nada- protesta él.

-Tenés dos opciones -digo con un tono tajante, que suavizo de inmediato para no ofenderlo-. Una es alejarte y abandonar a tu hijo. Eso es válido pero nada fácil y tendrás que evaluar si podés absorber la pérdida. La otra es enfrentarla, hacerle lo mismo que ella te hace a vos, molestarla permanentemente con abogados, demandas, audiencias, hasta que te respete y se calme.

-Mirá Ricardo... - dice con cansancio-. No creas que no valoro tu interés por lo que me pasa, pero este es una cuestión muy complicada para mí y me cuesta tomar una decisión. Tengo miedo a las consecuencias, a que todo resulte en un infierno peor. Por otro lado no puedo dejar de ver a Javier.- Agacha la cabeza y la mueve negando. Yo me quedo en silencio y decido no insistir. Comprendo que el asunto lo sobrepasa, que su ex-esposa con su juego asqueroso de herirlo a través de la manipulación de su hijo ha logrado intimidarlo.

"Soy conciente que Ángel no tendrá paz hasta que resuelva este problema. Y como no se le puede pedir por ahora una medida extrema, y menos violenta, es la ocasión indicada para mi entrada en acción. Me encuentro preparado y apto para realizar limpiamente y sin involucrarlo lo que él no se atrevería aunque tuviera la seguridad de no ser descubierto. ¿Quién sino yo puede llevarlo a cabo? No haré otra cosa que interpretar sus verdaderos deseos, su voluntad tanto tiempo burlada. Sin que Ángel se entere seré su redentor; actuando en la sombra lo rescataré del fango de sus miedos primitivos y me apropiaré de sus ilusiones haciéndolas rebrotar en mí. De esta manera, en el instante supremo en que se cumplan mis presentimientos, en el mismo acto de matar a Beatriz, me convertiré en lo que él algún día podría llegar a ser con mi ayuda."

Capítulo XII

Previendo un cambio radical o un cataclismo en su vida aquel viernes siendo las seis de una calurosa tarde de verano Ángel va a buscar a su hijo al club. No es su día de visita y Javier, que ha llegado hace media hora y está haciendo gimnasia, se muestra sorprendido y un poco violento cuando oye que lo llaman y visualiza a su padre acercándose.

-Mamá se va a enojar - dice Javier con seriedad, luego de desertar de un grupo de niños que se aprestaba a picar en carrera en un extremo del gimnasio.

-Escuchame, Javier. Mirá... Hoy es un día distinto para mí. Tu madre va a venir a buscarte a las nueve. Yo a las ocho y media te traigo. No tiene por qué enterarse; será un secreto entre los dos, ¿qué te parece?-. Viendo que el niño duda prosigue-: Podemos ir al Parque Rodó, comemos algo y después recorremos los juegos...

El disgusto de Javier se disipa como por encanto. Corre a cambiarse al vestuario y unos minutos más tarde, con el bolso a cuestas, se sube al auto de su padre. Ángel conduce con calma por calles y avenidas, y, mientras lo hace, le anuncia a su hijo que para las próximas vacaciones, durante la licencia que se tomará a fines de enero, alquilará una cabaña en un balneario cercano a la frontera con Brasil (el chalet de Las Toscas fue vendido al año de la muerte de su padre), e irán todos los días a pescar, se embarcarán, podrá invitar a un amigo si quiere. Papá seguramente no irá solo, sino con una persona que quiere que conozca.

-Ya sé papá, vas a ir con una novia, ¿no es cierto? - va al punto Javier.

-Sí, alguien muy importante para mí...

-Mejor que no se entere mamá o no me dejará ir- le dice casi susurrándole, como si madre pudiera escucharlo-. ¿Es linda? ¿Es joven, papá?

-Sí, las dos cosas... Te va a gustar.

-¿Por qué hoy es un día distinto para vos, papá?- pregunta Javier, recordando lo que le dijo en el gimnasio.

-Hoy me voy a comprometer con mi novia... -improvisa Ángel

-¿Va a haber una fiesta?- insiste su hijo.

-Sí, algo así... - le responde Ángel, y a modo de conclusión revuelve el ondulado y rubio cabello de su hijo. Por suerte ya están llegando al Parque y puede zafar del tema.

Su hijo está creciendo sano y fuerte, piensa Ángel. Se parece a él a esa edad; no de carácter, Javier es bastante más reservado, sino físicamente. Seguramente es más maduro por las circunstancias que le han tocado vivir. En el futuro tendrá un temperamento resuelto, pertenece a una generación diferente, más realista. Sólo espera que no tenga que vivir lo que él. Pero mejor no pensar en tales cosas, todavía no es más que un niño... Ángel se siente rebasado por su amor paternal y cierra fuertemente los párpados para contener la emoción. Evalúa el tiempo, las energías, las expectativas volcadas en ese niño, las horas pasadas junto a su cuna, a poco de nacer, cuando con la preocupación de un padre primerizo no podía conciliar el sueño y se levantaba de madrugada para observarlo dormir. Encendía la luz de la mesita de noche y se movía con sigilo por el cuarto para no despertar a Beatriz. Entonces apartaba el tul que lo protegía de los mosquitos y acariciaba su carita, sus suaves cabellos, imaginaba que todo se arreglaría, que los conflictos con su mujer se desvanecerían, se persuadía que estaba obligado a no desfallecer, a mantener la familia unida para poder educarlo, para evitar que cometiera sus mismos errores, para que su hijo, a su vez, le aportara su frescura, lo hiciera partícipe de su crecimiento, fuera su apoyo cuando llegara la vejez. Se decía que ese niño sonrosado que dormía mansamente simbolizaba el mañana, su continuidad, una extensión intocada de su voluntad, libre del yugo de la memoria. "Esa fue mi gran derrota, la más dolorosa", medita. "Ahora con Javier me comporto como el sobreviviente de una devastación. Mi casa fue destruida y me conformo con recuperar de las ruinas lo que queda de mis antiguas pertenencias. Me contento con poco, cada vez con menos, apenas que me quiera y tenga más adelante la perspicacia para distinguir la verdad entre la maraña de infamias que le debe inculcar su madre".

-Ya llegamos papá. Los juegos están abiertos. Mirá no hay mucha gente, qué bueno, no vamos a tener que hacer colas- exclama Javier, radiante.

El viejo Parque Rodó, situado frente a la playa Ramírez, ha empezado a animarse. Recién más tarde, en la noche, una multitud pululará en las inmediaciones de los juegos y se sentará en torno a las mesas que los bares disponen junto a las veredas. Pero ya a esta hora se puede oír la música atronadora que proviene del "mambo" (que está vacío aunque pronto, cuando la plataforma circular gire y se estremezca, sacudirá a una multitud de muchachitos deseosos de exhibirse manteniendo el equilibrio de pie, desafiantes, alejados de sus asientos), y el sonido de los carros sobre los rieles cuando se despeñan de las moderadas cimas de una vetusta "montaña rusa", así como los gritos de unos pocos que giran en las "sillas voladoras". Las discotecas y restaurantes circundantes, relativamente nuevos, reservados para gente pudiente, abrirán algo más tarde y cerca de la medianoche estarán desbordados. La tarde se va extinguiendo; hay personas que pasean calmosamente en dirección a la Rambla o cruzan la calle rumbo al Casino por los senderos del parque. Rondando el sol que declina hay algunos estáticos e inofensivos cúmulos de nubes doradas; un viento cálido, inconstante, levanta de a ratos papeles y polvo de las aceras y forma breves remolinos. Padre e hijo se sientan en uno de los bares que bordean la calle central de una cuadra que muere en la Rambla. Javier pide al mozo un refresco y dos "panchos" que devora expeditivamente. Ángel sólo toma café.

-¿Sabés Javier?- le dice, escogiendo las palabras que va a utilizar -. Sé que de repente no entendés por qué tu madre y yo nos llevamos tan mal. Los adultos a veces se comportan así. Lo que quiero que entiendas y no te olvides, es que yo te quiero, que no hay nada que se pueda comparar con lo que siento por vos.

Javier permanece callado. Ángel trata de adivinar lo que estará pensando su hijo. Hoy su papá está raro, ¿por qué le habrá declarado con tanta efusividad que lo quiere? Él también lo quiere sin que le parezca indispensable decírselo. Así son los niños... Tienen tanto por vivir que no les interesa recurrir a las palabras para atestiguar sus sentimientos. Sabe que su madre no es justa con su padre, que lo critica sin razón alguna, que lo hace sentirse culpable si demuestra cariño hacia él, como si por eso estuviera traicionándola. ¿Pero qué puede hacer Javier...? No es a un niño de diez años recién cumplidos

al que le corresponde solucionar esta clase de asuntos. Le hubiera gustado que sus padres se entendieran, estar más con su papá, pero no le conviene ponerse en contra de una madre que ejerce un poder despótico sobre su vida, y, por su intermedio, sobre la de su papá también. "No es descabellado pensar que si algo me sucediera esta mujer trasladaría su alucinada venganza a la memoria de Javier hasta que no quedasen en ella vestigios de mi presencia", piensa Ángel abrumado.

Dejan el bar y Ángel lleva a su hijo a los juegos. Dan dos vueltas juntos en la "montaña rusa", y desde el suelo firme lo observa girar en el aire a una altura preocupante en las "sillas voladoras", zarandearse en el "mambo", subir y bajar vertiginosamente en una especie de carabela con un muñeco vigía subido al palo mayor, colisionar con frenética satisfacción a otros vehículos en los "autos chocadores". Al final Javier toma otro refresco y come con voracidad dos churros rellenos con dulce de leche. El sol está a punto de introducirse en el río con todos los colores del atardecer. Ángel mira en su reloj la hora. Son las ocho y diez y se lo anuncia a su hijo que pone cara de contrariedad primero y después de alarma. Entran al auto y vuelven al club en silencio, Javier probablemente pensando en la desagradable eventualidad de que su madre lo haya ido a buscar más temprano, y Ángel en Cecilia y en el día de mañana.

-El domingo no nos vemos papá porque es el cumpleaños de mi madre -murmura Javier antes de bajarse del auto, con el tono precavido de quien da una mala noticia. Su mano gira en el aire y antes de accionar la manija de la puerta se detiene. De improviso vuelve la cabeza para mirarlo-. Papá... ¿Estás bien?- pregunta inesperadamente, como si de pronto lo hubieran asaltado los mismos sentimientos que afligían a Ángel.

Sí... Claro, ¿por qué me lo preguntás...?- lo sondea Ángel tomado por sorpresa, adoptando una actitud defensiva.

-Por nada, papá- contesta su hijo despreocupadamente.

-Vení, dame un beso- Cuando Javier se acerca Ángel lo besa y lo abraza tratando de aparentar un sosiego que está muy lejos de sentir.- El martes te voy a buscar a la escuela como siempre. ¿Todo bien?-. Javier le contesta que sí y se va alegremente, mientras él lo ve dirigirse a la entrada del club con el bolso colgado al hombro, con una aguda impresión de desgarramiento.

Mientras tanto está anocheciendo. Los colores cárdenos, naranjas, violáceos del crepúsculo han dado paso a los claroscuros que mitigan las luces encendidas. Ángel, siguiendo un plan preconcebido, con la imagen fresca de su hijo subiendo por las escaleras del club, se dirige a la casa de su hermano Carlos. Hace más de diez años que están distanciados. En realidad es una enojosa y manida historia. De chicos se peleaban porque Ángel no aceptaba que Carlos, por su mera condición de primogénito, se creyera autorizado a ejercer dominio sobre él, y Carlos tenía celos porque su papá hacía diferencias entre Ángel y el resto. Luego sus opiniones religiosas los separaron y las políticas divergieron hasta extremos opuestos durante la dictadura, pero lo que Ángel nunca le perdonó a su hermano mayor fue que le enrostrara, después de su vuelta de Venezuela, que el infarto que mató a su padre fue por su culpa, por persistir en unas convicciones que lo llevaron a la clandestinidad (ni siquiera pudo asistir al entierro) y posteriormente al exilio. Recordaba que lo tomó tan desprevenido cuando se lo dijo que no acertó a responderle como hubiese querido. Estaban cenando, festejando el cumpleaños de su madre; ya ni se acordaba con justeza cómo había empezado la conversación, sólo que su cuñada, dirigiéndose a Isabel había hecho un comentario elogioso, totalmente inocente.

-Un hombre admirable tu padre- declaró su cuñada, suspirando-. Los pacientes lo adoraban. No recuerdo un entierro al que asistiera tanta gente. Una injusticia que haya muerto, así, tan de repente, con tanto que ofrecer todavía.

-Una injusticia que tiene explicación... Que tiene nombre y apellido- manifestó Carlos de pronto desde la cabecera, y todos callaron por lo tajante de su voz en general tan flemática y medida-. Fueron los disgustos -agregó mirando a Ángel fijamente.

-¿Los disgustos por qué?- preguntó Ángel receloso, luego de unos segundos, en medio de un silencio de muerte, comprendiendo como todos los que estaban a la mesa que había sido aludido.

-El disgusto que le diste con tus aventuras políticas, con tus caprichos de nene mimado- le replicó Carlos con un desafío tieso, melodramático, haciendo un ridículo puchero. Luego se tapó la cara con las manos como si fuera a llorar, pero se incorporó de la silla y abandonó el comedor cabizbajo, con una gravedad de opereta.

A Ángel le había quedado clavada aquella espina y le seguía

doliendo. Además en aquella cena había comprendido, por las expresiones de cada uno, que toda su familia, con mayor o menor animosidad hacia él, participaba de la misma idea, y que Carlos había sido el portavoz de una condena familiar callada hasta ese instante. Debió haberse levantado de su silla también, haber seguido a Carlos, haberle pateado el imbécil trasero a su imbécil hermano. Sin embargo continuó en su sitio, tragándose su odio, mientras su hermana Isabel, como solía, se las ingeniaba para apaciguar los ánimos. Si Ángel había optado en aquella instancia por reprimir su rabia fue a causa de su madre y su hermana, pero nunca olvidó la afrenta y juró que algún día Carlos se la pagaría. En vida de su madre se siguieron viendo esporádicamente en las fiestas de Navidad y Fin de Año, en algún casamiento o cumpleaños (se saludaban secamente, a distancia), pero luego de la muerte de su madre ya no hubo motivos para seguir fingiendo y Ángel no iba a ningún lugar si sabía que se encontraría con él. "Pero hoy es un día diferente", piensa Ángel, y por eso atraviesa velozmente la ciudad en su coche hasta una zona céntrica del barrio Carrasco, un lugar distinguido, de casas señoriales, para personas al margen de los agobios económicos de la mayoría de la población.

Carlos había sido persistente y prosperado como contador. Aún así, el mayor aflujo de dinero provenía de su mujer, Rosario, única hija de un banquero, con la que procreó nada más ni nada menos que ocho hijos (pertenecían a una prelatura católica de rígidos dogmas en cuanto al control de la natalidad). Su hermano era un hombre de inflexibles principios y a Ángel esto le revolvía el estómago. Porque le resultaba grotesco que estos individuos que actuaban supuestamente regidos por un sinnúmero de preceptos que estúpidamente creían naturales y eternos, fueran descaradamente inescrupulosos cuando los usaban como excusas para sus peores instintos (en el caso de Carlos su antigua rivalidad con él). "Carlos me debe una y tendrá que pagármela", piensa. Le repugnaba la sola evocación de su hermano, cuya corpulenta obesidad así como sus facciones eran un calco de los de su difunta madre. Lo recordaba usando un bigote pequeño -igual al que llevaba su papá en los años postreros de su vida-, y el cabello escaso y ralo untado con fijador. Ángel sabía que la elección de su cuñada, Rosario, había sido determinada en buena proporción por su dinero, pero no podía desechar que hubiera entrado en juego la increíble semejanza de ésta con su madre (y por tanto con el mismo Carlos), semejanza que más que espiritual era ante todo

física (su cuñada no era tan fanática ni estricta como su mamá). No había duda que inconcientemente su pudibundo y estirado hermano había consumado un edípico incesto cuajado de rasgos autoeróticos.

Ángel camina por un sendero embaldosado y toca el timbre en una mansión de dos plantas, con un vasto jardín arbolado al frente. El mismo Carlos le abre. Como no puede ser de otro modo la sorpresa de su hermano es mayúscula. Es un hombre grande, por lo menos diez centímetros más alto que él; está vestido con traje y corbata como si acabara de llegar del trabajo. Su figura, su bigote, hasta su peinado engominado no han variado, por lo que a Ángel recibe la sensación de que hubiera pasado una minúscula cantidad de tiempo en vez de tantos meses desde la última la vez que lo vio. Los dos permanecen inmóviles, mirándose calladamente, Carlos con la cara demudada, Ángel aparentemente tranquilo. Una mujer de cabellos rubios, Rosario, surge sorpresivamente detrás de Carlos, se precipita sobre Ángel, lo abraza y lo besa efusivamente. "Qué alegría, Ángel... Ya era hora que aparecieras", dice esbozando una tensa sonrisa. "¿Qué estás haciendo ahí parado...? Entrá por favor". Su cuñada cierra la puerta detrás de Ángel y los tres avanzan silenciosos por un estrecho recibidor que desemboca en un amplísimo living con ventana al jardín, sofá y sillones, cuadros con motivos marítimos colgados de las paredes blancas, estanterías con adornos, y una chimenea con repisa adornada con dos floreros vacíos. Dos de sus sobrinos, el mayor llamado Carlos y uno de los ocho que restan, del que no tiene ni idea del nombre, lo saludan con un rápido beso y se esfuman. Su hermano y Rosario lucen incambiados, iguales a como los recordaba en su último encuentro en casa de Isabel hace un año, en una ocasión que ésta preparó ex profeso para que se reconciliaran (lo invitó a almorzar sin prevenirlo y su hermana pasó la hora más difícil de su vida porque Carlos y él permanecieron mudos durante todo el almuerzo, indiferentes al laborioso empeño de las mujeres por descongelar la situación, y para colmo, antes del postre, Ángel se levantó en silencio y se marchó). "Es increíble cómo los años de matrimonio han igualado esas caras anchas y redondeadas, con la piel tirante que anula arrugas y parece a punto de reventar", piensa Ángel, y estima que lo mismo habrá pasado con sus pensamientos, con la forma de sonreír, de lavarse los dientes o mirar por la ventana.

Ingresan plegando una puerta corrediza a un ostentoso comedor y su cuñada lo invita a sentarse en una de las sillas que circundan

una larga mesa ovalada de lustrosa madera. Contra todo pronóstico Ángel nota que su hermano tras la sorpresa trata de ser cordial mostrándose modesto y accesible. "Lo ha descentrado mi visita. Ha perdido su aplomo y se siente débil." Naturalmente surge el diálogo y se preguntan por sus hijos, por sus respectivas actividades, comentan la situación del país. Rosario radiante al notar tales progresos se esfuerza denodadamente en mantener el diálogo, reavivándolo apenas los dos se quedan callados. Cuando se escucha una voz proveniente de la cocina avisando a la mujer que la llaman por teléfono, ésta contesta que ya va y les dice, dejando traslucir cierta alarma: "Los dejo un rato solos... Me imagino que te quedarás a cenar, Ángel...". Él le contesta que lo perdone pero tiene que ir a visitar unos pacientes y le resulta imposible, que ya habrá otra oportunidad. Al alejarse la mujer, instantáneamente hay un silencio entre los hermanos que Ángel rompe.

-¿Sabés por qué vine Carlos? - inquiriere Ángel en un tono distraído, casi afectuoso que no pronostica lo que vendrá después. Al notar que Carlos no le contesta y realiza un gesto pueril con los hombros, continúa: Porque hoy, después de tanto tiempo, necesitaba hacerte una pregunta muy directa. - Ángel hace una pausa donde el silencio se adensa turbando el ambiente de cordialidad que reinaba entre los dos hacía escasos segundos-. ¿Me podés explicar por qué fuiste tan hijo de puta de culparme de la muerte de papá? -. Carlos queda congelado en su sitio, su cara adquiere un tinte amarillento y lo mira con una fijeza atónita. - En aquel momento me equivoqué y no reaccioné como hubiera debido, por eso me gustaría que me lo repitieras ahora, ¿sabés?, que me lo dijeras en la cara. Quiero que este hombre intachable, religioso, de altas cualidades morales, padre de múltiples hijos, me repita otra vez esa canallada -le arroja en la cara Ángel rojo de ira, esperando que su hermano le de una excusa para golpearlo.

Carlos salta de su asiento y su rostro pasa de la palidez al enrojecimiento. Sus ojos se extravían y por un instante quiere ensayar una expresión de furia que se queda helada en el temblor de sus labios, en el absurdo movimiento de su bigote, en sus manos sudorosas que no llegan a cerrarse. Desconcertado vuelve a sentarse.

-No sé por qué salís con eso ahora, Ángel. Yo jamás... -tartamudea Carlos, tose, y después de un corto intervalo en el que ninguno de los dos habla, recupera algo de control y haciendo gala de un titubeante pundonor agrega conciliatorio: No creo que esta sea la

mejor ocasión... Tené en cuenta que pasaron muchos años... Reconozco que me dejé llevar por el momento... Si te ofendí perdoname, no fue mi intención. Sería bueno que lo olvidáramos, pensá que somos hermanos. No se puede vivir con rencores toda la vida.

Ángel que había previsto tanto la reacción de Carlos como sus palabras, se ríe con desprecio. No le importa si Carlos es sincero o no en su arrepentimiento, si está usando o no la táctica repugnante de recurrir a los lazos fraternos para apaciguarlo; ha venido a molestarlo, a sacarse la espina de una antigua afrenta y siente que lo ha conseguido. Por eso se levanta de la silla antes que su hermano hiltane otra frase y lo deja agitado y confuso, a solas con su acomodaticia conciencia.

-Me tengo que ir Carlos. Lamento si te alteré con mi visita. Saludá a tu mujer y a tus hijos de mi parte -le dice, y se dirige a la puerta dejándolo sentado en su espléndida mesa, con una mirada perdida en la que ahora sí asoma la ira.

Afuera es noche cerrada, limpia, caliente, con estrellas titilando contra la negrura del cielo. A Ángel le hubiera gustado sentirse satisfecho imaginando la humillación, la rabia impotente de su hermano, pero lo sorprende una amarga sensación de futilidad que le hace patente lo que tiene de bajeza, de absurdo desahogo su pequeña revancha. Esto lo altera pero prefiere no analizarlo y se dispone a cumplir con la última parada programada antes de salir de su pequeño departamento del Centro. Se dirige al "Parque de los Aliados", a un lugar residencial, espacioso, frente al Estadio Centenario. Se apea del auto ante una casa con techo de tejas, con grandes ventanales con rejas que dan a un cuidado jardín al frente separado de la vereda por un corto seto de plantas. A Isabel, su hermana, la visita con relativa frecuencia, le tiene cariño, pero más que nada es ella la que cada tanto insiste en llamarlo para que vaya a verla. Ángel piensa que se siente con el deber de preocuparse por él, como si su madre le hubiera dejado esa carga al morir y ella fuera albacea de su última voluntad. "Cuidá a Angelito, tan sensible. Ha padecido mucho por su ateísmo... Esta ha sido su peor condena. Sé que Nuestro Señor no lo va a desamparar y consolará algún día sus sufrimientos, como los de todos nosotros", debe haber sido el mandato que Isabel obedece.

Por suerte encuentra sola a su hermana. No está su marido, un médico traumatólogo, y tampoco su único hijo, un joven agradable

de unos veinticinco años. Se siente aliviado que su colega esté ausente porque así no lo atosigará hablándole de temas médicos. Constata que la casa sigue siendo el vivo retrato de su hermana: irradia austeridad, limpieza, pulcritud por doquier. Observa con afecto a aquella mujer sencilla, de dulces ojos ambarinos, delgada y un poco más baja que él, cuyos modales y su vestimenta son en extremo sobrios, en la que hasta su cabello canoso, jamás disimulado por un tinte, muestra lo lejos que está su dueña de cualquier vanidad o demostración mundana.

-Angelito. Al fin viniste sin que tuviera que llamarte. Lástima que Horacio no esté. Luisito se quedó estudiando en la casa de un amigo y va a llegar tarde... ¡Qué acontecimiento! Vení, ponete cómodo- su hermana lo abraza, lo besa con cariño, le saca el saco y lo hace sentarse a su lado en un sofá-. Estás más flaco, tenés ojeras, ¿te estás alimentando bien?. Ustedes los médicos viven para los demás y terminan descuidando su salud.

Después de tranquilizarla diciéndole que estaba bien, que se cuidaba, comía y mantenía su casa aseada, Ángel le pregunta cortésmente cómo van las cosas e Isabel se explaya comentando los logros de su esposo en la especialidad (había sido nombrado jefe de departamento en una mutualista muy importante), y el excelente rendimiento de Luisito que sigue los pasos de su padre y está a punto de recibirse de médico. Como es su costumbre no habla de ella como ente individual pues su vida está reducida a ser el sustento invisible de los dos varones de la casa. Después de aquel preámbulo Ángel le revela el porqué de su visita.

-Vengo a decirte que probablemente me case pronto. Estoy enamorado de una mujer más joven y tengo intención de rehacer mi vida. Quería que lo supieras porque sé que siempre te importó de mí -declara Ángel con franqueza. Isabel queda cortada por unos segundos, pero cuando habla Ángel sabe que está siendo sincera.

-Me alegro tanto Ángel, de verdad. Vos sabés que quiero que seas feliz. Mamá estaría tan contenta... -dice Isabel y sus ojos espejean inundados de lágrimas-. Eso sí -añade dominándose, poniéndole un énfasis alegre a su voz-. Quiero que me la presentes de inmediato. Y por favor, me gustaría enterarme con anticipación de la fecha del casamiento, no un día antes. ¿Me lo prometés?

Le dice que sí, que la semana que viene se la traerá, y respondiendo a la curiosidad de su hermana le cuenta algo acerca de Ceci-

lia, de cómo es, de lo que hace, de lo que significa para él, reservándose todo lo que pueda escandalizarla o preocuparla. Después rechaza con firmeza su obstinada insistencia para que se quede a cenar, charla con ella un poco más de temas corrientes (no le cuenta de su visita a la casa de Carlos) y se va luchando contra una desazón creciente, imprevista que lo invade, en vez de la esperada complacencia por haber completado un itinerario que no sabe con certeza por qué se fijó. Ante cada uno de sus tres familiares se ha conducido más o menos como lo había previsto, pero ahora que ha concluido, el temor por saberse al borde de una prueba, cuyo resultado definirá su porvenir, aflora otra vez y lo invade como una ola indetenible de viejos miedos que los años no apaciguaron. Ángel los ve florecer a la sombra de antiguas certidumbres, mostrarse provocativos a la luz incierta de una duda, unirse en bloque y apuntar directamente al centro de su corazón, reavivados, amenazantes, dispuestos a jugar siempre el mismo juego perverso. Está fatalmente convencido de que no admitirá más decepciones, y los encuentros con su hijo y sus hermanos, aunque no lo entienda del todo, han tenido el carácter de una despedida de la misma clase que la que se impone el que se apresta a emprender un viaje sin saber si volverá.

"Estoy cercado de presentimientos como de enemigos. ¿A esto me lleva un amor tan desigual en años?, ¿a ver fantasmas por todos partes?, ¿o a no querer verlos? La pasión que no supe tener en mi juventud me ha llegado a destiempo en la madurez y me ha puesto a la defensiva. ¿Pero qué puedo hacer?, ¿puedo quejarme...?, no, sería un error, me estaría mintiendo porque sé que la estaba esperando, porque en el fondo fue la esperanza de que apareciera alguna vez lo que me ha permitido sobrevivir. Los miedos son los de siempre, ni me toman desprevenido ni podrán detenerme. Toda mi vida, cada vez que estoy en vísperas de un acontecimiento importante, o cada vez que obtengo algo bueno para mí, los demonios de mi mente reviven para inducirme a pensar en la derrota, para infundirme pavor ante una pérdida inminente, como si así estuviera pagando el precio de una terrible falta y este precio consistiera en dudar, en hacer cuestión, en recelar de todo lo provechoso y benévolo que la vida me quiera regalar. ¿Fue ésta la causa de mis fracasos, de la fragilidad de mis empresas, de mis equivocaciones, de la maligna presunción que nada que me haga feliz es capaz de perdurar? ¿Fue culpa de este afán penitente, purificador, que después de mis rebeldías juveniles

decidí seguir la corriente, renunciar a mi parte de grandeza y abandonarme en una vida ordinaria e insustancial? ¿Es posible que la mayor parte de mi existencia se reduzca a una especie de expiación, a una manera de huir de la tensión que me produce cualquier anhelo o conquista? También puede darse el caso que todo sea producto de mi imaginación, una torcida fantasía, y mis miedos provengan nada más que del carácter leve y transitorio de las cosas. Entonces sería el mundo y no yo el que está purgando un terrible pecado y mi papel se limitaría a una defensa exasperada contra una injusta condición de la existencia. Lamentablemente no es la ocasión ni queda tiempo para resolver tantos dilemas. Mañana el fracaso no será una opción. No me engaño y sé que afrontaré una prueba decisiva, que pasarla será una cuestión de vida o muerte que no deja lugar para divagaciones. Deberé enfrentarme a mi suerte aunque lo haga como siempre, como ahora, con ciega desesperación."

Ángel eleva y gira el puño para mirar su reloj y ve que son las diez y media pasadas de una noche sofocante, límpida, donde el viento dormido ha dejado a la ciudad inmóvil, a merced del calor. Ahora irá a buscar a Cecilia y saldrán a cenar; luego pasarán la noche en su departamento del Centro. Y como todo está discutido y prácticamente no quedan detalles que ultimar, no cree que hablen sobre lo que sucederá mañana; más bien se imagina que estarán callados, pensativos, evitando mirarse a los ojos, con el tema pesando entre los dos como una pared invisible que los separara.

Capítulo XIII

Hoy es domingo. Recién amanece. Anoche estaba tormentoso y desde mi cama escuché llover pero ahora no hay nubes en el cielo. Una leve claridad comienza a delimitar el horizonte, a teñir de un gris desvaído los bordes de la noche. Los árboles son manchones oscuros entre las casas que muestran alguna que otra luz en sus terrazas. Al fondo está el Cerro con su cumbre y sus suaves declives, y a mi izquierda, más lejos, hay una masa informe de pardos edificios. He podido dormir muy poco y estoy levantado hace rato esperando el día que se perfila por la ventana del living. He pasado de mis altibajos emocionales a un estado de permanente ansiedad. Estoy a la expectativa de que Ángel llame o venga a darme las nuevas de su incursión nocturna por la casa de los vecinos de Cecilia. Asimismo un nuevo acontecimiento se ha sumado a la tensa espera. Ayer Soledad llegó alrededor de la medianoche. Estaba histérica, temblaba, penosamente podía hablar. Cuando se calmó me contó que recién se había enterado por Gladys su compañera de parada, que al "loco" lo habían soltado los milicos días atrás. "Va a aparecerse tarde o temprano. No en mi casa, porque mi hermano el milico está viviendo en el fondo, pero va averiguar en qué parada estoy y va a venir. Sólo es cuestión de tiempo", me dijo. "Y tanto lío por eso", le contesté con gesto airado, comprendiendo que no quería mi compasión. "No va a venir a visitarme a ver como estoy, ni a preguntar por los hijos que nunca le importaron, ni siquiera a reclamar que vuelva a laburar para él; me va a matar, ¿entendés...? Porque yo lo delaté para sacármelo de encima... Sí, yo le bociné a la cana donde estaba escondida la merca, yo lo traicioné porque era un hijo de puta, igual que todos los hombres, igual que vos". Por ese insulto que fue para mí un inconfundible reclamo, le propiné cuatro o cinco sopapos certeros, y como me había pasado las veces anteriores, advertí que con cada golpe iba recuperando para ella esa entrega sin retaceos -esa ley primera que exigía Soledad para estar con un hombre-, destruyendo una caparazón de rebajas y encarecimientos, astucias y artificios mezquinos, y

le regalaba renacida la forma autóctona, la única posible donde encajar su pasión indispensable y su soberbia por el agradecimiento y el poder que este renunciamento debería inspirarme. Después le hablé con suavidad, acariciándole el cabello, mojándome las palmas con su llanto: "Lo más probable es que el tipo no tenga la menor idea que fuiste vos. Además, ¿para qué mierda estoy yo?, ¿pensás que voy a permitir que te ponga un dedo encima? Antes se la verá conmigo". Luego de esa declaración en que junté toda la ira que rezumaba Soledad por cada poro de su blanquísimo cuerpo, nos desnudamos e hicimos el amor convencionalmente, en un silencio romántico, cargado de tiernas miradas, que ella interrumpió para decirme que era su hombre y lo seguiría siendo en las buenas y en las malas. Luego se quedó dormida y aún sigue en mi cama, agrietando el aire con un leve ronquido, con las esferas de los ojos moviéndose debajo de los párpados, inmersa en ese caos que heredó y de donde fue precipitada a un mundo odioso en el que perseveraré con las armas que le tocaron en suerte, ocupando el lugar que le permitieron, con la convicción de haber inventado una ironía que el mismo mundo le regaló para que cumpliera su cometido y enterarla tanto de la mentira como de la ausencia de toda verdad, de toda justicia.

Vuelvo a mirar por la ventana. El nuevo día ha perdido su timidez y se ha instalado sobre la ciudad que despierta. Siento que se acerca el desenlace de la absurda comedia que he representado durante la mayor parte de mis años, en la que fui impelido a ser y estar en el escenario de un universo ajeno, procurando motivarme con éxitos y reveses, repitiéndome hasta la credulidad que mi vida debía tener un propósito análogo al del resto de los hombres. Supongo que por largo tiempo sin saberlo esperaba una señal y presentía lo que está llegando. Ángel primero y ahora Soledad, han sido los enviados para redimirme del vacío intolerable del que estoy hecho, vacío que avanzaba, desgarrándome paso a paso, dejando trozos de existencia que me resultaban cada vez más difíciles de unir al no acertar el camino para concertarlos en una sola idea, en un solo propósito. Me digo que falta muy poco para mi definitiva victoria. Sólo me queda confiar que Ángel, a esta altura, haya dado el giro fundamental que esperaba, y en su entorno Cecilia resuelto su dilema, y Andrés, su peligroso hermano, haya sido relegado perdiendo su nefasta influencia. Yo, a mi vez, espero impacientemente para consolidar mi transformación.

Como me figuraba, Soledad me ha dado muestras de su enorme importancia. Después de lo que me contó hoy he decidido encargarme de ese "loco", y si ella así lo demanda tomaré su lugar, e incluso si quiere ir más allá y me pide un cambio de vida, como corresponde a una puta redimida, accederé, aunque más no sea por el tiempo que tarde en cansarse de un papel para el que no nació. Porque sé que no durarán, no le voy quitar el derecho a albergar en su imaginación ilusiones parecidas a las de Irene, a jugar a creer con ésta que lo mejor para mí será envejecer y morir rodeado por una familia orientada por una ejemplar mujer que, en cada ocasión que se le presente, le habrá de confesar al que tenga la paciencia para oírla que el encontrarme fue lo mejor que le pasó en la vida.

La euforia ansiosa que se ha apoderado de mí al acercarse el momento en el que probaré que estoy a la altura de mis pretensiones, me impide cualquier ensayo de melancólica añoranza. El personaje que he creado, que ha vivido tantos años con mi nombre, parece haber aceptado su derrota y ya no me reclama doliente desde su atmósfera ilusoria. Presumo que sabe ya, que sea lo que fuere en lo que me estoy transformando, es inevitable su paso al olvido, a ser un rostro más que se perderá entre tantos que he usado y conocido. De todos modos supongo que por un tiempo conservaré la ternura de las imágenes, pero con el paso de los días éstas irán perdiendo adherencia y se diluirán en piezas de un imposible rompecabezas. Los tiempos de vida familiar, los amigos de la niñez, mi desabrida adolescencia y mi responsable adultez, mis múltiples desempeños en la realidad, me serán tan indiferentes y ajenos como cada una de las mujeres que tuve y no fui capaz de amar, o todos estos años de hastío. Sin embargo permanecerán los recuerdos; libres de alguien que nunca fue propiamente su dueño, se irán perfeccionando hasta quedar las formas puras que una estética perfecta ensamblará en una galería donde serán expuestas como animales disecados en distintas posturas, simulando actitudes a través de ojos vivos que no podrán ver, de bocas incapaces de hablar, besar o respirar. Tal vez adquiera una morbosa predilección por algunos detalles que irán disgregándose como trozos de un todo inconexo. Me detendré, poco antes de olvidarlos, en innumerables días de abulia, escudriñaré mi cuerpo mojado cociéndose al sol desde los dedos de mis pies hasta mis ojos dormidos, percibiré olores, sonidos, apariencias casi olvidadas de mí mismo, reviviré noches de amores fríos como puñales, semblantes múlti-

ples y el mío perdido entre ellos, sin buscar ningún canon que me convenza, conmueva o justifique. Y así cuando recuerde el momento crucial en el que arrojo a Damián desde la plataforma de rocas, serán más relevantes las grietas de las resbaladizas vigas, el titilar de alguna estrella lejana, el movimiento del agua profunda y su imparcialidad al tragarse el cuerpo en caída, el murmullo poderoso del oleaje, el susurro del viento en mis oídos, mis zapatillas rozando la roca negruzca, las gotas de agua salada estrellándose contra mi cara, que los actos y su intención. La piel transpirada de dos jóvenes reflejando el sol, los coordinados movimientos de sus blancas nalgas, la arena conmovida por los cuerpos, serán más trascendentes que las identidades, su historia, o el mismo placer y sus consecuencias. Iré avanzando inevitablemente en un reino de nuevos significados, y día a día adquiriré destrezas que me serán dadas por añadidura, como regalos en los que no participarán para nada los restos de mi anterior memoria. Cuando desempeñe mis actividades diarias, cualesquiera que ellas sean, lo haré con voluntad y ternura, regocijándome en cada una porque, al estar fuera del alcance de mis enemigos, ya no será necesario defenderme, ya no me importará preservarme.

Descalzo y en calzoncillos abro la ventana del living para recibir el aire húmedo, tibio de la mañana incipiente, y afirmo para nadie que será un domingo caluroso. No me resisto a la tentación y voy en busca del arma que guardo en un cajón de la cocina. Es un cuchillo con mango de plata que me llevé de la mudanza de mi hermana. Tiene una hoja de unos quince centímetros, angosta, delgada y puntiaguda. Lo he afilado y bruñado infinidad de veces y lo estoy tomando sabiéndolo el instrumento iniciático que me unirá a lo que resume y equilibra cada cosa. De vuelta en el pequeño living, delante de la ventana abierta, lo elevo entre mis manos por encima de mi cabeza y lo ofrezco a la pálida luz de la mañana. Noto sin asombro que ansío más que nada el momento de hundirlo en mi víctima. Porque si bien cumplo los deseos de Ángel, he estado experimentando una nueva y singular atracción por un acto brutal que me redimirá de pasados desatinos. La sangre que vierta me brindará la vida que nunca tuve, me ungirá de un espíritu santo, y lo que acontezca de ahí en más tendrá por primera vez la calidad excitante de la sorpresa. Guardo en el mismo lugar el cuchillo, envolviéndolo antes con una franela amarilla, mientras pienso que a Ángel le caerá el asesinato como un regalo del cielo del que su moral no le permitirá alegrarse. Por el contrario lo veo exagerando

sus propios defectos y minimizando los de la difunta, velándola con sentimientos encontrados, tratando de sentir pena y al no lograrlo recurrir a una apariencia de verdadera congoja que pedirá prestada al remordimiento por haberle deseado la muerte tantas veces. Sé que no puedo esperar otra cosa de él, pero me tiene sin cuidado, esto no cambiará el hecho de que con la desaparición de Beatriz disfrutará de una mejor existencia. Ahora sólo me queda esperar que el timbre suene y Ángel aparezca para contarme los resultados de su incursión nocturna. Cualquiera haya sido el desenlace vendrá a enterarme. Lo sé porque lo conozco, porque he sido su mentor, porque en este momento somos uno, porque es su obligación de personaje que nunca llevé al papel (más allá de haber jugado con la idea de que toda esta historia podría ser el antojo de otro que la escribe, el invento de alguien que nos ha creado a Ángel y a mí, y pudiera ser que este hacedor, ese ser anómalo que se complace en la estupidez y el sufrimiento, tenga a su vez a alguien que disfrute describiéndolo).

El sonido estridente del timbre de calle llena la habitación. Durante los escasos minutos que tardo en vestirme suena tres veces más. ¿La insistencia puede indicar que algo no ha marchado bien o es una manifestación de un buen suceso? Apresuradamente, tropezándome con una silla, llego a la cocina notando de pasada que Soledad ha lavado la vajilla y también limpiado y ordenado los estantes del aparador. Descuelgo el comunicador y escucho a mi amigo que dice concisamente: "Abrime Ricardo, soy yo, Ángel". Sin atreverme a prejuzgar por el tono, me digo que la voz sale distorsionada del tubo y nada se puede adelantar. Me visto aceleradamente y bajo a abrirle. Al salir del ascensor lo veo de espaldas, recostado contra el vidrio de la puerta de entrada, soplando insólitamente el humo de un cigarrillo en dirección a la calle. Al perfilarse veo que sus cabellos canosos están revueltos y tiene la barba de un día. Cuando oye el ruido de mis pasos se da vuelta y adivino en su mirada perdida las malas nuevas y una pregunta que no podré responderle. Abro y me aparto para dejarlo entrar. Siento una infinita compasión al notar la fe extinguida en sus enrojecidos ojos azules y procuro convencerme que tiene la fortaleza necesaria para recuperarse, que no importa la gravedad de lo que haya sucedido encontrará motivos para no entregarse. Lo miro con la preocupación natural que se tiene ante quien se alentó a perseverar en la esperanza compartiendo tantas expectativas, y ahora acude a relatar su desdicha, sin resentimientos, casi

como si tuviera la obligación de informar de una misión que se le encomendó. Le palmeo la espalda con ternura y él hace una mueca de resignación, tira la colilla del cigarro en una maceta y sonríe. "Todo salió mal, Ricardo. Mucho peor de lo esperado".

En el ascensor no me adelanta nada, sólo me pregunta formalmente y con desgano cómo va todo y le digo que estaba esperándolo. No le busco la cara pero en el espejo observo sus hombros derrotados, el cuello doblegado que desiste de su función dejando caer la cabeza hasta que se tocan pecho y mentón. Al entrar a la sala le indico una de las sillas que rodean la mesa circular, y él se sienta ignorando el día que brilla fuera del ventana, así como mi ansiedad y el desorden que imponen las ropas, la cartera, el encendedor y la cajilla de cigarrillos de Soledad desparramados por el piso.

-Actuamos según lo planeado... - dice Ángel en un tono que quiere ser desapasionado, la voz ronca y rota, la mirada posada tercamente en el piso-. Por la noche fui hasta lo de Cecilia en mi coche y esperamos la madrugada del domingo en su cuarto. La expectativa ansiosa nos mantuvo despiertos y alertas. A eso de las tres los vimos bajarse de un lujoso Mercedes, muy animados, seguramente borrachos. Estaba lloviendo a cántaros y a ellos no les importaba mojarse, al revés hablaban y se reían a carcajadas. A pesar de la lluvia dejamos abierta la ventana para no perder detalle de lo que pasaba calle por medio. Por suerte la luz del porche y un farol en el jardín de los vecinos estaban encendidos. El hombre era el que se encontraba peor y era sostenido por Andrés que le pasaba un brazo por la cintura. Los dos y la mujer colgada del brazo libre de Andrés cantaban "singing in the rain" a viva voz y ella se sacó los zapatos y los arrojó con desenfado al jardín. A los tropezones se introdujeron en la casa y después de unos minutos se encendió la luz de un cuarto en la planta alta y presurosamente alguien bajó las persianas-. Ángel cuenta lo sucedido lacónicamente, con una precisión irreal que acentúa su amargura. Entiendo que lo haga así para desprenderse de lo vivido y sufrir menos al contarlo, pero me pregunto si además no está queriendo complacer hasta lo último mi avidez por los detalles, sabiendo la importancia que les otorgo-. Nosotros, después de esperar unos minutos, salimos y cruzamos el jardín y la calle a la carrera. Cecilia se aferraba a mi mano con fuerza y sólo me la soltó cuando estuvimos frente a la puerta. Estábamos jadeantes, empapados, ella sacó una llave del bolsillo trasero de su vaquero, hizo el ademán de llevarla

a la cerradura pero terminó dándomela porque le temblaban las manos. Yo abrí la puerta y la cerré con el mayor sigilo. La casa estaba en tinieblas; una resplandor venía de un lugar indeterminado pero era muy débil y no alcanzaba para orientarnos. Enseguida nos llegó un sordo murmullo de voces interrumpido por una risa femenina. A tientas en la obscuridad caminamos hasta que nos topamos con una escalera que nacía a nuestra izquierda. Nada más pisar el primer escalón Cecilia me detuvo, me tomó de la mano y me susurró al oído que deberíamos volver, que no estábamos haciendo lo correcto. ¿Te das cuenta...? - Ángel me mira con todo su cansancio por primera vez. Ella dudó y en ese momento quiso detenerlo. ¿Te das cuenta qué estúpido, qué confiado que fui? En vez de escucharla y volverme atrás le insistí para seguir... Si sólo le hubiera hecho caso tal vez hubiera tenido otra chance, pero en vez de eso le dije, apretándole la mano con firmeza: "Esto lo tenemos que hacer, Cecilia. Es importante para los dos". Y Cecilia se aferró a mi mano, la apretó dos veces en señal de asentimiento y no dijo nada más. Subimos muy juntos la escalera que nos delataba con sus crujidos y llegamos a un corredor con baranda. A esa altura ya podíamos ver más claramente en la penumbra gracias a la luz que salía de uno de los cuartos que tenía la puerta entreabierta. Las risas y las voces se escuchaban cercanas y hubo un tintinear de cristal, un sonido de hielo bailando en un vaso. Avanzamos por el corredor y Cecilia no me soltaba la mano aunque ya no temblaba y su caminar se había hecho vivaz, se apresuraba, ahora era ella la que me llevaba a mí. Recuerdo cada detalle, maldita sea... La puerta cerrada a medias, de la que salía una luz potente, era de un color claro, y por el estrecho espacio enviaba una neta claridad que cortaba en triángulo parte del corredor y se alargaba en una lejana pared frente al barandal. Cuando llegamos ante la puerta sólo se oía un sostenido bisbiseo del que sobresalían a intervalos regulares gemidos y jadeos de mujer, y también la risa gruesa, contenida, del dueño de casa. En ese momento Cecilia se liberó de mi mano y con movimientos determinados empujó la puerta y avanzó al interior de la habitación. Yo me quedé en el umbral, sin poder dar un paso, como hipnotizado. Todo en el cuarto resplandecía por la intensa luz que provenía de una araña gigantesca. Unas ropas yacían esparcidas por el suelo y los tres estaban desnudos sobre una cama ancha de sábanas color sangre. Un hombre ventrudo, de cara redonda y arrugada, con una gran papada y una calva brillante como el escaso pelo negro

reteñido y aplastado en las sienes y la nuca, estaba inclinado sobre Andrés y la mujer de cabello rojizo y observaba con una desviación curiosa de la cabeza cómo el delgado cuerpo del muchacho, de rodillas, se acoplaba por detrás al de su esposa que estaba también arrodillada y tenía el tronco inclinado hacia delante y las manos apoyadas en el colchón. El rostro de ésta, su estilizada figura con firmes mamas erectas a primera vista desmentía la edad que Cecilia me había asegurado que tenía. El marido entretanto se limitaba de vez en cuando a unas tibias caricias que se parecían más a las de un padre cariñoso y bonachón que a las de un amante. Recuerdo que repitió varias veces lo mismo: "Así mis queridos, así es como me gusta". -Ángel se detiene para tomar un respiro. Ha abandonado su tono imparcial y está viviendo lo que relata.- De pronto salí de mi estupor y reparé que Cecilia, que estaba delante de mí, daba unos pasos y volvía a quedarse inmóvil a escasos metros de la cama, mirando absorta las evoluciones del trío. Antes que me propusiera hacer algo ya Andrés se había vuelto y estaba mirándola con un asombro que en cuestión de segundos se mudó en una espontánea sonrisa de triunfo. Avancé desde el umbral y me acerqué a Cecilia; le rogué en voz alta que nos fuéramos. Después la quise tomar de un brazo pero ella, sin desviar la vista de su hermano, me rechazó con un brusco ademán... Lo que dijo entonces, con fría seguridad, me dejó mudo, nunca lo podré olvidar: "Ángel, hasta aquí llegamos. No tengo opciones... Andate Ángel, es lo mejor". Entonces Andrés se separó de la mujer y saltó desde la cama al piso. Hubo un silencio grave, espeso que nos envolvió a todos. El hombre frunció el ceño y la mujer se tapó los pechos con una almohada, visiblemente alarmada, mientras Andrés, sin variar su sonrisa, avanzaba hacia Cecilia. Tenía en los ojos negros un tinte sanguinolento, y en ese momento me imaginé un incubo aproximándose a una doncella en un ceremonial satánico, sonriendo con su pene erecto, extendiendo sus brazos y abriendo sus manos para recibirla. "Cecilia, vámonos de acá. No tenés por qué hacerlo", le grité yo, pero ella ya se dirigía al encuentro de su hermano, también con los brazos extendidos y las manos abiertas. Cuando se encontraron, con una mansa ternura Cecilia se dejó abrazar y cobijó la cabeza en el pecho de Andrés. Yo me sentí enloquecido de dolor y estuve a punto de saltar sobre aquel degenerado, molerlo a golpes y llevármela. Pero de pronto me percibí tan ridículo, Ricardo, tan fuera de lugar en aquel ambiente sofisticado y decadente, que no hice nada... Por-

que era evidente que ella no quería ser salvada, es más, que nunca quiso serlo; que tampoco nunca pretendió rescatar a su hermano sino unirse a él sin importarle lo que ello implicara. La última imagen que tengo de Cecilia es cuando se dejaba llevar hacia el lecho con el brazo de su hermano rodeándole el talle, mientras el hombre decía "bravo" con voz de bajo y la mujer festejaba aplaudiendo. Estaba tan conmocionado que tuve que hacer un esfuerzo enorme para que mi cuerpo me respondiera y poder salir trastabillando de la habitación; luego bajé las escaleras corriendo y me alejé de aquella maldita casa y de aquellos seres corrompidos. Para el momento en que dejé el auto en mi garaje del Centro ya había dejado de llover y durante horas caminé sin rumbo hasta que decidí venir a verte.

Hubo un cerrado silencio durante el cual Ángel no aparta la vista del suelo. El olor que llega de su ropa húmeda se me asocia a su huraña vergüenza, y desde mi asiento alargo el brazo para palmearlo. Al hacerlo su hombro se aparta de mi mano con cierta violencia: no está enojado conmigo sino consigo mismo y se resiste a ser consolado.

-Me gustaría que alguien me explicara qué voy a hacer ahora- continúa Ángel-. Yo la quería, vos sabés... Desde aquel encuentro mágico en el consultorio, hice planes para los dos. No se suponía que terminara todo tan grotescamente, como para demostrar lo ridículo e ínfimo que soy. Me gustaría saber quién puso en mi cabeza que debía creer por encima de cualquier duda, que debía hacerme ilusiones, que había llegado el momento de cambiar la miserable vida que llevo. Pero de todas formas éste no debía haber sido el final, yo no me lo merecía, ¿o sí...? De repente es el castigo por una vida de claudicaciones, no sé... Yo sólo traté de confiar, de darme una oportunidad. ¿Acaso es un pecado querer ser feliz en este mundo de mierda? No sé por qué no puedo liberarme de esta sensación de que alguien se ha ensañado conmigo... Porque es algo jocoso, ¿no?, mi joven novia prefiere integrarse a una orgía con un hermano drogadicto y dos viejos degenerados a continuar sus relaciones conmigo. Ahora caigo en la cuenta lo poco que le importaba lo nuestro... Sólo quería darle a celos a Andrés y al no lograrlo ideó este plan desesperado de sorprenderlos para que los buenos vecinos se asustaran y obligar a su hermano a volver con ella. Claro que después me despediría, como se despide a un sirviente que ya no es útil. Pero cuando los vio allí, en aquella habitación a los tres, cuando observó la forma en que su hermano la miraba, entonces se convenció que la única posibilidad de

retenerlo era uniéndosele en aquel juego repugnante. No fue un acto lujurioso de su parte sino un sacrificio, la última carta que le quedaba por jugar... Lo que no puedo olvidar fue mi presumida necedad cuando quiso dejarlo todo al borde de la escalera... Por supuesto que no lo haría por mí sino porque ella sabía que era muy factible que Andrés, al verse presionado, en vez de caer en sus brazos como ella deseaba, la rechazara y se alejara aún más. Pero fue una oportunidad que pude haber aprovechado, por lo menos para mantenerla a mi lado un poco más. Ahora para qué me voy a quejar...

-Te entiendo Ángel, y no sabés cómo- le digo realmente conmovido y preocupado. Pienso rápidamente en los argumentos que puedan consolarlo, como se estila en los casos de derrota -. Te juro que como tu amigo me siento tan ultrajado como vos. Yo también fui un crédulo, los dos fuimos engañados, manipulados. No sé si te sirve de alivio que te diga que hiciste lo correcto, que sos un hombre recto. Lo que no es justo es que te sientas un fracasado porque no lo sos, vas a tener otras oportunidades para encontrar lo que buscás, mientras que ellos, en cambio, están irremediabilmente perdidos.

-No me consuela que mi supuesta virtud me convierta en un hombre mejor -me advierte Ángel-. Cecilia la viciosa, la lujuriosa, siempre estuvo en un plano inaccesible para un medicucho con ideas románticas, para un tonto sin ningún valor.

- Vamos Ángel. Vos sabés que no es así. Me da la impresión que no estás analizando las cosas con propiedad. Tendrías que considerar que no todo fue negativo, que durante estos meses viviste intensamente, que tuviste momentos inigualables- dije procurando cambiar mis fundamentos-. No te quepa duda que Cecilia te llegó a querer, no creas que le fue tan fácil.

-Desde el principio fui sólo un instrumento para ella- me interrumpe Ángel, cortante, resentido-. Me utilizó como un medio para alcanzar sus fines. Yo nunca signifiqué nada, nunca me tuvo en cuenta.

Tengo ganas de consolarlo diciéndole lo que representa para mí pero no lo hago. Me dedico a emitir todas las frases consoladoras que puedo idear, pero es como si su amargura me desafiara o hubiera construido una coraza donde mis palabras rebotaran sin alcanzarlo.

-Pensá que no hay nadie que no pueda ser sustituido, que no se pueda olvidar -sigo-. Aceptarlo es un modo de sobrevivencia. Vas a

ver que con el correr de los días, aunque ahora te repugne la idea, te vas a sentir mejor. Lo sucedido se irá despojando del dolor y de a poco lo superarás.

Cuando me quedo sin tópicos que expresar, Ángel, que daba la sensación de estar esperando con indisimulada irritación que me callara, se incorpora y pronuncia un apagado gracias. Farfulla algo dándome la razón, sin preocuparse si me convence o no, y dice que el tiempo lo curará todo y que mañana estará de mejor ánimo. Intempestivamente emprende la marcha hacia la puerta y me apresuro a levantarme de mi asiento y acompañarlo hasta la calle en silencio, soportando su misma pesadumbre. Le detengo un taxi al que se sube sin mirarme ni hablar, y lo veo irse con una aguda tristeza, tan real, tan mía, tan distinta a aquella de fondo hija de mi desolación, que me reconforta.

“No tengo tiempo que perder. Debo continuar y cumplir mis metas. Si bien Cecilia está perdida para los dos, todavía puedo recuperar para Ángel a Javier resarciéndolo de su drástico revés. El hijo que le devolveré sanará sus heridas, será el bálsamo ideal para su aflicción, lo podrá educar sin interferencias, se volverá un padre abnegado, ejemplar, esta relación filial cambiará su negra visión de ahora. ¡Resultará tan conmovedor verlos juntos, padre e hijo, una sola persona, como debe ser! Qué duda cabe que este es el camino a seguir. Ángel es afortunado al tenerme de su lado. Porque quién sino yo sabe cabalmente lo que siente, necesita o desea. Ha llegado el momento de actuar, de ejecutar lo dispuesto, de demostrarme en la práctica de lo que presumo estoy hecho y hasta donde puedo llegar.”

Capítulo XIV

Es lunes. Hace rato que amaneció. El cielo que muestra la ventana del living es el de un día despejado como el de ayer, lo que valoro de buen augurio. Estoy completamente sereno. Ya me he bañado, afeitado y vestido con un fino traje azul de buen corte que no usaba hacía años. Por suerte no he engordado y me queda a la perfección. Llevo puesta una corbata bordeaux a la que he hecho un nudo ideal para coronar el cuello de una inmaculada camisa blanca que retiré ayer de la tintorería. Estoy calzado con unos zapatos negros, algo puntiagudos, que acabo de lustrar con celo. En fin, me he adornado para la ocasión.

Como lo hice alguna vez en vísperas de matar a Damián, me cercioro aliviado que conservo el odio intacto por mi futura víctima. No dudo que estoy cerca de algo grande porque no noto resquebrajamientos en mi unión con Ángel. Ayer, después que se fue, me quedé con su congoja y la cuidé devotamente durante el resto de la jornada, por lo que preferí despedir a Soledad temprano y quedarme solo. No creo que mis previsiones acerca de un desdichado final para las relaciones de Ángel y Cecilia quedasen atrás respecto a las de mi amigo (porque me parece lo presentía él también), pero a la luz de lo sucedido hubiera sido imposible calcular a qué extremos de escabrosidad se llegaría. Los dos recorrimos el camino hasta el final con el convencimiento que la honradez de un amor desesperado sería más fuerte que el escandaloso entendimiento entre los dos hermanos. Si días atrás todavía había alguna duda acerca de la calidad incestuosa de aquellos lazos en la madrugada de ayer había sido cruelmente disipada. Después que se fue Ángel los sucesos que me relató en la casa de los vecinos no cesaban de presentárseme a caballo entre las palabras de mi amigo y mi imaginación. Compartí con él la amargura ante los hechos consumados y admiré la rabiosa exactitud de su relato por más que al interpretar los sentimientos de Cecilia creo que por un lado les atribuyó un cálculo exagerado y por otro quiso disculparla cuando habló de “sacrificio”

para no admitir que la situación muy bien pudo haber atraído a la muchacha por su fuerte erotismo, más allá de su intención de recuperar a su hermano a través de una voluntaria y completa entrega. Hice mía la penosa decepción de Ángel, pero al tener asumida mi condición de parásito que se nutre de las experiencias ajenas, también fui capaz de regodearme con sensaciones e imágenes vedadas para mi huésped.

Porque si Ángel salió dando tumbos de la habitación cuando Cecilia llegó al borde de la cama conducida por Andrés, yo me quedé observando y pude presenciar el resto. Temblando de excitación vi cómo la mujer y el joven, observados atentamente por el hombre ventrudo, desnudaban a la recién llegada, y ésta con los ojos entornados, los cabellos negros destellando bajo la intensa luz, el rostro elevado, la boca anhelosa y estremecida, acompañaba dócilmente los movimientos de las manos que la despojaban de la blusa, le desabrochaban el cinto, le sacaban el vaquero, el sostén, las bragas, mostrando una esbeltez flaca y armoniosa, hecha para el amor. Luego la acomodaron en la cama como se deposita una muñeca de material quebradizo, y el hombre abandonando su pasividad, con una sonrisa lúbrica, le indicó con impaciencia un lugar a su lado, como si se tratara de un asiento en un teatro y la función fuera a comenzar. Asimismo admiré los arrebatos: el de la mujer que parecía la más ávida por besarle los labios, los senos y bajar rápidamente hacia la zona oscura de su vientre, el de Andrés más calmado que con dulzura acariciaba el rostro de su hermana, y el del hombre queriendo abrazar al mismo tiempo el cuerpo de Andrés y el de la mujer que no despegaba la boca del vientre de Cecilia. Me adherí como uno más a la salvaje sensualidad de la situación, me sentí húmedo, insaciable como ellos y tuve que apelar para apagar mi deseo a la humanidad de Soledad descansando en mi cama. Cuando acaricié a la prostituta y comencé a besarla lo hice pensando en la figura de Cecilia yaciendo desbordada por las atenciones de los otros tres. Soledad se despertó gruñendo pero al notar mi urgencia se dejó llevar en tanto yo le contaba al oído la síntesis de lo sucedido, de lo que había visto, oído, olido, entre los cuerpos de los cuatro amantes que se confundían con los nuestros obsequiándonos un placer extra, inesperado. Me di cuenta que ya no me importaba entender a Cecilia, a su hermano o a la pareja de vecinos, que si bien me compadecí de Ángel y los adorné con epítetos condenatorios adecuados a la frustración y al inveterado sentimiento

de inferioridad de mi amigo, en ese momento estaba lleno de gratitud hacia ellos por haberme admitido en su deleitosa orgía. Y por más que arrastraba mi pena por el derrumbe de unas fantasías románticas que, conociendo su falacia, también yo incité y acompañé, lamenté que Ángel no estuviera habilitado para descubrir los placeres a los que pude acceder a través de él.

Parado en el centro de la sala, miro por la ventana la definida claridad del día. Mi reloj de pulsera marca las seis y cuarenta. Me pongo unos guantes de cuero que heredé de mi padre y tomo el cuchillo que está en el cajón de la cocina envuelto en una franela. Acaricio la lisa superficie de su hoja, paso por mi cara su emocionante frialdad metálica, palpo su borde romo que deja una fina raya en el guante, y finalmente me lo guardo en el bolsillo interior del saco. Me convenzo que nada puede fallar, que las cosas transcurrirán de acuerdo a lo programado si estoy nutrido y guiado los deseos de Ángel. Él estará en su policlínica de los lunes a las siete, atendiendo pacientes quejumbrosos, probablemente con la resaca de la noche anterior si es que se emborrachó hasta perder el sentido como calculo. "Mi deber es seguir adelante", se habrá dicho, "continuar con esta extraña vida que impone a la mayoría de los hombres, junto a sus naturales desgracias, obligaciones y compromisos que contraen anhelosos y de buena fe sin entender ni remotamente por qué". Acompaño por un momento su frustración, el rencor violento que irá llenándolo a medida que transcurra la consulta y se esfuerce en escuchar a sus pacientes aparentando escribir algo en una hoja clínica, sin animarse a mirarlos para que sus ojos no delaten el dolor que, inmovilizado en las escenas que de tanto repetirse se irán instituyendo en un sólido presente de aflicción, trata de disimular. Paladeo estos sentimientos y los sigo rumiando mientras desciendo en el ascensor. Entro en el auto que he aparcado en la calle frente al edificio para no perder el tiempo en ir a buscarlo a garaje. Son las seis y cuarenticinco. Dejo calentar el motor dos minutos y luego conduzco por calles conocidas. En cinco minutos llego a la casa de Beatriz, mi víctima, la ex-esposa de Ángel. Apago el motor y espero. Otra vez tengo la sensación, no obstante estoy en medio de la instancia más relevante de mi existencia, que alguien ya ha delineado mis pasos, que estas escenas que en breve se producirán han sido pensadas y repensadas por otro. Me digo que sin saberlo me vengo preparando para este momento prácticamente desde que empujé a Damián de la plataforma de rocas.

La cortina del garaje se abre y veo a Beatriz que sube al auto, enciende el coche y sale marcha atrás hasta dejarlo atravesado en la acera. Como las veces que vine a espiarla no hay un alma en la cuadra. Abro silenciosamente la puerta de mi auto y, cuando ella baja del suyo y enfila rumbo al garaje, corro velozmente, cuchillo en mano, y la tomo justo de espaldas cuando pretende cerrar la cortina. La sujeto y al mismo tiempo le tapo con la palma de mi mano izquierda la boca. Ella no atina a defenderse y por eso con mi cuchillo en la derecha le abro fácilmente la yugular que lanza un poderoso chorro de sangre de un rojo fresco, deslumbrante, que se estrella contra el techo del auto. Le digo con el tono de voz áspero y murmurante de Ángel: "Perra hija de puta, esto es por todo lo que me hiciste sufrir". Pero no creo que la mujer me haya escuchado; ensaya apenas un sonido gutural, y, reflejamente se lleva una mano al cuello que deja caer enseguida al recibir las otras cuchilladas que penetran en su espalda y hacen que la sangre acuda, salpique y manche mis guantes y mis ropas. Algunos puntazos chocan contra las costillas, rebotan o se tuercen, otros entran limpiamente y la mujer se derrumba en un baño de sangre en tanto su automóvil ronronea ensuciando la mañana con volutas de humo gris. Siento la tibieza de la sangre en mis labios, la saboreo con mi lengua, me extasio en la que enrojece la vereda y está llegando a la calle por las quebradas vertientes de las baldosas. En tanto, sigo investido por el sagrado furor de Ángel; pero al mismo tiempo no me privo de contemplar mi obra y experimentar el horror de la mujer muerta, de imaginar la desdicha de aquellos que la aman, el llanto de su hijo, el de sus hermanos y padres, todo lo que hay de trágico y devastador para la gente en una muerte violenta. Agitado y satisfecho, me meto a medias en el coche de la mujer, estiro un brazo y tomo una cartera de cuero negro del asiento del acompañante. Enseguida atravieso la calle y me subo al coche sin asombrarme que la cuadra siga desierta (sospecho que todo está concertado para que nadie me vea). Antes de arrancar, con la cartera a mis pies, deposito el cuchillo sobre el tablero, me limpio los guantes con un trapo y percibo que el traje, la corbata y la camisa tienen numerosas salpicaduras. Calmadamente, mirándome en el espejo retrovisor, elimino las gotas de sangre de mi cara con los codos y enciendo el motor del coche. De vuelta conduzco por las mismas calles y estaciono en el mismo lugar del que partí. Convencido de mi inmunidad saco de la cartera de la mujer una billetera con documen-

tos y fotos familiares y la despojo de unos dos mil quinientos pesos en billetes que guardo en el bolsillo trasero del pantalón. Vuelvo a poner la billetera en la cartera y me bajo del auto así como estoy, con la cartera colgada a un hombro y con el cuchillo que envolví en el trapo ensangrentado sobresaliendo del bolsillo derecho de mi saco. El bar de la esquina no abre hasta las ocho y media. Tal vez la buena suerte, como algunas damas, sonrío a quienes la desprecian, porque ni en el hall ni en el ascensor me encuentro a nadie. Dentro de mi departamento lo primero que hago es desnudarme, y coloco la ropa, los guantes, el trapo y los zapatos en una bolsa de residuos, previo rescate del dinero del bolsillo del pantalón. Dejo el cuchillo en la piletta de la cocina, en la que hago correr el agua, y la cartera sobre la mesa del living, y desnudo como estoy, libre de las vestiduras que usé para matar, observo mi reflejo en el espejo de la sala con una alegría salvaje, voluptuosa, reconociéndome de una nueva forma, pensando no en el asesinato, sino en lo que me he convertido. Una sensación tantas veces entrevista de sublimidad me acomete, me envanezco de mi habilidad y mi coraje para dar el salto de mi indeterminada dispersión anterior a este estado en que he pasado a ser la norma con que se mide cada cosa. ¿No es acaso esto lo que define toda singularidad? Si es así no hay duda que me he singularizado hasta lo sublime. En el espejo mis ojos están llenos de lágrimas, con lento deleite toco mi piel, palpo mis músculos, beso mis labios en el cristal y los siento irrevocablemente míos. He logrado lo que tanto anhelaba: toda la ignominia, todo el amor, toda la insensatez del mundo viven en mí y ahora sólo debo perseverar en este estado para preservarlas. Siento el ferviente deseo de llamar a Ángel, a mi amigo y salvador para contarle, para agradecerle, pero instantáneamente me doy cuenta que yo no significo para él lo que él para mí, y tratar de convencerlo de la mutua conveniencia de mis actos sería un desatino. Aún en el caso que decidiera guardar silencio lo perdería sin remedio, se borraría de mi vida para que no le recordara su complicidad. Por eso creo razonable que me guarde mi entusiasmo y me alegre por mis hechos que redundarán en su beneficio. Dentro de muy poco su vida, como ha sucedido con la mía, cambiará para bien, convivirá feliz con su hijo en su papel reconquistado de padre, y limará las asperezas creadas por la execrable maldad de la difunta. En cuanto a su amor desdeñado se irá reponiendo, quién sabe si antes de lo previsto, y de seguro encontrará la mujer adecuada que le hará olvidar su amargo insuceso con Cecilia.

¡Qué extraordinarios momentos estoy viviendo! Me encuentro en el medio de un presente luminoso y me siento prodigando luz, compitiendo con el sol de esta espléndida mañana. Me aparto del espejo para verme de cuerpo entero y noto que unas pequeñas, ardientes lágrimas corren por mi rostro nuevo. Embriagado por una sensación indescriptible, me rodeo con los brazos con irreprimible ternura, y al hacerlo siento que abrazo a todos los seres y les estoy diciendo que aquí estoy, que de aquí en más me dedicaré a ellos por entero. Porque es hora de regocijo... Irán viniendo días dulces de una existencia plena de variaciones y matices. ¡Nunca me había apercebido de lo prometedor que puede ser lo inmediato cuando caben tantas posibilidades! Admito que no es casualidad que en este futuro no aparezca Irene, y no porque desprecie sus cualidades, pero nunca ha sido tan claro para mí que sólo puedo ligarme a los anhelos de los demás si estos no apuntan en mi dirección, si no pretenden convertirme en uno de sus imperiosos modelos. Por eso sí habrá un lugar para una Soledad egoísta y primitiva, que intuye como nadie lo que puedo darle y ve en mí oscuramente a un aliado, a un igual, a alguien tan al margen como ella... ¡Estoy felizmente exhausto...! Mi cuerpo y mi mente me están pidiendo descanso, y éste será el más placentero que se pueda tener, con la paz verdadera por la que luché desde que soy hábil para recordar. Me ducharé y dormiré unas horas, más tarde sacaré las fundas de los asientos del coche, llevaré a limpiar las manchas del tapizado y me desharé de la cartera y de la bolsa con las prendas ensangrentadas. Ángel se enterará de la noticia pronto y probablemente al mediodía, o en el correr de la tarde, o a más tardar en la noche me llamará.

Capítulo XV

He dormido cuatro horas plácidamente. Almorcé en una parrillada cercana con apetito el menú del día y fui a buscar el auto y comprobé, antes de ponerle fundas nuevas, que no se veían huellas de manchas en el tapizado. Previamente, al dejarlo, me había vendado el dedo y dado la excusa de un accidente con un cuchillo de caza. La bolsa con los zapatos, los guantes, la ropa, las fundas y el trapo ensangrentados los deposité en un contáiner lleno de decenas de otras bolsas de residuos a unas veinte cuadras de mi domicilio. La cartera la arrojé en un baldío alejado de ese punto. Ahora me ocupo de limpiar cuidadosamente el cuchillo que dejé en la pileta y lo guardo en el mismo cajón en que se encontraba. No creo excesivo haber tomado tantas precauciones, es mejor asegurarse, por más que considero prácticamente imposible que me relacionen con el asesinato, a no ser que alguien me haya visto saliendo con el auto de la escena del crimen y anotado mi número de matrícula, lo que es improbable. De todas formas todos estos detalles propios de una intriga policiaca realzan la belleza y la perfección de mi obra. Contemplo con placer y entusiasmo lo que haré el resto del día. Hace calor y son casi las tres de la tarde. En primer término rechazo la idea de quedarme solo en el apartamento hasta la noche: uno de los primeros indicios de lo que llamo "mi gran salto" es el deseo comunicarme, de ver reflejadas en los demás las causas de este nuevo fervor. No por accidente he percibido en las actitudes de cada uno de los seres que me he cruzado un significado implícito que se empeñan en darme, un mensaje manifiesto que recuerda mi pureza reconquistada, un velado saludo de bienvenida. Discurro que si Ángel llama me dejará un recado en el contestador y éste lo puedo consultar desde cualquier teléfono, y si no lo deja su número quedará registrado en el captor y cuando vuelva me comunicaré. Me apronto y salgo de mi apartamento y del edificio.

Mi primera parada es el bar de la esquina, donde unos vecinos ya entonados por las copas hablan de fútbol. Le pido una cerveza al gallego y me mezclo con ellos delante del mostrador. La charla dis-

persa habitual pronto deriva a temas futbolísticos y concretamente en las posibilidades de la selección uruguaya de clasificar para el mundial. Algunos defienden al técnico argentino que las autoridades del balompié contrataron para dirigirla y los demás hablan de traición. Yo valoro de estricta justicia defender esta última posición, y argumento que un país con la gloriosa tradición del nuestro no debería tener un técnico extranjero y menos argentino, lo que provoca una discusión acalorada entre el diariero que me apoya y un parroquiano de mediana edad. Me causa satisfacción y me admira que en esta nueva alianza que he establecido con mis semejantes me sienta tan distinto y simultáneamente tenga tan clara tendencia a envolverme en sus asuntos por ínfimos que sean, a simpatizar con todos, a perdonarles sus defectos como si fueran míos, que me sea posible aproximármeles sin los recelos ni las precauciones que aquella imagen adulterada de mí mismo, hoy finalmente desterrada, me suscitaba. Insólitamente estoy incomparablemente unido e incomparablemente separado del resto de la humanidad, sin que esto constituya ninguna contradicción, como si una armonía que excediera mi comprensión uniera los contrarios y me tuviera flotando en un paisaje hecho de una infinitud de instantes volátiles.

Cuando lo considero oportuno dejo a los hombres en medio de una aguda disputa, pues se me ha ocurrido ir a visitar a Mario y después cumplimentar a mi hermana que me llamó por teléfono semanas atrás para invitarme a ver cómo quedó su apartamento luego de la mudanza. Es una magnífica idea... Mario es mi amigo y con él podré tener un diálogo franco y fácil, sin demasiadas cortesías, y con mi hermana nos une una corriente muy honda que hará secundario que nuestros temas progresen más allá de un leve interés en sus actividades, que ella retrucará, cumplidamente, con unas escasas y económicas preguntas sobre la marcha de mis asuntos. No pueden ser otras las dos primeras personas que visite luego de este gigantesco "gran salto".

Para no tener que subir a mi departamento llamo a Mario de un teléfono público que está en la misma cuadra de mi edificio, y descubro que está solo en su casa y como calculaba tiene muy poco que hacer. Me subo al auto que estacioné a un costado del bar y manejo hacia el departamento de Mario en el barrio Pocitos, que en realidad no es suyo sino de la mujer con la que vive, una elegante cincuentona judía, viuda, astuta y adinerada, que supo mantener y

acrecentar con inteligencia la herencia del difunto. "Sé que no es joven ni bella, pero compensa esas inconveniencias haciéndome la vida fácil. Yo por mi lado contribuyo haciéndole compañía y de vez en cuando le administro una buena dosis del mejor sexo", me dijo en alguna ocasión a voz en cuello mi amigo, como si tratara con el estruendo de sus palabras de disimular el murmullo de fondo de su asumido envilecimiento. Durante el trayecto pienso que no hay forma que involucren a Ángel en el homicidio de su ex. Aún si lo llegaran a interrogar, como creo que lo harán, tiene una coartada firme como una roca por encontrarse atendiendo en su policlínica desde las siete. Para ser mi segundo crimen no está nada mal, nunca nadie supondrá lo que verdaderamente ocurrió. Al caso se le pondrá el rótulo de robo a mano armada con homicidio y así quedará definido y sin solucionar. Estoy llegando a la calle en que vive Mario y doy la vuelta a la manzana tratando de encontrar lugar donde estacionar. Al fin dejo el auto a tres cuadras y las camino antes de entrar al espacioso hall de un edificio con espejos, macetas con plantas, y un portero sentado tras una pequeña mesita de madera en un rincón que me pregunta dónde voy. Se lo digo y subo en el ascensor hasta el sexto piso. Al segundo timbrazo Mario se presenta en bermudas y chinelas, con una camisa azul constelada de flores blancas.

-Ricardo, mi amigo y escritor predilecto -hace un gesto teatral de asombro-. Qué es lo que le está pasando al ogro que sale de su cueva. Acaso está por llegar el fin del mundo y yo no me enteré - Sonriente, demostrando que me quiere con un sonoro beso en cada mejilla, se aparta y me conduce al amplio living donde desde un gran ventanal se ve la Rambla y el río. -Es una tarde estupenda, Ricardo, ¿qué te parece la vista? - dice con un gesto ampuloso.

Le digo que hermosa y me siento en un sofá de tapizado intachable. Observo divertido la sala atiborrada en la están mezclados muebles modernos y antiguos, y las sorprendentemente numerosas figuras de porcelana que saturan los estantes de una biblioteca, un aparador y dos pequeñas mesas ("cosas de Esther", me dijo la primera vez que lo visité, "las colecciona, es su hobby"). Todo luce tan ordenado, limpio, reluciente en aquel lugar que me da la impresión de estar en la vitrina de una casa de decoración en la que se han juntado muebles y adornos sin ningún criterio artístico. Mario me ofrece de tomar y al recibir mi respuesta afirmativa se mueve con cuidado extremo, esquivando obstáculos para llegar a la cocina. Hojeo despreo-

cupadamente una revista de chismes que trae las últimas novedades de la farándula europea, hasta que Mario reaparece con sendos vasos de whisky en las manos. Mientras dice "Ricardito" y ríe con complicidad, los pone encima de dos posavasos en una redonda mesa enana que está enfrente de mí, y para hacerlo debe apartar dos perros, un gato y un mínimo jarroncito de porcelana.

-¿Acaso hay alguien que no pague un precio? - dice señalando las porcelanas separadas. Levanta su vaso y lo choca contra el mío al tiempo que lanza una sonora carcajada-. Pero de verdad, estoy azorado, además -me mira detenidamente- te encuentro diferente... A ver... Sí, desde que llegaste no has dejado de sonreír. Dejame adivinar, ¿una mujer?, ¿o acaso has parido alguna nueva creación que iluminará este aciago planeta?, ¿o te levantaste hoy descubriendo que eras un nuevo ser y te sentiste bienaventurado y optimista?

-Algo de eso -contesté, mirándolo de frente-. La verdad es que hoy hice algo importante por un buen amigo... Una mujer joven con la que andaba le jugó una muy mala pasada pero gracias a mis oficios se repondrá y pronto podrá disfrutar de un hijo que le negaban. Por eso estoy contento.

Le cuento pormenorizadamente acerca de Ángel y Cecilia. Le describo lo acaecido dos madrugadas atrás en la casa de los vecinos de Cecilia con lujo de detalles; refiero caricias, poses, digo obscenidades para deleitarlo; invento que por intermedio de un abogado amigo, el hijo de Ángel, que estaba siendo retenido en Buenos Aires por unos parientes después de la muerte de su madre, volverá al país en pocos días. Mario escucha sin dejar de observarme; no está convencido de que no estoy tomándole el pelo -sin duda nota algo desacomumbrado-, no entiende por qué estoy tan exaltado, por qué me preocupo tanto por el bienestar de Ángel, no termina de dilucidar si me burlo de él o llanamente no estoy en mis cabales. De pronto lanza una nueva risotada.

-Ya sé, ya sé, ahora lo entiendo. Es esa nueva novela tuya y estás experimentando conmigo... ¡Cómo no se me ocurrió! Ya estaba temiendo por tu cordura. ¿Adiviné...? Tu protagonista es un pobre diablo, un minúsculo médico que se deja engatusar por una jovencita licenciada. No está nada mal la escena en la alcoba de los vecinos aunque en mi opinión tu amigo debió haberse unido a la orgía de esos tres para curarse de su simpleza. Ese podía haber sido un

magnífico final. Terminan todos viviendo en la casa de los vecinos de la muchacha y fundan una comunidad hippy, o una especie de falansterio... Por cierto que hoy esto estaría algo démodé y debilitaría el elemento trágico que es ineludible si se quiere hacer atrayente la trama novelesca. En cuanto a lo del hijo de tu amigo no deja de ser un detalle encantador, aparte de dar un mensaje positivo que contrasta con la depravación de ese matrimonio infernal. La verdad es que es muy edificante- bromea Mario.

Nos reímos y le digo que voy a meditar ese final. Suena el teléfono que está en un aparador al lado de Mario. Deduzco que es Esther por la inhibición de mi amigo y su fraseo que delata una crispada obediencia. Después de colgar sonrío descaradamente y me invita a caminar por la Rambla. Acepto y salimos. Por largo rato disfruto del paseo resistiendo el fuerte sol de la tarde entre numerosas personas que caminan sin prisa. La playa está bastante concurrida para ser lunes; algunos jóvenes de ambos sexos conversan animadamente pasándose una botella de cerveza que después lanzan vacía a la arena (lo que provoca una amarga queja de mi amigo además de una acalorada censura de la juventud actual "incomparablemente peor que la de nuestra época"). En la acera se nos cruzan niños deslizándose hábilmente en sus patinetas y hay gente anciana sentada en los bancos disfrutando, con la codicia de los últimos años, de las pequeñas alegrías de un típico día estival.

-Hay pocas cosas que me producen tanto placer como caminar por la Rambla. Me hace recordar mi juventud cuando salía con amigos casi todos los días a trillarla en busca de hembras. ¿Te acordás? Además me lo recomendó el médico, camine por lo menos treinta cuadras por día, me dijo un facultativo de una obesidad escandalosa. Es que a nuestra edad ya tenemos que pensar en las coronarias, sin olvidarnos de la próstata, claro. Yo tuve dificultades para orinar y resultó que tenía piedras en la vejiga, las cuales según el urólogo más tarde o más temprano tendré que retirar por vía endoscópica. Por cierto que no me salvé de un humillante tacto rectal para comprobar el tamaño de mi glándula -Mario se calla unos segundos sin duda para rememorar la secuencia escatológica en la que un médico enguantado introduce con profesional indiferencia el dedo en su ano-. Con Esther salimos a caminar casi todas las noches, prácticamente desde que empieza la primavera. Estoy hecho un modelo de hombre. Si te digo que cada vez salgo menos con los amigos. Es que Esther se

opone... Qué le vamos a hacer. Tarde o temprano las mujeres enseñan sus garras, quieren acapararte, controlarte, y Esther no ha sido una excepción a la regla, aunque tengo que reconocer que nada lo ha realizado abruptamente, ha ido progresiva, sutilmente, en estos cinco años de convivencia limitando mi libertad. Ha sido tan sagaz y paciente que ya ni siquiera añoro mis años de calavera. Me he acoplado a su rutina y te puedo decir que hasta la disfruto. ¿Será la edad? Hasta ha conseguido que vaya a Alcohólicos Anónimos. No podrás encontrar en el departamento ni rastros de etanol... Claro que no he conseguido dejar de tomar, vos ya lo sabés; no tengo más remedio que ingeniármelas para escaparme de vez en cuando aunque siempre lo advierte; ha adquirido un olfato inusitado, la práctica la ha vuelto un implacable perro guardián. La otra vez, cuando me devolviste borracho a casa, estuvo a punto de echarme... Por supuesto que no pasó nada. Ni que hablar que le pegué cuatro gritos y se tranquilizó. Hay que saber imponerse de vez en cuando para que no se extralimiten.

"No puedo equivocarme, Mario, si pienso que le rogame; hasta debés haberte arrodillado para pedirle por favor que no te echara. Ella te habrá insultado: borracho de mierda, inútil, inservible, mantenido, maldito el día en que te conocí, lacra, y vos te habrás callado, lo habrás aceptado todo tragándote lo poco que te queda de orgullo, porque estás a su merced y ya no podés imaginar otra salida. De todos modos quiero tu bien, Mario, y si tu bien es éste, si tus maltratados nervios y tu corazón ya no aceptan ni pueden concebir otra forma de vida que ésta, por algo será y que así sea mi amigo."

-¿Y tu amiguita la puta?- dice como recordando algo que debía preguntarme-. Supongo que luego de agotada tu curiosidad estética por los ajetreos de los marginados la habrás despachado.

-Claro- me limito a decirle sonriendo con beatitud, como presumo que él quiere, confirmándolo en esa idea snob que tiene de mí y de paso despejando para su tranquilidad los nubarrones que se ciernen sobre mi sensatez puesta en tela de juicio por semejante relación

-Últimamente cuando me deprimó me consuelo leyendo a Schopenhauer- me enteró mi amigo, pasando bruscamente a otro asunto-. No obstante algunas de sus conclusiones apestan, aunque su pesimismo es extraordinariamente jugoso. Me sé de memoria párrafos enteros... Por ejemplo cuando dice: "Si se considera la vida bajo

el aspecto de su valor objetivo, es dudoso que sea preferible a la nada. La vida es una historia natural del dolor, que se resume así: querer sin motivo, sufrir, luchar de continuo y después morir. Y así sucesivamente hasta que nuestro planeta se haga trizas". Y creeme, comparto enteramente estos conceptos; no obstante no me puedo adherir a su opinión de que la salida al sufrimiento es la renuncia a toda clase de egoísmo, a todo deseo; esto se me antoja algo falso, hipócrita, impracticable. La vida individual no es una ficción sino una realidad dura que hemos conquistado y debemos sobrellevar, querámoslo o no, hasta el postrer suspiro. Además un ser sin su ego es peligroso y es un error pensar que se convertirá en un santo, por el contrario puede cometer las mayores atrocidades con la excusa del beneficio ajeno ¿No estás de acuerdo?

Coincido con él plenamente, y para dejarlo contento lo felicito por su perspicacia y le digo gravemente que no hay nada peor que el vacío, que sólo el que lo ha experimentado lo sabe y que es mil veces preferible el más efímero e insignificante deseo a la nada, a la vergonzosa renuncia, a la inexcusable huida como respuesta ante sufrimientos y desengaños. Mi amigo me mira por unos segundos con aprobación y algo de duda, tratando de descubrir sin suerte si me estoy riendo de él. Como es su característica alza los hombros y continúa hablando y escuchándose a sí mismo, que es la forma que ha elegido para ignorarse y aturdirse. Cuando regresamos me fijo que son casi las siete en mi reloj y pienso que mi hermana ya debe haber llegado del Estudio. Mario me invita a quedarme pero le digo que tengo una reunión ineludible con Fabiana y un abogado para arreglar unas cuestiones que quedaron pendientes de la sucesión de mi madre.

-Como quieras, Ricardo. Esther lo va a lamentar. No sé por qué la impresionaste tanto; cada tanto pregunta por vos- dice Mario, y hace una mueca sentimental dándome unas palmaditas en el hombro como despedida-. Hoy estás decididamente raro... Algún día me tendrás que decir la verdad.

Dejo a Mario en su sólido edén y me dirijo en el auto al departamento de Fabiana. Es la primera vez que la visito desde que se mudó. Vive en un quinto piso de un moderno edificio sobre la Rambla a unas cinco cuadras de lo de Mario. Me recibe con una económica sonrisa que muestra los hoyuelos de sus carrillos, clásicos en mi familia; usa unas gafas de delicado armazón gris oscuro. Mi hermana

es alta y delgada, no hay nada en ella que transluzca endebles. Su andar resolutivo y su concisa forma de expresarse transmiten fuerza y determinación. Me saluda como de costumbre con un corto abrazo rozando un costado de su cara con el mío. No está su pareja, no ha regresado del trabajo, me informa. Me siento frente a ella en el comedor rodeado de algunos bellos muebles antiguos que conozco desde niño. Fabiana, adecuándose a estos y a sí misma, ha decorado el apartamento con sobriedad. Ha puesto las cosas necesarias en los lugares adecuados. Pocos adornos, algunos óleos que pertenecían a mi abuelo materno. Entre ellos, lo estoy viendo del otro lado de la sala, hay uno de un pintor catalán de estimables proporciones que es mi preferido: tres lavanderas regresan del río con las canastas atestadas de ropa blanca; sus caras curtidas no tienen edad, sus brazos y manos son robustos, masculinos. Sus anchas caderas avanzan con resolución en un día soleado mientras el viento vuela sus faldas y los pañuelos con que cubren sus cabezas. Como tantas veces me siento capturado por la belleza áspera de las tres mujeres, tan a tono con el río encrespado y la agresiva nitidez del cielo, y de pronto es como si me reconociera en ese viento invisible que llena y agita la pintura insuflándole vida y movimiento. "Así es como soy", pienso. "Un viento que está en todas partes".

Interrumpo a mi hermana que me está contando con su acostumbrado desapasionamiento las características de sus nuevos vecinos, para someterla a un discurso parecido al que tuvo que tolerar Mario acerca de mi amigo el médico, aunque salteándome los detalles escabrosos. Al contrario que éste, ella lo acepta sin parpadear ni aparentar curiosidad alguna, como si no esperara otra cosa de mí que un relato así. Igualmente sorprendo en ella cuando termino una mirada escudriñadora que se apura a disimular. La miro con gratitud, inclinándome ante su discreción, la aprecio y deseo de corazón que siga teniendo momentos de felicidad un ser tan peculiar como ella. Accedo a tomar un café y de ahí en más tenemos una charla serena donde, sin importar la ausencia de confesiones e intimidades, nada es superfluo, por lo que cada palabra, cada expresión, están cargados de una comprensión, de un sentido, y hasta diría de un afecto peculiar. Cuando llega la pelirroja Cristina son las ocho. Parece algo cohibida con mi presencia, me besa aunque no se atreve a besar a mi hermana. Me gustaría saber cuánto tiempo más podrán mantener en secreto esta relación o si ya no serán el foco de mordaces

murmuraciones. Las dos saben de sobra que es irremediable que llegue el día en que tendrán que afrontarlo con todas sus consecuencias si quieren seguir juntas. Me digo que es la fatalidad de los transgresores, de los que por una u otra causa por su conducta se diferencian de la mayoría: saber que el juicio de los demás les será adverso y los perjudicará, y, no obstante, sentir la férrea necesidad de permanecer fieles a sí mismos. No me permití sonsacarla, pero me hubiera gustado saber qué conducta asumiría Fabiana cuando llegara el momento de las definiciones; ella misma debe estar preguntándose con angustia por más que no lo traduzcan sus aplomadas maneras. Sólo pude descubrir una mención indirecta al asunto cuando en un instante de nuestra charla, refiriéndose a sus vacilaciones sobre donde viajar en su licencia de verano me dijo: "como tantas son decisiones difíciles en las que hay que sopesar el pro y el contra". Y con esa módica reflexión dio por terminada la alusión sabiendo que yo la captaría y, respetando su voluntad, no abordaría el tema.

Pese a la insistencia de las dos no me quedo a cenar y me despido dándoles a ambas un apretado abrazo y un caluroso beso que las deja algo perplejas. Antes había llamado a mi departamento y la femenina grabación del contestador me informó que no había mensajes; en lo de Ángel el teléfono sonó y sonó sin que nadie contestara. Rumbo al coche siento crecer la urgencia de comunicarme con mi amigo. ¿Estará en la casa de la difunta Beatriz, junto a su hijo, dando y recibiendo pésames? Si es así qué fascinante experiencia le he deparado; tan inaudita y descolocante que la decepción por el fiasco amoroso ya no le parecerá tan importante frente a su ex-esposa muerta y su hijo recuperado. No obstante me alarma que no haya llamado para darme la noticia, como era de esperar ante un acontecimiento de semejante gravedad. Para él durante meses - desde nuestro reencuentro en el restaurante -, he sido su confidente y su apoyo; sé que me considera su mejor amigo y sospecha que significo mucho más aunque no sabe precisarlo. Quiero convencerme que nada ha salido mal, que seguramente con la sorpresa y el impacto de lo sucedido todavía no encontró el momento para comunicarse. De todos modos decido ir hasta su domicilio en el Centro. Por lo menos si no lo encuentro el portero puede estar enterado de algo.

Llego a su edificio -al que nunca entré aunque lo conozco por haberlo traído la vez que tuvo problemas con su auto- cuando anochece, toco el timbre, que tiene su nombre escrito a un costado, y

nadie me contesta. Apremiado por una serie de malos indicios que ya no puedo desconocer, llamo al apartamento del portero y escucho la voz destemplada de un hombre que me pregunta qué deseo. Le digo que soy amigo del doctor Pereyra y que necesito que me abra. Me contesta groseramente que llame al departamento del doctor y le digo que lo hice y no me responde. Le insisto en que baje a abrirme y en un tono más cauteloso aunque no menos arisco me dice que para qué, entonces le expreso, comunicándole mis temores y para que se interese: "No lo he podido localizar y tengo miedo que le haya pasado algo". El tipo no habla más y a los pocos minutos lo veo bajar los tramos finales de una escalera con los pantalones y la camisa a medio abrochar. Es un hombre pequeño que me observa con rencor. Abre la puerta y me hace entrar.

-Pase. ¿Usted es amigo del doctor? No le iba abrir, pero después pensé que no lo vi en todo el día y en general yo ya estoy limpiando la recepción los lunes cuando él se va -dice el hombre rascándose la cabeza, mordiéndose el labio superior, mirándome con unos ojos legañosos en los que van debilitándose el mal humor y la desconfianza. Yo me encuentro totalmente alarmado. Otra vez las voces en mi cabeza que me hacen buscar, ¿donde?, a ese alguien que se cree con derecho a manipular mi vida, a poner obstáculos en mi camino.

-¿Usted tiene las llaves? Vamos a ver... De pronto está enfermo.- lo apremié.

-¿Usted cree...? -dijo el portero indeciso-. Puede que se haya quedado a dormir en otro lado anoche, o que se haya ido más temprano en la mañana... Pero si usted dice que no ha podido localizarlo...

El hombre vacila unos instantes todavía, y sin más palabras, con un bufido, sube con desgano la empinada escalera que conduce a su apartamento. Vuelve al poco tiempo con un manojo de llaves y subimos en el ascensor hasta el cuarto piso. Hace sonar el timbre del apartamento de Ángel varias veces y luego golpea la puerta llamándolo. Cuando al fin se decide a abrir utilizando una de las llaves, vemos que todo está en penumbras y hay un absoluto silencio. En lo que sería la sala las persianas de las ventanas están bajas. El portero enciende desde un interruptor una lámpara enroscada en un aplique del techo. Lo primero que veo es un sofá, una mesa oblonga con sillas y un modular con una televisión en el medio. A continuación visualizo un cuadro de una mujer rubia y joven con flores en las manos y una estantería con libros empotrada en la pared. Avanzamos

unos pasos por un corto corredor y llegamos a un cuarto que tiene la puerta abierta de par en par. La nueva luz que prende el portero descende de uno de los tres portalámparas de una araña de bronce y descubre unas gruesas cortinas claras tapando la ventana, una cama de dos plazas destendida, dos mesitas de noche y una silla con un pantalón y una camisa blancos colgados en su respaldo. Sobre la trama de paja de la silla hay un comunicador que acaba de emitir un corto sonido agudo. De inmediato me pongo los lentes que llevo en el bolsillo de la camisa y aprieto una de las teclas del aparato para leer los mensajes. Los dos primeros son de una mutualista y reclaman a Ángel urgentemente, los tres restantes de la casa de su ex, el segundo de estos de su hijo pidiéndole que se comunique que su mamá está muy mal. Noto que hay varios frascos de píldoras vacíos desparrramados en una de las mesitas; al avanzar la punta de mi zapato se topa con otro en el suelo y lo hace rodar. La evidencia de una calamidad hace que contenga la respiración y mi corazón se acelere. A esta altura no dudo que Ángel está muerto y que sólo queda que hallemos su cuerpo en algún lugar del departamento. Sin embargo hay una parte de mí que le gustaría negarlo aferrándose a cualquier absurda esperanza. Sigo al portero a la cocina que también está desierta, y a otro cuarto vacío que deduzco es el dormitorio de Javier. Al fin llegamos a un baño con la puerta entornada y al empujarla descubrimos a Ángel en la semioscuridad. Está tirado de costado, atravesado en el piso, arrollado e inmóvil. Tiene el torso desnudo, sus dos manos están cruzadas sobre el vientre, y al encender la luz veo la blancura sebácea de su cara, deformada en un rictus doloroso. Lleva puesto un pantalón de pijama y sus pies descalzos se apoyan en la pared de azulejos. El portero lanza una exclamación y dice: "Dios mío, Dios mío, qué desgracia", y se abalanza sobre Ángel para comprobar lo que es obvio. Me siento expuesto y amenazado. Prefiero no acercarme y me limito a observar a mi amigo, deduciendo mecánicamente que su plan inicial fue tomarse las pastillas y acostarse en su cama a morir, y, probablemente, ya con escasa o nula conciencia, el instinto de supervivencia lo llevó al baño quién sabe con qué idea. Hay un líquido rojizo rodeándolo y un olor amargo y rancio. Sin poder asimilarlo todavía, miro la mueca pétrea, la rigidez dramática de la figura, con una combinación de horror y rabia donde no hay espacios para la piedad. Con violenta impotencia me reprocho por haberme confiado, por haber permitido que esto ocurriera, pero de inmediato mi furor se tras-

lada a Ángel y le recrimino por haber sido tan impulsivo, por no haber sabido esperar y haberse dado por vencido de la peor manera. ¿Por qué tanta urgencia en morir? No tiene lógica... ¿Cómo es posible que se haya matado sin haberse enterado que lo había liberado, y ahora esté aquí, muerto a mis pies y yo no tenga más remedio que aceptarlo? Ángel, no esta forma groseramente encogida que lo imita, no este ser caído ceñido por la muerte, sino el médico, el padre, el hombre que desde ahora ha pasado a ser un triste recuerdo, ha actuado como si su vida sólo le incumbiera a él, en una palabra, me ha traicionado. No importa que no haya sido un propósito deliberado, no cabe otro nombre que traición para lo que ha hecho al abandonarme, al no apelar a mí sabiendo lo que estaba en juego. Tal vez tendría que haberme arriesgado explicándole la verdad, para que tuviera noción de la clase de unión que teníamos, para que comprendiera el peligro que le acarrearía no contar conmigo cuando más lo precisaba.

A mi lado el portero sigue consternado mirando el cadáver, tocándolo, remeciéndolo, no se acaba de convencer. Decido regresar al dormitorio en busca de lo que no vi en un primer momento: una nota explicatoria o al menos con una breve despedida. Pero confirmo que la muerte de mi amigo ha sido tan modesta y anónima como su vida; ni siquiera se permitió esa afirmación de soberbia y vanidad que tienen frecuentemente los suicidas. Por su cuenta prefirió irse, hacer tabla rasa, escaparse calladamente, y me duele aceptar que yo, que asimilé sus deseos, no previera esa eventualidad, que no se me ocurriera que podía resultarle intolerable vivir sin aquella frágil fantasía forjada alrededor de Cecilia. Tal vez mis imposibilidades me impidieron adelantar que pudiera matarse por amor... De todas formas fue un acto enfermizo de su parte, el fin no del todo imprevisible de alguien que fue arrojado al mundo inerme y malherido, de quien luchó y sufrió junto a una generación que se truncó persiguiendo futuros que no tuvieron lugar, verdades que no fueron... Me pregunto si ahora, en este viaje intempestivo que se impuso al lugar más temido por los hombres, irá tras otras metas imposibles, o, lo que creo bueno para él y para todos, descansará al fin.

No puedo, en este trance, dejar de pensar en mi propio bien, de preguntarme qué me espera en adelante. Ángel muerto ya es un hecho consumado y como tal inamovible. Interpretando sus deseos yo renací gracias a él, pero él ahora se ha ido, ya no existe. Este cuerpo muerto en el baño, sin valor ni utilidad, representa la nada con

la que siempre conviví y estaba seguro de haber desterrado merced a mi segundo asesinato. Me aterra la idea que desaparezcan mis conquistas. Ángel, al rendirse, al no tener la fibra necesaria para enfrentar otro fracaso, ha provocado una brutal separación. Con su exasperado arrebató no sólo se ha llevado lo que compartíamos, sino que le ha propinado un duro golpe a alguien que como yo había renacido a sus expensas.

Agitado y confuso vuelvo junto al portero que está parado a cierta distancia del muerto, en respetuoso silencio. Le digo que lo mejor será que llame a la policía y me apresuro a escaparme del lugar. Fuera del edificio, apuro el paso en la vereda para llegar al auto. Huyendo del cadáver de Ángel arranco con la idea de ir a encerrarme en mi departamento para ordenar mis ideas. Queriendo tener en cuenta todas las alternativas, todas las probabilidades, me cuestiono incluso si esto de verdad está ocurriendo, si no estoy metido en una trama de ficción y pronto vendrá el epílogo en el que el verdadero Ricardo Robaina resucitará invencible para darle un final a lo que yo ni siquiera empecé, que fue escribir una novela sobre un autor que deja atrás la idea de su libro para constituirse en el protagonista de una historia trágica. Si esto fuera verdad explicaría mejor que nada mi condición, mi ambición por obtener lo que mi creador me negó arbitrariamente; además sería una salida airosa, hasta ingeniosa, pienso, y mi risa nace espontánea, convulsiva y se estrella contra el curvado cristal del parabrisas. Si fuera cierto, Ángel no estaría muerto, y yo, en vez de quien creo ser, sería un personaje más nutrido con las experiencias y obsesiones de otro, y en unos minutos, culminada mi actuación, desaparecería y mi homónimo el escritor, un hombre real, continuaría viviendo entre personas reales su bendita vida vulgar.

En medio de una afiebrada efervescencia, mi cuerpo se sacude, tiembla, mi mente funciona en angustiosa alerta. A mi costado, borrosamente, las fachadas de casas y edificios se suceden y son devoradas por la noche. Hay grupos de jóvenes conversando en las esquinas, gente sentada en los bares o al resguardo de puertas iluminadas. "Lo sepan o no, cada uno de ellos ha estado esperando algo de mí. Este final también les pertenece a ellos". Unas cuerdas antes de llegar a mi edificio, en la esquina de siempre, veo a Soledad con un hombre fornido vestido con una vistosa camisa naranja. Están en medio de una agria discusión y el tipo la increpa a cierta distancia,

gesticulando agresivamente y ella no cesa de gritarle de forma que puedo oírla decir con claridad: "Borrache, loco, ya sos nadie. Ahora hay otro que se ocupa de mí". Un súbito resplandor se enciende en mi cerebro y observo cómo de la agitación y el desconcierto por el suicidio de mi amigo paso sin transición a una clara y total comprensión que me devuelve de inmediato la serenidad y el control. En un instante me doy cuenta que no he perdido ninguno de los tesoros conseguidos, que estoy a salvo, que mis preocupaciones motivadas por el temor a un retroceso no tenían fundamento. Aliviado, inspiro profundamente y suelto el aire permitiendo que músculos y nervios se relajen y vuelvan a obedecerme. Me recrimino por haber cedido al pánico en tanto siento que todo vuelve a su cauce, que todo es cristalino otra vez. Entiendo que en el suelo del departamento que dejé atrás no yace Ángel, el médico, sino un sueño roto, vencido, otro hombre que no pudo tolerar un universo sin objetos permanentes, cuyo último acto fue, pese a todas las apariencias, una rotunda afirmación de perennidad. Ángel buscaba la pasión que no muriera, la llama que no se apagara, y creyó encontrarla en una Cecilia turbulenta, muy diferente a él, a la que se empeñó en adornar con las cualidades que le permitieran seguir creyendo en ese ideal abstracto sin el cual su vida parecía tocar fondo. Por sus carencias fue incapaz de sospechar que el derrumbe de ese ideal, en vez de marcar el final podía abrirle las puertas a una realidad impensablemente más rica, más apegada a la tierra, al cuerpo, a los infinitos placeres de lo pasajero... Yo, ahora, tengo en mis manos el futuro y sobreviviré inexorablemente. Lo haré por la definitiva razón que soy el vacío que habita en cada uno, un vacío devenido ser, irremediablemente mío, cuya materia lo hace apto para saltar de vida en vida, al que no perturban los cambios mientras le aseguren su fresco alimento de carne dolorida. "Sobreviviré", me repito exaltado. "Sobreviviré y me haré cada día más fuerte".

Acelero dejando atrás la esquina y a unas pocas cuerdas estaciono frente al bar. Salto del auto y corro hacia mi edificio pensando en el cuchillo que descansa en el cajón de la cocina y en la sangre que volveré a derramar. Soledad, pienso, una pálida prostituta, de aquí en más me mantendrá con vida.

INDICE

Capítulo I	5
Capítulo II.....	17
Capítulo III	25
Capítulo IV	37
Capítulo V.....	49
Capítulo VI	59
Capítulo VII	73
Capítulo VIII.....	85
Capítulo IX	97
Capítulo X.....	109
Capítulo XI	117
Capítulo XII	131
Capítulo XIII.....	143
Capítulo XIV	155
Capítulo XV	161



HOMBRE VACIO



Ricardo Robaina no es sólo un autor que intenta escribir una novela, sino un hombre dispuesto a transformar su vida a través de su personaje. Éste se confunde con el escritor de tal manera que se pierden los límites entre la realidad y la ficción en una metáfora sobre la creación literaria y la creación en general.

Marías nos propone un hombre sin individualidad, que busca por medio de los deseos de los demás volverse real y carece de escrúpulos en su afán de lograrlo. Este "hombre vacío" es un personaje conciente de su carencia, y, lo mismo que un escritor pretende sobrevivir a través de sus criaturas de ficción, a la vez que él lo hace por intermedio de seres de carne y hueso.

ISBN 9974-40-815-6



9 789974 408159